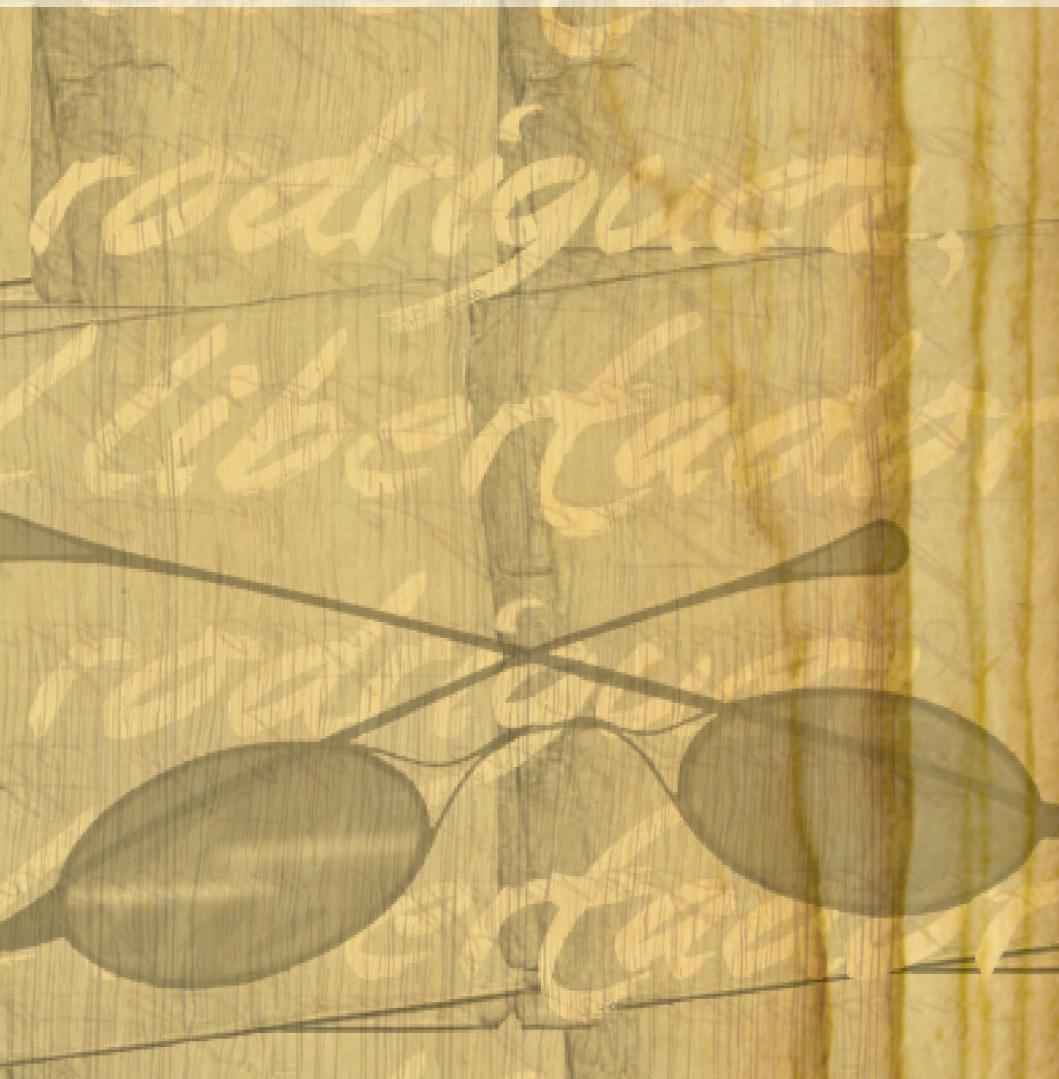


GONZALO PICÓN FEBRES CORDERO

Don Simón Rodríguez, Maestro del Libertador



Don Simón Rodríguez, Maestro del Libertador

© 1. edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
© 2.^a edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019
© 1.^a edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Gonzalo Picón Febres Cordero
© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela , 1010.
Teléfonos: (0212)7688300 / 7688399.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Transcripción: María Dolores Cervantes

Edición: Juan Carlos Torres

Corrección: Damarys Tovar y Vanessa Chapman

Diagramación: Vilma Jaspe

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-3463-4
Depósito legal: DC2019001508

Picón-Febres, Gonzalo, 1860-1918.
Don Simón Rodríguez, maestro del Libertador / Gonzalo Picón
Febres Cordero. --Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana,
2016 -- 136 p.

ISBN: 9789801434634
DL: DC2019001508

1. Rodríguez, Simón, 1771-1854. 2. Bolívar, Simón, 1783-1830.
I. Título. II. Serie.

987.040924
R696

Gonzalo Picón Febres Cordero
**Don Simón Rodríguez,
Maestro del Libertador**

NOTA EDITORIAL

La presente obra es una semblanza del ilustre Maestro don Simón Rodríguez, escrita entre el 8 de mayo de 1913 y el 21 de febrero de 1914, sin embargo, fue publicada de forma póstuma por la Cooperativa de Artes Gráficas de Caracas en el año de 1939 dentro de las *Obras completas* de Gonzalo Picón Febres, con notas complementarias de su hijo Eduardo Picón Lares. La Fundación Editorial El perro y la rana, asumiéndose como editorial escuela, consciente del valor del oficio editorial, del libro y la lectura como herramientas liberadoras y descolonizadoras, resalta la pertinencia de un texto como este, que revisó las circunstancias que rodearon la formación del pensamiento de uno de los maestros que más influyó a Simón Bolívar y, por lo tanto, es un documento que facilita entender, en un momento importante de nuestra historia, el legado completamente innovador del Maestro: vivir en un constante aprendizaje, apropiarse del conocimiento útil y enseñar para la vida.

Víctimas de distintas formas de incomprendión, tanto Simón Rodríguez como Gonzalo Picón Febres fueron esforzados intelectuales en la Venezuela de su época, vivieron en medio de los tiempos más azarosos y difíciles de nuestra nación, pero nunca compartieron el desaliento de muchos de sus contemporáneos. Rodríguez dedicó toda su vida al oficio de educador y concibió la escuela como eje transformador del contexto, mientras Picón Febres ideó estos textos como memoria cultural de nuestro siglo XIX. Tenemos en nuestras manos una valiosa documentación, esclarecedora de nuestra historiografía que ayuda a iluminar nuestro pasado en el caótico proceso de formación de nuestra nacionalidad.

Cuando aparece este libro publicado por primera vez estaban muy en uso las ediciones comentadas. Hemos prescindido de esas notas o comentarios para resaltar el valor original del trabajo. Sin embargo, considerando los estudios complementarios, el arqueo de fuentes e importantes documentos, hemos querido conservar algunas de las correspondencias relacionadas con el Maestro del Libertador que aparecen como anexo al final del libro.

PRÓLOGO

El 8 de mayo del 913, comencé esta semblanza de don Simón Rodríguez, y la finalicé el 21 de febrero del 14.

La escribí al mismo tiempo que escribía mi otro libro titulado *Nacimiento de Venezuela intelectual*.

Para escribirla a conciencia y con toda probidad, estudié y comparé, durante largos días y parte considerable de sus noches, los trabajos históricos siguientes: *Homonimia singular*, por don Arístides Rojas; *El equipaje de Bolívar*, por el mismo Rojas; *Memorias*, del general O'Leary. Cartas y narración; *Biografías de americanos*, por don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui; *Diccionario biográfico colombiano*, por don José Domingo Cortés; *Recuerdos literarios*, por don José Victorino Lastarria; *El libro del centenario de Bogotá*, en los recuerdos recogidos por don Manuel Uribe Ángel de la boca de don Simón Rodríguez; *Historia del asesinato cometido en la persona del Mariscal de Ayacucho*, por don Antonio José de Irisarri; *Vida del Libertador*, por don Felipe Larrazábal; *Biografía de don Simón Rodríguez*, por don Ramón Azpurúa; *Alcance a un recuerdo del Libertador* (tomo XIV de los *Documentos*), por el mismo Azpurúa; *Biografía del general San Martín*, por don Bartolomé Mitre; *Bolívar y el general San Martín*, por Carlos Villanueva; *El Imperio de los Andes*, por el mismo Villanueva; *Al margen de la epopeya*, por Eloy Guillermo González; *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, por don Jorge Huneeus Gana; *Ensayos sobre el arte en Venezuela*, por don Ramón de la Plaza; *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, por Julio Mancini. *Historia constitucional de Venezuela*, por José Gil Fortoul.

Y además, diferentes estudios sobre don Simón Rodríguez, largos unos, breves otros, que aparecieron en diarios de la mañana y de la tarde, y en revistas científicas y literarias.

Una vez terminados mis dos libros, hice un viaje a Europa; y al regresar a mi apartado rincón venezolano, en varias páginas de ellos consigné algunas observaciones que se me habían ocurrido y que juzgué indispensables.

Valiéndome, pues, de libros, folletos y periódicos por mí colecciónados con la anticipación debida, escribí la semblanza de

don Simón Rodríguez, venezolano infeliz a quien las gentes de su tiempo, y aun compatriotas suyos de los días que alcanzamos, sin estudiarlo con imparcialidad y con la seria reflexión que era necesaria, se contentaron con decir que don Simón no resultaba sino un hombre rayano en la locura, para llenar de improperios, escarnecerle, patearle y escupirle.

En París encontré un libro, que acababan de imprimir, intitulado *El Maestro del Libertador*, por don Fabio Lozano y Lozano, de Colombia; y en sus páginas hallé algunos rasgos, que yo no conocía, de la vida del venezolano ilustre, con los cuales aumenté, en parte muy pequeña y en relación con la biográfica, el estudio que había yo trabajado en largas horas de meditación serena, y que en punto a la psicología del infeliz Maestro y a la filosofía que se desprende de los hechos, en nada se parece al del señor Lozano. Si en cualquiera de mis apreciaciones he incurrido en el error, no se olvide que este es inherente a la imperfecta naturaleza humana.

Por lo demás, sépase que este libro es la expresión más pura de la cabal sinceridad de mi conciencia.

Y si algún día he de lograr que salga a luz, a ello no me guiará, de fijo, ninguna pequeñez de corazón, ningún bajo sentimiento, ningún propósito de especulación infame, sino el ardiente anhelo de servir a mi Patria con nobleza de intenciones y con hombría de bien, y de contribuir de alguna suerte a hacer más luminosos los esplendores de su gloria.

GONZALO PICÓN FEBRES
Caracas, 30 de agosto de 1917

CAPÍTULO I

DON SIMÓN RODRÍGUEZ.— NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS.— MATRIMONIO.— MAESTRO DE BOLÍVAR.— CONSPIRADOR.— SALIDA DE CARACAS.— DE LA GUAYRA A KINGSTON, DE KINGSTON A LOS ESTADOS UNIDOS, DE LOS ESTADOS UNIDOS A EUROPA.— BOLÍVAR LE BUSCA Y LE HALLA EN VIENA.— VIAJE A ITALIA CON EL LIBERTADOR.— JURAMENTO EN EL MONTE SACRO.— REGRESO A PARÍS.— EL LIBERTADOR SE VUELVE A VENEZUELA Y DON SIMÓN SE DA A VIAJAR.— REGRESA A AMÉRICA EN 823.— CARTA DEL LIBERTADOR FECHADA EN PATIVILCA.

Don Simón Rodríguez, como Pelgrón, como Negrete, como Vides, como don Andrés Bello, como Carrasco y el aragonés Andújar, fue uno de los maestros de Bolívar, y bien puede asegurarse que el que influyó más hondamente en su carácter, en su sensibilidad, corazón e inteligencia. De Pativilca, en 824, le decía el Libertador:

No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes a mis ojos, las he seguido como guías infalibles.

Era un hombre más que raro don Simón, dizque loco, atrabiliario, extravagante, colérico, venático, arbitrario, incomprendible, excéntrico y desequilibrado, o como queráis llamarle después que le estudiéis. La asendereada ocurrencia, confirmada por Lastárria, de aquellos bacines afrentosos, que horrorizaron y disgustaron profundamente a Sucre en la comida que don Simón le dio en La Paz, como especial obsequio, puede ser seriedad, quizás locura, genialidad acaso, probablemente burla preconcebida y descarada. Trabajoso es penetrarlo, y no se sabe lo que hubo de ser en realidad. Era varón de bien, de grande inteligencia, de honradez y de justicia, de amplia capacidad para asimilar lo bueno y desechar lo malo, constante en el estudio y finamente perspicaz en cuanto inquisidor y observador, de aquí lo aseverado en sus *Memorias* por el general O' Leary: "Don Simón Rodríguez conocía demasiado el mundo (...) don Simón Rodríguez tenía el conocimiento perfecto del mundo". De él puede decirse con acierto lo que Hernando del Pulgar, el autor de aquella obra a que nombró *Clara varones*, dejó estampado acerca de don Íñigo López de Mendoza, o sea el sapiente Marqués de Santillana:

Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona e en razonar de fabla, mostraba ser hombre generoso y magnánimo. Hablaba muy bien, e nunca le oían decir palabra que no fuese de notar: quién, para doctrina; quién, para placer. Era cortés e honrado de todos los que a él venían, especialmente de los hombres de ciencias.

Nació don Simón Rodríguez en Caracas, el año de 71 del siglo décimo octavo, de don Cayetano Carreño y doña Rosalía Rodríguez. La casa en que nació se conserva todavía en la ciudad, sin que ningún Gobierno se haya preocupado de señalarla con lápida conmemorativa alguna. Tuvo un hermano, distinguido en el arte musical, maestro de capilla de la Metropolitana, discípulo del padre Pedro Sojo y autor de un réquiem escrito para orquesta, de muchos salmos y motetes, de varias misas para órgano y orquesta, y de *La oración del huerto*, composición muy celebrada por los críticos del arte. Como a su padre, a dicho hermano le pusieron de nombre Cayetano. Muerto el padre, quedaron Simón y Cayetano bajo la tutela de su tío el presbítero y canónigo Rodríguez, varón muy respetable y de gran sabiduría, según Plaza, el que escribió los *Ensayos sobre el arte en Venezuela*. Por ser los caracteres de ambos muy distintos, en breve riñeron los hermanos, resultando de ello que Simón se quitara el apellido de su padre. Desde entonces firmó Simón Rodríguez, con solo el de su madre. España tiranizaba en aquel tiempo a Venezuela con especialidad marcada, y la instrucción que se recibía en Caracas era sórdida, mezquina, lamentable. Don Simón, ya crecido y de sus facultades dueño, resolvió sin vacilar el ilustrarse por sí solo, emancipándose de la tiranía de España –círculo de fierro y de tinieblas dondequiera y en todos los sentidos– y de las preocupaciones que reinaban de un modo imperativo en la capital Caracas. De esta suerte llegó a poseicionarse de una ilustración variada, abundosa y resaltante en la penumbra del medio y de la época. No está de más decir que por aquellos años contrajo matrimonio con doña María de Ronco (el 25 de junio del 794), y que luego se entregó a la enseñanza. Sus alumnos fueron muchos, y no pocos de entre ellos cobraron buena fama, por sus merecimientos, durante la guerra de nuestra Independencia.¹

De niño era bravío don Simón, impertinente, majadero, molesto a su familia y amigo de disputas en la calle. De joven rayó en austeridad, fervorosa devoción, frugalidad en las comidas y humildad y modestia en el vestir, hasta el extremo (como narra su biógrafo Azpurúa) de jamás adornarse los zapatos con las hebillas

1 Don Lorenzo Carreño, último de los hijos del antiguo maestro de capilla de la Metropolitana, suministró a don Ramón de la Plaza algunos de estos datos.

de plata en aquel tiempo tan de moda. Cuando lo hicieron maestro de Bolívar, sus ideas respecto de todo se cambiaron. Contra la monarquía cerró, y fue independiente, liberal, republicano y socialista. Durante veinte años viajó por muchas partes. Para viajar se quitó nombre y apellido, e hizo que lo llamasen Samuel Robinson. Algunos historiadores conjeturan que este nuevo nombre se debió al delicioso placer con que leía y admiraba el *Robinson Crusoe* aventurero del escritor inglés Daniel Defóe, autor también de otras obras literarias y de varios panfletos virulentos contra el impopular gobierno de Jacobo Segundo de Inglaterra. Estuvo don Simón en las Antillas, hizo alto en Norteamérica, permaneció en Europa, peregrinó por toda ella, volvió a Hispanoamérica, residió en Bogotá y en Chuquisaca, recorrió a Perú y Bolivia, vivió largo tiempo en Chile, establecióse en Quito, y allá en Huaylas, distrito del Departamento Junín en el Perú, murió en el mes de marzo del año 54. Varios historiadores, entre ellos Julio Mancini y José Gil Fortoul, dicen que fue en *Huaymas*. Según tengo entendido, en el Perú no hay *Huaymas*, sino *Huaylas*, que no es pueblo. *Huaymas* he buscado inútilmente en no pocas geografías. Junín se llamaba uno de los departamentos antiguos del Perú. Era su capital Huánuco o Guanuco. Se dividía en nueve distritos: Tarma, Huánuco, *Huaylas*, Gauja, Paseo, Huamalíes, Concluncos, Huari y Cajamarca. *Huaylas* tenía por cabecera o capital a Huarás. ¿Existe *Huaymas*? ¿Es un puerto? ¿Es un pueblo tierra adentro? Ello a la historia no le importa. Lo que a la historia importa es saber que un hombre insigne, un varón de gran sapiencia y poderoso entendimiento, un venezolano ilustre, antes de abandonar el mundo, en un pequeño e ignorado pueblecito del Perú, dijo desde el fondo de su alma, hecha pedazos, hecha ruinas, hecha desolación inmensa, aquellas célebres palabras henchidas de amargura: “¿De qué me serviría persistir en una quimera irrealizable?... Prefiero acabar mis días en una tranquilidad profunda, a ejemplo de los ríos de esta América, que van sin saber a dónde y dejan a la Providencia guiarlos”.

Muerto don Juan Vicente Bolívar, padre del Libertador de América, la Audiencia de Santo Domingo hubo de nombrar tutor del niño don Simón, de tres años de edad, al licenciado Sanz. Este y el muchacho vivieron casi dos años juntos, pero a la greña, en altercado y porfiá a todas horas y tirándose con frecuencia los tiestos a la cara. El chico sentía ya, en las arterias y el cerebro, el arranque

arrollador e impositivo que era necesario en el caudillo providencial y *héroe* para la redención de América. En cierta ocasión le decía el varón preclaro: “Ya no puedo con usted”. Al cabo de dos años, se apartó de la guarda del muchacho, amigo de voluntariedades, pertinaz en discusiones, revoltoso, terrible, independiente, inaguantable. No alcanzaba a dominarlo, ni para ello tenía tiempo, ni quería. En la misma ocasión que he apuntado, agregaba el tutor Sanz: “Yo no puedo domar potros”. Deben de ser verdad los dos coléricos disparos del excelente ciudadano. En aquellos mismos años, don Feliciano Palacios, abuelo de Bolívar, solía decir a este: “Ya no puedo soportarte”. Don Simón Rodríguez entró en lugar de Sanz, con sólido cariño. Léase al general O’Leary:

Bajo la dirección de don Simón Rodríguez, hombre de variados y extensos conocimientos, pero de carácter excéntrico, aprendió Bolívar los rudimentos de las lenguas española y latina, aritmética e historia; pero los adelantos que hizo en estos estudios elementales no correspondieron a las esperanzas de la familia, ni a la habilidad del Maestro, ni a la extraordinaria facilidad, para aprender, que tenía el discípulo. Entre este y el Maestro se trabó luego estrecha y sincera amistad. A pesar de la poca aplicación de Bolívar y del poco adelanto en sus estudios, Rodríguez tenía alta opinión del talentoso niño, cuya imaginación era viva, por no decir poética, y sorprendiéle la originalidad de sus observaciones. En figura y modales, no era Rodríguez el hombre que pudiera inspirar confianza y cariño a un niño. Severo e inflexible en su discurso, de facciones toscas e irregulares, tenía pocos amigos fuera de su discípulo, cuya confianza y cuyo cariño se había captado, aparentando grande interés en sus entretenimientos infantiles.

En 794, don Simón presentó al Ayuntamiento de Caracas, para que la estudiase, una obra suya inédita². El Ayuntamiento se enteró del contenido y resolvió aumentar el número raquítico de escuelas, estableciendo una en cada cual de las parroquias. Lo cual no satisfizo a don Simón, y renunció al plantel (sin que los historiadores fijen cuándo) en que era maestro y director. El Ayuntamiento,

² *Reflexiones sobre los defectos que vivían la escuela de primeras letras de Caracas, y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.*

entonces, se limitó a darle gracias, en un oficio hecho a pluma de ganso bien tajada, a hermosa letra gótica y ornamentada con sellos sobre lacre, por los deseos excelentes que en favor de la juventud mostraba. Con semejante oficio, tampoco se sintió muy satisfecho don Simón. Agréguese a estas circunstancias su curiosidad creciente por lo que desconocía, sus anhelos de viajar para ilustrarse más y más, su repugnancia a la vida vegetativa y solitaria, su afán irrefrenable por sentir y respirar otras atmósferas sociales, otras civilizaciones, otros aires más propicios al desenvolvimiento de su organismo espiritual. Su odio a la rutina, su tendencia invencible a las reformas, su espíritu de brava iniciativa que anda siempre y no se queda ni estaciona, el horizonte inmenso que él quería contemplar, necesitaban otro ambiente para el triunfo. Caracas le era estrecha, y las autoridades le veían con recelo, porque las enseñanzas que alumbraba les parecían sediciosas contra el poder de España.

Se le conocía, además, como partidario férvido y gran atizador de las pequeñas rebeliones que hasta la fecha fueran sorprendidas a tiempo, y aplastadas, y ello le mantenía en zozobra. Años después, oigámosle:

Yo era presidente de una junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor, y hechos blanco de las risas del Capitán General, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, por una rápida evasión; y digo muerte, porque ya embarcado en el puerto de La Guayra en un buque norteamericano, y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas, sin juicio previo y sin capilla.

Con referencia a estos sucesos, el general O'Leary dice:

Antes de cumplir catorce años, tuvo Bolívar que separarse de su Maestro, porque Rodríguez, aunque nacido en humilde esfera, tenía alma orgullosa; y mal avenido con la tiranía que le agobiaba bajo el sistema colonial, resolvió buscar en otra parte la libertad de pensamiento y de acción que no se toleraba en su país natal. El 13 de julio de 1797 fue descubierta la conspiración que tenía por objeto deponer al Capitán General, y cambiar el sistema de Gobierno. Este acontecimiento apresuró su partida, pues estando complicado en la conjuración y habiéndole confiado el secreto a don José Archila, que se

acogió a la amnistía después de la prisión de los principales agentes del plan, temió Rodríguez que, por debilidad de su amigo, llegara a sufrir la persecución de que eran víctimas los que habían confiado en el indulto del Capitán General. Al cambiar de residencia, cambió también de nombre, y tomó el de Samuel Robinson, para no tener constantemente en la memoria (decía él) el recuerdo de la servidumbre.

Ello es lo cierto que al fin don Simón rompió por todo, y que en 797 abandonó a su discípulo y pupilo. Bajó a La Guayra, y desde allí, para viajar, dio en llamarse Samuel Robinson. De La Guayra se dirigió a Jamaica, y en una escuela primaria de la ciudad de Kingston entró a aprender inglés, sin importarle nada hacerlo en compañía de los niños, ni temer que ellos le rieran sin desgana. “Al salir a la calle, los alumnos arrojan sus sombreros al aire, y yo hago como ellos”. Los que insultan ahora a don Simón, agobiándole a calificativos necios y de todo punto indignos de lo que en él no han comprendido o no quieren comprender, digan si esto no es candor, y candor puro de alma buena como el pan, como la leche, como el recién cuajado queso de los pastores montañeros, como el agua dulcemente cristalina de los raudales de mis páramos. De Jamaica tomó rumbo a Norteamérica.

En Baltimore trabajé como cajista en una imprenta, y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años, y al cuarto me embarqué con dirección a Europa; llegué a Cádiz, y por Bayona fui a la capital de Francia.

De París ganó hacia Viena, donde logró establecerse.

A los fines de mayo del 802, Bolívar contrajo matrimonio, en la metrópoli Madrid, con doña Teresa Toro. En seguida partió a La Coruña, y de allí se embarcó para La Guayra. Por el otoño del 803, después de la muerte de su esposa, otra vez tomó rumbo para Europa, y se detuvo en Madrid algunos meses. En 804, en los días de primavera, salió de Madrid camino a Francia, acompañado de don Fernando Toro, su amigo y compatriota. Después de muy corta permanencia en el mediodía de Francia, llegó a París en los primeros días de mayo. Tuvo en París días amargos, y para consolarse, buscó a don Simón. Llegó un momento, en Viena ya, en que se vio en la cama, enfermo, muy enfermo, de consunción,

de agotamiento, de tedio de la vida, de impaciencia y de tristeza. Tenía veinte años el futuro Libertador de América, y desde su soledad veía su horizonte encapotado, crepuscularmente sombrío, cubierto de tinieblas. Refiere el grande hombre con su nerviosa pluma, en París, en 804 y en la carta que dirigió a Fanny, amiga suya (¡más que amiga!) y baronesa de Trobriand-Aristeguieta, lo que sufrió toda su alma en aquellas negras horas de amargura y desesperanza honda:

Recordaréis lo triste que me hallaba cuando os abandoné para reunirme con el señor Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. ¡Ay!, en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez solo amaba las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron, porque él me quiere sinceramente; pero él no las comprende. Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química, que tenía un señor alemán, y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas le veo yo una hora al día.

Cuando me reúno a él, me dice de prisa: "Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo; en fin, es preciso divertirse, y este es el solo medio que hay para que te cures". Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. Caigo muy pronto en un estado de consunción; y los médicos declaran que voy a morir: era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico. Los dos hablan alemán. Yo no entendía una palabra de lo que ellos decían, pero en su acento y en su fisonomía comprendí que su conversación era muy animada; el médico, después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino a sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz, dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los

sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja; pero al día siguiente me repite iguales exhortaciones. La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: "Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero sería preciso que fuese rico. Sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico, soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!". Le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vio en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: queda un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este instante levanta los ojos y las manos hacia el cielo, exclamando con voz inspirada: "¡Se ha salvado!". Se acerca a mí; toma mis manos; las aprieta en las suyas, que tiemblan y están bañadas en sudor; y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso: "Mi amigo, si tú fuieras rico, ¿consentirías en vivir? ¡Di! ¡Respóndeme!". Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: "¡Sí!". "¡Ah –exclama él– entonces estamos salvos! ¿El oro sirve, pues, para alguna cosa? ¡Pues bien, Simón Bolívar, sois rico! ¡Tenéis actualmente cuatro millones!"... Rodríguez no me había engañado: yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se enredaba con todo el mundo, sin pagar a nadie, hallándose muchas veces reducido a carecer de las cosas más necesarias; este hombre ha cuidado la fortuna que mi padre me ha dejado, con tan buen resultado como integridad, pues la ha aumentado en un tercio. Solo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante los ocho años que he estado bajo su tutela.

Ciertamente, él ha debido de cuidarla mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar, era muy económica; él no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres, pues la que es relativa a mi instrucción, era muy pequeña, porque él era mi Maestro universal.

Por distintas razones he insertado fragmentos de esta carta, que para mí resulta sobremanera interesante, porque al dejarla en el silencio, se notaría un claro de consideración en la biografía del eminentе sabio; porque no quiero glosarla; porque muestra la fervorosa devoción de don Simón Rodríguez al estudio de las ciencias, a lo noble, a lo elevado y dignificador, a lo útil para la

humanidad; porque sirve a comprobar de un modo luminoso la probidad de su conciencia; porque señala su inmensa perspicacia en tratándose del genio de Bolívar, así como su fe en los resultados con que este sorprendería al mundo entero; porque marca la consecuencia de su cerebro y de su corazón, nunca desmentida, hacia el Libertador, así desde que hubo de salvarlo de la muerte en aquel año, hasta cuando en Chuquisaca en 828 lo defendió en su opulento y magnífico libro titulado *El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*; porque persuade de la bondad de alma de aquel Maestro insigne, que jamás fue comprendido por el medio en que de fijo equivocándose intentó convencer de sus teorías y realizar sus planes, y que después ha sido insultado y calumniado aun por la espectacular y atrabiliaria pluma de compatriotas suyos; y porque, en fin, revela ya, en el muchacho de veinte años, al escritor, al filósofo, al tribuno que había de hacer cambiar de faz a la literatura hispanoamericana, con la palabra creadora de bellísima elocuencia y con la pluma henchida de originalidad, de idealismo encantador y de briosa juventud primaveral. Esa carta vale más de lo que uno piensa; se impone leerla con cuidado, y antes de leerla, recordar a don Simón: “Leer no será estropear palabras por ganar tiempo, sino dar sentido a los conceptos: por consiguiente, el que no entiende lo que está escrito, no debe leerlo”.

Bolívar dejó Viena y se volvió a París, donde escribió la carta (en 804, no importa repetirlo) que acaba de leerse. Entregose allí a vivir una vida de placeres, de loca disolución, de vicios, de gran fastuosidad, como en Londres, como en Lisboa y Madrid. Si bien a medias, él mismo se lo confiesa a Fanny (o Teresa, que es igual):

Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que al fausto; convengo en ello, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria (...) Me dirigí a Londres (después de abandonar Viena, para librarse de las constantes reconvenções del Maestro), donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa. En fin, por todas partes ostento el mayor lujo, y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres. Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a

París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga; pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar de que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado.

Bolívar se aburrió, se fastidió, se cansó de los placeres y del fausto, y por eso llamó a don Simón. Este acudió. Vivieron juntos en París dos o tres meses. Fuéreronse a Italia en los primeros del 80³. La coronación de Bonaparte en cuanto rey de esta nación, siendo ya emperador de los franceses el capitán insigne, la presenciaron en Milán. Al fin llegaron, en las postrimerías de junio, a donde más deseaban. Óigase aquí a don Simón:

Después de la coronación de Bonaparte, viajábamos Bolívar y yo, en estrecha compañía y en íntima amistad, por gran parte del territorio de Francia, Italia y Suiza. Unas veces íbamos a pie, y otras en diligencia. En Roma nos detuvimos bastante tiempo. Un día, después de haber comido y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del Monte Sagrado. Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos de copiosa traspiración a la parte culminante de aquel mamelón. Llegados a ella, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo. Yo tenía fijos mis ojos sobre la fisonomía del adolescente, porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y concentrado pensamiento. Después de descansar un poco y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad que no olvidaré jamás, se puso de pie, y como si estuviese solo, miró a todos los puntos del horizonte, y al través de los amarillos rayos del sol poniente, paseó su mirada escrutadora, fija y brillante, por sobre los puntos principales que alcanzábamos a dominar...

Y luego volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el echo, enrojecido el rostro, con una animación febril, me dijo: “¡Juro delante de usted, juro por el dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni

3 Itinerario que siguieron: Lyon, Chamberry, Milán, Venecia, Verona, Vicenza, Padua, Ferrara, la costa del Adriático, Bolonia, Florencia y Roma (por el camino de Perusa).

reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!".

Andan por ahí historiadores muy validos que suponen, porque les da la gana, que el juramento de Bolívar en El Monte Sacro (del cual juramento he suprimido, por brevedad apenas, los conceptos sobre la Roma antigua) es falso de toda falsedad. Ningunas de las razones. Que ellos quieren que sea falso. Por echarla de sagaces, por darse espesos humos de críticos profundos, por importantizarse y redondear el pecho, son ellos (¡los ridículos y necios!) los que están pisando en falso. ¿Es por ventura lógica la audaz superchería en un hombre honrado y serio como don Simón Rodríguez? ¿Podía él prestarse a ser actor de una leyenda, y mucho menos a escribirla? Don Simón no escribía sino verdades, crudas en ocasiones, sin paños calientes ni temores. Para sacarlo en limpio, no hay sino que leer los valiosos trabajos que dejó. Por eso lo burlaron, lo insultaron y conspiraron para hundirlo, ya que es la verdad lo que más duele, sobre todo a los malvados. ¿Había acaso de mentir como un granuja, por lisonjear a su discípulo, el que le había dicho a este verdades que sirviesen a apartarlo del camino de la disipación sin freno? Ténganse en cuenta los conceptos de Bolívar a Teresa: "Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna" ... "Así es que no cesaba de vituperar los gastos que él llama necedades frívolas" ... "Desde entonces, sus reconvenciones me molestaban, y me obligaron a abandonar a Viena para libertarme de ellas". Por otra parte, es incuestionable que Bolívar acariciaba ya el ideal deslumbrador de independizar la América. "Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado". Detrás de la cláusula de Humboldt se traslucen la persistencia de Bolívar en la idea que sin cesar lo dominaba: "Usted y yo hicimos entonces votos (cuando subieron al Vesubio) por la independencia y libertad del Nuevo Mundo". Igual que se traslucen en las proféticas palabras que al Maestro dirige su discípulo en el siguiente período de O'Leary, y que subrayo expresamente:

Después de visitar a Nápoles, volvió a Francia con Rodríguez, de quien tuvo la pena de separarse muy en breve, porque su antiguo y leal amigo no quiso acompañarle a Caracas, a donde Bolívar se proponía

regresar: fue inútil instarle que volviese a Venezuela, porque todavía temía la persecución española y Bolívar, comprendiendo que sus temores no eran infundados, desistió de su empeño, *manifestándole que se aproximaba el tiempo en que el motivo de su voluntaria expatriación no sería visto como traición en América.*

Además, no es para supuesto un acuerdo tan estrecho entre el Maestro y el discípulo, que llegase hasta el extremo de que el segundo mintiese con descaro, través de veinte años, en la carta que al primero escribió de Pativilca:

¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente, no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros: día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

Lo cual confirma O'Leary así:

En el monte sagrado, los sufrimientos de la Patria se agolparon a su mente, y sintiendo en toda su intensidad

la procellosa é trépida
gioia d' un gran disegno,
l' ansia d' un cor che indócile
ferve pensando...

Cayó de rodillas e hizo aquel voto de cuyo cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación de la América del Sur. Mucho se habló en Roma, entonces, de aquel juramento; pero muy lejos estaban de imaginarse los españoles que allí residían que tuviese otro significado que la expresión del arrebato juvenil, producido por los recuerdos que evocaban aquellos sitios. Al mismo Bolívar, y a muchos de los que en esos días estaban en Roma, les he oído referir estos pormenores.

Los que aseguran la falsedad del juramento se parecen, como unos huevos a otro huevo, a don José María de Rojas cuando con insufrible y más que zurdo imperativo (él, que se metía a disparatar sobre lo que no sabía y que de estética en asuntos literarios

no entendía casi nada) asienta en trueno gordo y con voz pegajosa como engrudo:

En las reuniones públicas [Bolívar en Europa] se acostumbró a los modos retóricos tan ampulosos y declamatorios que privaban en Francia durante la época del primer imperio. De escritor hizo alarde en su trabajo titulado *Mi delirio sobre el Chimborazo*, producción esta que no merece ciertamente los encomios que se le han dispensado...

¡Oh petulancia e infeliz fachenda humana!

De Roma se dirigieron, el Maestro y el discípulo, a la ciudad de Nápoles; de Nápoles fueron al Vesubio, y luego regresaron a París. Aquí se despidieron. Bolívar se vino a Venezuela, por los Estados Unidos y a los fines del 806, persiguiendo la emancipación de América. Don Simón se quedó sin compañía, entregado a sus estudios, a sus lecturas incessantes, a sus observaciones diarias, a sus meditaciones. Años después decía: “La gloria es un efecto de la imaginación, pero que alimenta el espíritu, como lo eran el néctar y la ambrosía de que se alimentaban los dioses”. Para dar pasto a su alma, anhelosa de la sabiduría, se dedicó a viajar. Tenía pasión de viajador y aventurero, y exclamaba: “Yo no quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol y a todas esas cosas que marchan sin cesar”. De ahí que recorriera a Europa entera, siempre trabajando de diferentes modos para ganarse el pan:

Yo he sido el único americano del Sur que haya ido a Europa, no con el fin de derrochar fortuna, sino con el de adquirirla. A mi regreso, registré en Cartagena, como de mi legítima propiedad, sesenta y cuatro mil duros. Trabajé, observé, y creo saber alguna cosa; pero como hablo sobre asuntos extraños, nadie me entiende y paso por loco (...) Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas; concurrió a juntas secretas de carácter socialista; oí de cerca al padre Enfantin, a Olindo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaban como apóstoles de la secta; estudié un poco de literatura; aprendí lenguas, y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia. En eso de primeras letras ya me había ejercitado un poco durante mi juventud, dando lecciones a “ese hombre” a quien se admira

tanto, cuando él era un despabilado rapazuelo. Por eso, seguramente, se dice que yo fui su ayo (*ayo*, en sus *Memorias*, le llama el general O'Connor); pero más que maestro, aseguro que fui su discípulo, pues, por adivinación, él sabía más que yo, por meditación y estudio.

Cerca del lago Titicaca, en el Villorrio denominado Azángaro, conversando con el francés Pablo Marcoy, observa a este: “No os diré cómo y de qué viví durante estos viajes, pues mis padres no me habían dejado rentas ni bienes al sol; basteos saber que desempeñé todos los oficios que un hombre puede desempeñar sin comprometer su decoro”. Marcoy apunta: “También vos sois francés”. Y le contesta: “Lo mismo que inglés, alemán, italiano o portugués, aunque hablo estas lenguas tan correctamente como la vuestra, sin contar todos los dialectos que de ellas dependen, y que me son igualmente familiares”.

En 823 se pone en viaje a América, y gana Bogotá. Es que lo llama la gloria deslumbrante de Bolívar. La carta que este le dirige desde allá de Pativilca –lugar siniestro y por poco parricida– es bella, elocuente, encantadora, y está llena de respeto y de ternura. Bolívar lo admiraba, lo amaba y veneraba. No es extraño. Don Simón fue para él numen y égida, consejo y protección, sabiduría no embustera y enseñanza, hoguera paternal y arca de oro.

¡Oh, mi Maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda, es usted el hombre más... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero dárselos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Sí, a visitar su Patria, que ya no conoce, que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia (...) Usted, Maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa (...) En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse: “¡Todo esto

es mío! Yo sembré esta planta: yo la enderezé cuando tierna: ahora, robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos: ellos son míos: yo voy a saborearlos en el jardín que planté: voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo...”. Sí, mi amigo querido, usted está con nosotros: mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia.

CAPÍTULO II

EL IDEAL DE DON SIMÓN.— COMIENZA A TROPEZAR CON EL MEDIO.— RECORRIDA DEL LIBERTADOR, EN COMPAÑÍA DE DON SIMÓN, POR ALGUNOS DE LOS DEPARTAMENTOS DEL PERÚ.— LLEGADA, EN UNIÓN DE SUCRE, A CHUQUISACA.— LA ESCUELA MODELO.— RIÑA ENTRE SUCRE Y DON SIMÓN.— EL LIBERTADOR GUARDA SILENCIO ANTE LAS CARTAS DE LOS DOS.

El ideal de don Simón, el ideal que embargó toda su vida, fue la instrucción y la educación de América.

En el sistema republicano, las costumbres que forma una educación social producen una autoridad pública, no una autoridad personal: una autoridad sostenida por la voluntad de todos, no la voluntad de uno solo convertida en autoridad; o de otro modo, la autoridad se forma en la educación, porque educar es crear voluntades; se desarrolla en las costumbres, que son efectos necesarios de la educación; y vuelve a la educación, por la tendencia de los efectos a reproducir la autoridad. Es una circulación de la autoridad en el cuerpo social, como la de la sangre en el animal. No habrá jamás verdadera sociedad sin educación; ni autoridad razonable sin costumbres liberales.

En la enseñanza consistió el ideal de aquel hombre bueno y sabio, en entenderla con acierto, en su atinada aplicación y en aplicarla pronto a nuestros pueblos demasiado ignorantes y atrasados, con el modo y de la suerte que él tenía en la cabeza. Independizados ellos por la infatigable espada de los héroes gloriosos, quería hacerlos conscientemente libres con los conocimientos útiles, con el amor al trabajo, con la educación del alma. Odiaba la rutina de la enseñanza pública establecida entre nosotros por España; detestaba la sumisión, el servilismo, la pasividad estéril, el ocio muelle e infecundo, la obediencia irreflexiva a la institución dañosa; quería hombres que creasen con su mente y con sus brazos la riqueza individual y por lo tanto la riqueza colectiva; quería ciudadanos convencidos de sus actos, de sus deberes y derechos, a fin de que no fuesen engañados con promesas de una hora, ni embaucados con la palabrería altisonante de los declamadores de oficio y relumbrón, ni escarnecidos y robados por los personalismos y las aristocracias. Quería, en suma, gente nueva para constituir naciones republicano-democráticas, pero tales como estas debían ser en su concepto, y no meros juguetes de la intriga, de la adulación infame, del vitando interés particular y de la ambición sin bridas, que es lo que hoy se ve. Patrias, patrias grandes, como el Libertador, quería don Simón; pero bodegas no, pero pulperías nunca, pero guaraperías jamás; y para llegar a aquellas, educación e instrucción a un tiempo mismo.

El Maestro de Bolívar pisó en falso, cayó sin darse cuenta en el error, no advirtió desde el principio los obstáculos inmensos con que tropezaría, se adelantó bastantes años a su tiempo y fue apenas un iluso henchido de bondad y patriotismo. Quiso aplanar el Chimborazo y se estrelló; quiso acabar de un solo golpe con numerosas preocupaciones rancias, y el remolino lo hundió en el abismo; quiso aplicar a nuestro medio (este sin preparación alguna y arraigado con las más hondas raíces a la tradición viciosa) sus teorías demasiado adelantadas, y bruscamente lo sorprendió el fracaso con todas sus tristezas. Como no lo comprendían, se dieron a befarlo, a reírlo, a calumniarlo; y como los políticos no querían desafinar en resolviéndose a violentar el medio y favorecer al sabio, dejaron que este pereciese en la desilusión y en la derrota. Ni aun hoy mismo lograría cristalizar sus planes de redención y de reforma, tales como los concibió. Aun hoy mismo serían humo, celajes rosa y oro de la tarde, perfumes de un momento de las lozanas flores, fantasías caprichosas para el vulgo y descomunal chacota de los que tan solo buscan enriquecerse a manos llenas con el robo de los caudales públicos.

Hay ideas que no son del tiempo presente, aunque sean modernas; ni de moda aunque sean nuevas. Por querer enseñar más de lo que todos aprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado, y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme; por querer hacer mucho, no he hecho nada; y por querer valer a otros, he llegado a términos de no poder valerme a mí mismo (...) En Bogotá hice algo, y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más, y me entendieron menos (...) Estuve en Chile, y prediqué, pero en desierto.

Aquel gran soñador decía a la América:

La meditación y la experiencia me han suministrado *Luces*. Necesito un *Candelabro* donde colocarlas: ese candelabro es la *Imprenta*. Ando paseando mis manuscritos como los italianos pasean sus *Titirimundis*. Soy viejo, y aunque robusto, temo dejar de un día para otro un baúl lleno de ideas para pasto de algún gacetero.

Y aquellas ideas generosas, ideas de profundo pensador que miraba con certeza el porvenir, se encuentran condensadas en la siguiente síntesis:

Persuádanse los jefes del Pueblo que nada conseguirán si no instruyen. A esta indicación objetan muchos que el Gobierno no es maestro, y que para formar un pueblo se necesitan siglos. Ni lo uno ni lo otro es cierto. El Gobierno debe ser maestro. Cuando más, se necesitan cinco años para dar un pueblo a cada República. Pero para conseguirlo, es preciso algo más que fundar escuelas de Lancáster. Una nación no cabe en un colegio, mucho menos en una escuela. Las escuelas y los colegios no educan ciudadanos, sino letrados. Con escritores, con literatos, con doctores, no se forman repúblicas. Los estudiantes saldrán de las clases con los libros y los compases bajo el brazo, a recibir con *vinas* a cualquiera que crean dispuesto a darles los empleos en que hayan puesto los ojos ellos o sus padres. Bueno es que los jóvenes aprendan las Ciencias; que estudien Lenguas, Literatura, Legislación, Física, Botánica; pero hay todavía una cosa más importante que deben saber primero: vivir en República. Bueno es que un soldado sea instruido; pero lo que importa a su profesión es la ordenanza y el ejercicio. Bueno es que un hombre *tenga*; pero primero pan que otra cosa. Bueno es que el ciudadano sea un literato, un sabio; pero antes de eso debe ser un ciudadano. Saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un republicano, y la primera de sus obligaciones es vivir de una industria que no le perjudique ni perjudique a otro, directa ni indirectamente. El sistema de educación que se ha planteado por medio de escuelas, colegios y universidades, no puede formar un pueblo, que es lo que falta. Es preciso recurrir a otro sistema, que ha de proponerse alcanzar estos tres resultados: educación *popular*, destinación a ejercicios *útiles* y aspiración *fundada* a la propiedad.

Con semejantes ideas en la mente, y con sobra de fuerte voluntad para imponerlas, los obstáculos tenían que salir forzosamente al encuentro del audaz reformador. Cambiar la faz moral e intelectual de la América en un día, y mucho más después de una guerra desastrosa, cuando tenía que haber excesos y el sable era el recurso necesario para llegar a cualquier parte, equivalía, lo repito, a pretender aplanar el Chimborazo. Demás de ello, para desenvolver su plan de la manera que lo había concebido, dinero

y más dinero le urgía a don Simón; para entonces no lo había en la abundancia apetecible ni en Colombia ni en las repúblicas del Sur, y en lo general, el que había se derrochaba. Por sus servicios a la causa de la emancipación, vivir querían los militares de los caudales públicos; y antes que disgustarlos cerrándoles las arcas, se prefería colmarlos en sus aspiraciones, para evitar la insurrección o hacer menos siniestra y espantosa la anarquía⁴. El medio, de suyo refractario a las innovaciones y mejoras racionales; las circunstancias de especial complicación de aquel momento histórico; el aferramiento a la tradición viciosa arraigada por España en sus colonias, y no a través de años, sino a través de siglos; el espíritu de insubordinación frecuente nacido de la costumbre de la guerra; las preocupaciones cerradas y reinantes en el hombre y la familia; los suspicaces recelos de religión y aristocracia contra el aliento del progreso; la influencia detestable del sistema clerical, exclusivista y enemigo de la expansión transformadora, en la enseñanza pública; y por último, el estado movedizo, fluctuante a todas horas, de anarquía irreductible, de incertidumbre diaria en que se mantenían nuestras repúblicas para ver de constituirse definitivamente; todo le fue adverso a don Simón. Para la enseñanza de los americanos (argüían los magistrados), sin duda que había tiempo. Primero estaban importando otras necesidades, y convenía atenderlas.⁵

4 Cuando escribí este libro, no conocía yo los recuerdos de la *Independencia americana*, del general O'Connor, jefe de Estado Mayor en la batalla de Ayacucho. He venido a conocerlos en 916, año durante el cual pongo esta nota. Sobre escasez de fondos en las arcas del Gobierno de Bolivia, consultense las páginas 247, 248 y 249 de la obra del viejo veterano, que para mí es preciosa como verdad histórica. Tales páginas dejan comprender un estado notable de pobreza en la Nación. Y las palabras que allí están del admirable Sucre, flor de gente honrada y cristalino espejo de la hermosa probidad, valen todo el Potosí en estas páginas que escribo sobre don Simón Rodríguez: “Dios me libre de dejar a Bolivia, cuando yo entregue la presidencia, cargada con una deuda extranjera. No, señores, no haré semejante disparate”.

5 San Martín, en las conferencias de Guayaquil: “Bien se conoce, General, que las crueldades de Morillo y otros españoles en Colombia han exaltado el espíritu republicano y creado una opinión que no será fácil variar si hombres como usted, Sucre y Santander no le dan la dirección que exigen las verdaderas necesidades de estos reinos. Considere usted, General, la poca civilización de las colonias españolas, la heterogeneidad de sus razas, el modo como

Calvario amargamente doloroso fue el que tuvo don Simón. Comenzó en Bogotá. Casi el vacío. El Gobierno le escatimó la ayuda. Era venezolano el sabio; a los venezolanos se les tenía por entonces recia inquina en Bogotá, y ello fue lo suficiente para que lo mirasen con recelo y prevención. En 21 de marzo del 824, don Miguel Peña, hombre capaz por su notable inteligencia de penetrar sin mucho esfuerzo en lo que don Simón valía como cerebro claro, ilustración copiosa, voluntad infatigable y franco espíritu espaciado hacia el progreso, escribía al Libertador:

Por diferentes conductos he escrito a usted (...) Ahora me mueve a hacerlo otro asunto de importancia, y es la casa de industria pública que se ha propuesto levantar en esta ciudad el señor Simón Rodríguez o Carreño. Nada digo a usted sobre su persona, carácter, constancia y conocimientos para el caso, porque usted lo conoce bajo todos estos aspectos mejor que yo. De lo que usted tal vez no está informado es que una casa con este fin, donde se da educación a los jóvenes y se les hace aprender un oficio mecánico, fuera de los primeros indispensables conocimientos para vivir en sociedad, como escribir, contar, la gramática de su lengua (...) es todo el objeto de sus más ardientes deseos. Mucho ha trabajado desde que llegó aquí por establecerla, y solo a su infatigable constancia se debe el que le hayan concedido el edificio público comúnmente llamado hospicio, donde ha hecho

está dividida la propiedad, la unidad de religión, la aristocracia del clero, la ignorancia de la generalidad de los curas, el espíritu militar de las masas, que es consecuencia de estas guerras civiles prolongadas. Todos estos elementos presagian una anarquía desconsoladora cuando hayamos concluido la guerra de la Independencia; y acaso entonces tendremos que arrepentirnos de haber querido fundar repúblicas democráticas en estos países”.

Santander, a Lino de Clemente, en 1822: “Veo por una parte la necesidad de un gobierno representativo y liberal arreglado al siglo; por otra, la ignorancia y superstición de estos pueblos, y los pocos hombres ilustrados fuera de la ciencia teológica; la necesidad de contemplarlos, por la influencia que tienen en el pueblo; el gran número de castas que forman la masa de una población enteramente ignorante, a quienes por miras políticas se han asociado en ciertas corporaciones por razones que sabes, y la necesidad de valernos de sus brazos para las armas; todo esto reunido hace necesaria mucha meditación (...) Tú sabes que detesto el antiguo gobierno; pero conozco que este pueblo no está bien ilustrado, ni es capaz esta generación de estarlo bastante, para ser gobernado por instituciones liberales; además,

algunos reparos y tiene algunos muchachos; pero le faltan fondos para montar su proyecto como quisiera, y según tengo entendido, estos no exceden de dos a tres mil pesos: él suspira constantemente por usted, persuadido que si estuviera aquí, él llenaría su objeto. Tal vez sería una obra digna de usted el que tomase el establecimiento de estas casas bajo su protección (...) Si el señor Rodríguez hubiese querido escoger otro modo de vivir, le hubieran sobrado acomodos de dónde sacar más utilidad; pero él quiere servir a la Patria con los conocimientos que ha adquirido en su larga mansión en Europa, y cree que no puede aplicarlos mejor que empleándolos en instruir y formar miembros que después de algunos años sean útiles a la sociedad. Él goza de buena salud, tiene robustez y una actividad muy superior a sus años. Si este hombre se pierde por falta de protección, no hallaremos otro.

El desdeñado Maestro recogió una vez más el bordón del peregrino y salió en busca de Bolívar.

Aquí estoy (en Guayaquil) desde el 18 del corriente (de noviembre del 824), siguiendo viaje hacia donde usted esté (...) Me ofrezco a usted (...) para cuanto guste mandarme, en inteligencia de que desearía

todos quieren aprovecharse de los únicos recursos del Estado, que son las propiedades de secuestros; no hay con qué atender al gasto ordinario, y un gobierno popular donde todos mandan y sin recursos, está siempre próximo a una anarquía; necesita, pues, la República un gobierno más fuerte y liberal al mismo tiempo, y creo que no sería difícil aceptarse con gusto el de una monarquía moderada y constitucional”.

Sutherland, cónsul de Inglaterra en Maracaibo, a *mister Canning*, en 1826: “Las personas que no conoczan el carácter de la gente de este país, creerán con dificultad que estos hombres no tienen el menor remordimiento en romper sus juramentos y sus compromisos, y consideran de simple novedad jurar a un rey la misma fidelidad que juraron ayer a las instituciones republicanas. Pero ocurre que el carácter nacional es en lo general hipócrita, y la administración pública lo más despreciable, corrompida e incapaz que pueda darse. Sus instituciones llevan a lo menos dos siglos de adelanto a su civilización”.

Augusto Plée, agente secreto de Francia en Bogotá, a Chateaubriand, en 1823: “Ahora se presenta una gran reflexión política: ¿qué será de Colombia cuando no tenga más enemigos exteriores que combatir? La guerra ha convertido a todos los jefes en verdaderas potencias. ¡Ninguno se entiende! El partido de la gente de color es en extremo considerable. Padilla es un mulato. Casi todos los oficiales subalternos del ejército son de color. Las antiguas familias blancas los detestan”.

oportunidad para manifestar a usted hasta qué punto puede llegar el sentimiento íntimo, sincero, peculiar (lo demás lo hallará usted en las cartas de comercio) (...)⁶. Tengo muchas cosas escritas para nuestro país, y sería una lástima que se perdiesen...

El caso es que en respuesta a la carta que usted me escribió (la fechada en Pativilca), me puse en camino. Ver a usted, conferenciar sobre la causa y emplearme en lo que pueda para ayudar a usted, es mi fin. Dé usted orden al general Castillo para que me dé con qué transportarme, y a mí dígame lo que debo hacer para llegar cuanto antes, darle un abrazo (...) y llorar de gozo. Tan pobres son las expresiones oportunidad para manifestar a usted hasta qué punto puede llegar el sentimiento íntimo, sincero, peculiar (lo demás lo hallará usted en las cartas de comercio) del bien, que es menester servirse de las del mal. ¡Qué armonía tan admirable!⁷

Buchet-Martigny, desde Bogotá, al barón de Damás, en 1827: “Aquí quedan impunes los crímenes más atroces, los robos más escandalosos. El Gobierno lo sabe perfectamente y, como todo el mundo, ve el mal sin poder remediarlo. Las autoridades inferiores no obedecen a las superiores. Cada cual hace en este país su voluntad. El general Bolívar, por fortuna, tiene demasiada energía de carácter para permitir tamaños abusos y no castigar a todo el que falte a sus deberes vendiendo la justicia o dilapidando los dineros del Estado. A esta energía se debe que casi todos los empleados del actual gobierno sean sus enemigos”.

El mismo Buchet-Martigny, en 1826, al propio Ministro en los negocios extranjeros: “Bolívar empieza a convencerse de que el sistema republicano no está en modo alguno hecho para estos países, donde el poder y la influencia que se dan a una multitud de gentes cuya ignorancia es crasa, no sirven sino para entorpecer las tendencias y propósitos del pequeño número de hombres instruidos. Ve igualmente que un gobierno cuyo jefe está sometido a una elección, no tendrá nunca la energía suficiente para introducir la reforma necesaria en todos los ramos de la administración, y sobre todo, en la moralidad de los empleados: estos no se ocupan sino en dilapidar los recursos del Estado, El actual jefe del Gobierno (Santander) ve el mal, y no pone ningún remedio; antes bien, como él cree tener necesidad de esos hombres para poder sostenerse, los recompensa con privilegios y promociones, en vez de castigar a los dilapidadores. Es de este modo que aseguró su reelección, no obstante la hipocresía de sus proclamas, que desmienten de manera indecente toda su conducta”.

Todos estos rasgos pueden verse en las obras de Carlos Villanueva tituladas *Bolívar y el general San Martín* y *El imperio de los Andes*.

6 Flecha de acero aguda es el paréntesis satírico y agujerea el blanco.

7 ¡Y qué juego de conceptos y de palabras tan preciosos!

Al fin llegó el Maestro a los brazos del discípulo, inmensamente alto este como lo más alto de América en sus Andes, “árbitro de la paz y de la guerra”, soberbio Libertador de un mundo, lleno de gloria como la gloria misma. Y es al general O’Leary a quien toca hablar aquí, por haber sido testigo de vistas y de oídas:

Hacia este tiempo, precisamente, llegó a Lima don Simón Rodríguez, su antiguo Maestro. Cuando el Libertador supo que había vuelto a Colombia, después de una larga ausencia, durante la cual había visitado muchos países de Europa, le invitó a pasar a su Cuartel general, proporcionándole recursos con qué efectuar el viaje, y al mismo tiempo le escribió esta afectuosa carta.

O’Leary se refiere a lo que he copiado atrás, fechado en Pativilca:

No obstante esta delicada atención de su ilustre discípulo, don Simón Rodríguez conocía demasiado el mundo para suponer que un hombre que había hecho tantos prodigios y elevádose de la condición privada a la cumbre de la grandeza humana, dejara de recibirla con orgullosa condescendencia; pero se equivocaba. Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del Palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño, y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad no había logrado corromper. Rodríguez era hombre de carácter muy excéntrico. No solamente instruido, sino sabio, tenía el conocimiento perfecto del mundo, que solo se adquiere en el constante trato de los hombres. Cuando se separó de su discípulo en Francia, permaneció allí por algún tiempo, consagrado al estudio. La falta de recursos pecuniarios le hizo dejar una ocupación tan agradable como poco productiva; entonces trató de sacar partido de sus luces para ganar la vida, dedicándose al profesorado. Viajó por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia, deteniéndose en las grandes ciudades lo suficiente para reunir, ejerciendo su profesión, con qué hacer los gastos de viaje. Visitó a Inglaterra, y se dedicó allí al estudio del sistema de educación de Lancáster que se propuso adelantar y que en efecto mejoró. Llevaba ahora al Perú el fruto de sus observaciones y experiencia, que ofreció al Libertador, quien lo aceptó como el

regalo más valioso que pudiera hacérsele en momentos en que, habiendo cesado las hostilidades, podía él prestar atención a su proyecto favorito de educar al Pueblo. Oportuna fue en verdad su llegada, justamente cuando el Libertador se preparaba a recorrer los departamentos del Sur de la República, donde deseaba establecer escuelas, las que ahora pondría bajo la dirección de su amigo conforme al sistema de Lancáster, que aquel había mejorado; y con tal objeto se apresuró a invitarlo a que lo acompañase en su correría.

No creo que en este punto huelguen, y por eso las escribo, estas dos observaciones. Don Simón satirizaba con frecuencia el sistema de Lancáster, no solo porque era el que Sucre prefería sin rebozo, sino también para comprobar que Sucre jamás lo entendió a él, o al partido no se dio para entenderlo, por no chocar y romper abiertamente con el medio trabajoso en que desenvolviendo iba su política de tacto necesario y de eficaz prudencia. “Sucre era un brillante capitán; pero nunca llegó a comprender la trascendencia de las miras que yo tenía”. Don Simón y Bolívar coincidían perfectamente en el sistema de enseñanza que en América debía establecerse. Óigase al Libertador en el Congreso de Angostura: “Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Revéase ahora a don Simón: “El Gobierno debe ser maestro. Cuando más se necesitan cinco años para dar un pueblo a cada República”. En esto, don Simón se equivocaba, y por completo. Léase, adelante, lo que trascribo de Irisarri:

Pero para conseguirlo, es preciso algo más que fundar escuelas de Lancáster. Las escuelas y los colegios no educan ciudadanos, sino letrados. Con escritores, con literatos, con doctores no se forman repúblicas. Saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un republicano. Formar un pueblo es lo que falta (...) Solo Bolívar puede dar a mis ideas su verdadero valor, y hacer a mis pretensiones la justicia que merecen (...) ¿Qué voy yo a hacer en América sin usted?

Ni huelga aquí tampoco (y el porqué ya se verá) la anécdota que sigue, y que hubo de contarme uno de mis amigos. En un billar de la ciudad de Mérida, que es como decir también de cualquier otra ciudad de Venezuela, o de cualquiera otra ciudad de otra cualquiera de las repúblicas hispanoamericanas, conversaban

en voz alta varios padres de familia, de cuarenta a cincuenta años más o menos, sobre asuntos de política. De buenas prosapias eran todos, y además, agricultores de poderosa alzada, sin instrucción alguna, estrechos de cerebro y tardos como bueyes en el comprender las cosas. No veían más allá de sus narices, ni alcanzaban a más lejos de lo que ellos divisaban desde las dos hermosas torres de la iglesia Catedral. Les gustaba la política y se metían en ella hasta la coronilla, con la ropa de pelear a todas manos y por quitarme allá esas basuras. Pero ellos no entendían la política (y semejante entendimiento era natural y lógico) sino como en lo general se entiende en nuestra amada Venezuela y en todo Hispanoamérica. De repente dijo uno:

Arriba no llegan los plumarios. Los plumarios no sirven sino apenas para secretariar, para hacer lo que les mandan los padrones y para echar los discursos de ordenanza. Aquí lo que vale es el machete, pero que sea cortón, y es el que llega arriba. Lo demás, es hablar para perder. Y de nosotros han de ser los puestos públicos, porque somos los hombres de machete, los que peleamos sin hacerle ascos al plomo cuando se presenta el caso, los que nos sacrificamos a la hora del peligro, los que paramos papelón, los que damos la manteca para freír los huevos y los que de verdad servimos para sostener la causa (nota: *la causa*, para ellos, es el personaje siempre actuante en la Magistratura, venga de donde venga y llámenle como él se llame).

Si eso dicen, por convicción profunda, debida al ambiente que respiran desde hace muchos años, gentes como las que he esbozado, ¿qué sensatez puede esperarse de lo que hayan de opinar las gentes de la calle y del suburbio, también por convicción profunda y sin más ideal ante los ojos (si es que eso es ideal) que el machete con todos sus horrores para llegar a la pitanza y llenarse de oro las alforjas? Para educar a una nación que se encuentra en tal estado, no bastan cinco años, como creía don Simón, sino muy largos lustros, y todavía me quedo corto. Y si a un padre de familia de los que he nombrado se le presenta alguien con las bellas teorías de don Simón Rodríguez, cuente usted con que se fisgará y se reirá a casquillo quitado de ese alguien, y mucho más si está en presencia de sus hijos, desbordándose a contestar en la siguiente brutal forma, ahogado por los chorros de la risa:

No, por Dios, no diga usted majaderías y simplezas. Eso de la educación está de perlas para los que son plumarios, aquí lo que vale es el machete, pero que sea cortón, para lograr la mostacilla, y lo demás es hablar para perder.⁸

El 11 de abril del 825, el Libertador y su Maestro salieron de la ciudad de Lima, investido el Maestro del carácter de director e inspector general de Instrucción Pública y de Beneficencia. Las ciudades de Arequipa, el Cuzco, Puno y varias otras fueron favorecidas por la acción beneficiante de aquellos hombres cultos y civilizadores. Se las dotó con escuelas mixtas. En solamente el Cuzco establecieron, además de las escuelas mencionadas, una casa para menesterosos y otra para huérfanos y expósitos. Acompañados del Mariscal Antonio José de Sucre, encargado del mando supremo de Bolivia, llegaron el 3 de noviembre a Chuquisaca. El 1.^º de enero del 826 comenzó a funcionar la escuela madre en esta capital; la escuela que debía ser la muestra o patrón de las demás que se establecerían, según el decreto de Bolívar, en cada cual de las ciudades capitales de los departamentos de la nación Bolivia. La historia ha recogido las siguientes palabras del infeliz reformador:

Mi gran proyecto por entonces consistía en poner en práctica un plan bastante meditado, que estriba en colonizar la América con sus propios habitantes, para evitar lo que temo acontezca un día, es decir, que la invasión repentina de inmigrantes europeos más inteligentes que nuestro pueblo actual venga a avasallarlo de nuevo y a tiranizarlo de un modo más cruel que el del antiguo sistema español.

En breve hubo de sobrevenir la gresca entre Sucre y don Simón. El 27 de mayo escribía aquel a Bolívar: “Los establecimientos de educación se van adelantando; pero confesaré a usted que estoy descontento del sistema de don Samuel: no hay rentas para pagar la multitud de empleados de cada colegio, según su plan”.

Vasto y complicado este, tenía don Simón que tropezar con las costumbres previsivas y bastante metódicas de Sucre. Aquel

8 Si no se entienden los venezolanismos que en la anécdota he usado, consultese mi obra *Libro raro*.

necesitaba considerables rentas para el tren de sus empleados, y Sucre no quería dar la espalda a otras importantes atenciones tan urgentes como las determinadas para la enseñanza pública. En este ramo pretendía don Simón mandar y disponer sin sujeción a nadie, así por su carácter oficial como porque solo él entendía su sistema y Sucre se paraba a contenerlo en “todas sus locuras”. Don Simón, dentro de la limitada esfera de sus atribuciones, gobernaba por su cuenta y sin consulta, y el carácter de Sucre era vidrioso, no toleraba imposiciones, y mucho menos siendo el arrogante Mariscal el presidente de Bolivia. Don Simón intentaba educar a todo el mundo, sin distinción de colores ni de razas, y Sucre temía la confusión en las escuelas, porque ello equivalía a herir de lleno los prejuicios que imperaban en Bolivia sobre el particular. Era impositivo don Simón, como reformador al fin y enemigo irreductible de las preocupaciones necias, y Sucre iba tanteando en el terreno que pisaba —como excelente diplomático y por desconocerlo— para no echarse encima al clero, a la alta sociedad, a la burocracia entera, siempre enferma de rutina y de convencionalismo. A don Simón, en su designio, nada le importaba la protesta impertinente contra todo lo que hacía y deshacía, y Sucre tenía el celo de sí mismo, de la limpieza de su nombre ante la posteridad, de su conducta ajustada a la prudencia, y de dejar sin mancha alguna su bella reputación en la familia boliviana. Don Simón se sublevaba a cada paso contra la ignorancia crasa que se atrevía a barbarizar en torno a él, y Sucre, más experto en filosofía práctica, dejaba al tiempo la corrección de las costumbres y el anonadamiento de las supersticiones. Don Simón, como todo hombre mayor que el medio en que se agita, creía imposible que lo que él sabía y quería no fuese comprendido fácilmente por el pueblo y por la sociedad, y Sucre, habituado a reflexionar, primero que a ejecutar, era tolerante con lo que aquél no se abajaba a transigir. Don Simón quería llegar de un solo salto al objetivo de sus aspiraciones, y Sucre tenía la convicción, contradicha por el Maestro sabio, de que “para formar un pueblo se necesitan siglos”. Don Simón era eminentemente altruista y exercivo, sin reservas y sin miedos a la desvergonzada maledicencia pública, y Sucre, en este caso, era egoísta de la espléndida fama que buscaba fijar para su nombre, y mucho más desde que era él, escogido expresamente por el Libertador, el primer presidente de Bolivia, para cuyo ejemplo bueno pretendía y con razón

imitadores, así como aplausos de Bolívar y del país entero, de todos los hombres de gobierno y de la pluma de los historiadores. Y aquí es necesario recordar lo que al Libertador decía don Simón, en su carta fechada en Guayaquil a enero 7 del 825; es a saber, un año antes de que empezase a tropezar con las influencias, clericales sobre todo, que en Bolivia se tumbaron contra él: “El pueblo es tonto en todas partes: solo usted quiere que no lo sea en América, y tiene razón. No olvide usted que –para el hombre vulgar– todo lo que no está en práctica, es paradoja”.

El pique apareció; hubo la riña de entablarse; como era natural, en ella triunfó Sucre; primero estaba él que don Simón Rodríguez con todas sus ideas de trascendental reforma; que fuese para otro la responsabilidad enorme de atropellar por todo; mandatario inteligente y reposado, tenía él su personal concepto, su criterio hecho al mazo, su manera de pensar acerca de los distintos ramos de la administración; odiaba las arbitrariedades, no gustaba de la precipitación en nada, sino del cálculo certero, y dócil era a obedecer los mandamientos de las leyes. La vocinglería contra don Simón creció como una ola tronante del océano agitado por las alas de fuego y de tinieblas de la tempestad furiosa; el clero, con implacable rabia, tocó a somatén contra el Maestro; los padres de familia, y más aún los blancos, no querían ver en sus hijos a humildes artesanos, sino eminentes literatos, doctores, escritores y tribunos; el “abogado indecente” señor Calvo, “que hacía de prefecto en Chuquisaca”, acabó de un solo tajo con la escuela, echando los alumnos a la calle ignominiosamente, porque cholos resultaban casi todos, o lo que es igual, mestizos de blancos españoles y de indias; al regresar don Simón de Cochabamba, donde andaba fundando otras escuelas, se quedó estupefacto ante la bárbara medida que lo ponía en ridículo delante de los ojos de las conversadoras y cretinas multitudes, enantes indignadas contra él porque lo protegía el Libertador, y ahora satisfechas y gozosas de su fracaso y su caída; don Simón renunció al cargo que ejercía, pidió luego su inmediato pasaporte, y sin despedirse del presidente Sucre, se retiró a Oruro a vivir una vida de amargo desencanto, de escaseces, de honda melancolía y de rencor irrefrenable contra el medio que lo apedreaba y escupía, que lo escarnecía y vejaba.

En ocasiones paradójico, sofístico a las veces, aventuradamente hipotético en no pocas para fijar ciertos principios inseguros

que él intenta imponernos como dogmas, y muy pagado de inconsistentes expresiones como “quizás haya razón”, “se puede tal vez conjeturar”, “no sería aventurado suponer”, “obsérvese que es probable”, “no parece imposible deducir”, así como de otras por el mismo estilo y corte que desde luego están riñendo abiertamente con lo riguroso del método científico, Gualterio Baghot, en su obra titulada *Origen de las naciones*, con frecuencia es acertado para sacar a flote la perfecta armonía que siempre debe haber entre la consecuencia o deducción y la premisa. Pues bien, en dicha obra leo el período siguiente, y con dificultad puede encontrarse nada que sea más aplicable a don Simón Rodríguez y al improperio medio en que hubo de caer, vencido y cruelmente acogotado por el orgullo y el egoísmo humano:

La experiencia demuestra cuán difícilmente los hombres se hallan animados del espíritu de originalidad, y cuán apegados están a la rutina. Sin duda que este principio de originalidad está admitido en teoría; pero en la práctica, el viejo error y la antigua costumbre –esto que ha detenido a cien civilizaciones en su marcha– vuelve a aparecer. La mayor parte de los hombres tiene en gran estima el género de vida en que permanecen y a que están acostumbrados; y se hallan en la persuasión de que nada hay que añadir a sus propias ideas, y de la insuficiencia de las nuevas; irritanse en gran manera cada vez que han de tomarse el trabajo de pensar en las ideas que nuevamente surgen; les tiene inquietos esta predisposición al cambio, que les quita aquel estado de tranquilidad e inercia para precipitarlos en aras de una existencia inestable y en que fácilmente todo cambia y se transforma. Cuando esto no sucede; cuando por el contrario imperan las nuevas ideas, los hombres que las tienen tratan de imponerlas al género humano, procuran divulgarlas, desean verlas admitidas, extendidas, implantadas antes del momento en que naturalmente debieran serlo.

Ante las cartas de Sucre y don Simón, Bolívar se encerró en el silencio, se volvió impenetrable, no dijo una palabra, puso un muro alto y recio, acerca de lo que había pasado, entre los dos y él. Doloroso era el conflicto para su corazón, para su espíritu elevado y justiciero, para la amistad ingenua y llena de ternura que hacia los dos sentía. Contrapuestos impulsos combatían en su alma con iguales poderes y energías; don Simón tenía razón; Sucre la tenía

también; no podía desautorizar a este; menos podía ni reconvenir a aquél; de consiguiente, se halló en todo el medio de la perplejidad, y resolvió callarse. En septiembre del 826, decía Rodríguez, desde Chuquisaca, al general Salom:

He escrito al Libertador dos veces y puesto mis cartas en la Secretaría, para que se las dirijan. No he tenido respuesta (...) Dígale usted que me escriba. Yo no lo he hecho con frecuencia, porque cada día me han estado anunciando su llegada aquí (...) Yo no soy su criatura para adularlo, ni me importa engañarlo, porque lo que podía esperar de él, lo tengo hace muchos años: su afecto y su confianza. Estoy persuadido de que es mi amigo: ni la preocupación, tan natural en los viejos, me hace desconfiar un instante de su constancia.

Bolívar amaba a su Maestro, y comprendía bien lo que en su ánimo pasaba, que era el no poder sacar a flote sus hermosos ideales de regeneración; pero también amaba a Sucre, su brazo derecho y su confianza en la política azarosa y complicada de aquellos bravos días de combate permanente con la asechanza infame, con la traición siniestra, con la ingratitud descamisada y cruel, con el tumulto de las aspiraciones necias, con el pillaje feroz y desbocado a la manera de un corcel desatinadamente indómito en lo abierto y extenso de la pampa. Quería la obra redentora del Maestro abnegado y generoso, el cual, si se perdía por la falta de protección y estímulo, no era fácil sustituirlo, según don Miguel Peña; pero también quería a Colombia sin menoscabo alguno, la obra predilecta de su genio, de su elocuencia y de su espada, en cuya hechura improba representaba Sucre la admirable y purísima belleza de la fidelidad sin mancha, de la constancia infatigable, del valor a toda prueba, de la abnegación heroica, del honor orgulloso mantenido con la blancura de la nieve, de la obediencia al genio en la previsión y el cálculo. De cierto que Bolívar no olvidaba aquellos días dolorosos y desesperadores de su enfermedad en Viena, cuando hubo don Simón de salvarlo de la muerte, y de salvar con él las seductoras esperanzas de la emancipación de América y el espléndido ensueño de Colombia; pero no podía olvidar tampoco aquellas dos campañas formidables, gloriosísimos ejemplos de inteligencia militar y de heroísmo arrollador, que a Pichincha y a Ayacucho tuvieron por magnífica diadema. Su Maestro le había

sido y le era leal, amándole siempre como a hijo y rindiéndole homenaje de consciente y verdadera admiración; pero la lealtad de Sucre era un radiante paradigma, seductor por su luz como el diamante, resistente como el oro, amable como la rica perla en su natural modestia y legítima belleza. ¿Y puede prescindirse en este caso de la posición de Sucre, de que él era el presidente de Bolivia, de que se distinguía por la grandeza de su alma entre todos los tenientes del Libertador y héroe, de que su carácter de suyo era vidrioso, y de que además del susceptible orgullo que da el ejercicio del poder, él tenía el de sus hechos memorables, el de su autoridad moral, el de su gran prestigio, el de su nombre, el de su historia, y quizás (por la natural flaquéza de la condición humana) el orgullo de que él no podía equivocarse en sus creencias, pensamientos, juicios y determinaciones? Y siendo esto así, ¿era posible soporlar el hacer y el deshacer de un “pedagogo oscuro” a quien él no conocía, sus imposiciones francas y su fuerte carácter quisquilloso acostumbrado al yo autonómico y libérrimo? ¿Y acaso era completo el Mariscal, impecable en sus acciones, ni podía estar sujeto como los hombres todos a las debilidades y tristezas del error? No hay sino leer con atención las impacientes cartas que a Bolívar escribiera con referencia a don Simón, para ver como de bulto rebelarse el natural orgullo en él de su personalidad, de su carácter y de su posición. Pensar de otra manera, en greña con la lógica fatal de la incompleta e insegura naturaleza humana, es equivocarse o escribir de mala fe y por escribir tan solo oportunismos y efectismos de que ya estamos hartos, y que no sirven de juro sino para trastornar y descabellar el juicio de las generaciones nuevas.

CAPÍTULO III

SUCRE NO CONOCE A DON SIMÓN.— FRAGMENTOS EXPRESIVOS DE LAS CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR.— SE DEFIENDE DON SIMÓN EN SU CARTA DE ORURO.— AMPLIACIÓN DE LA DEFENSA.

Indudable es que Sucre no conocía a don Simón, y entenderlo bien claro no es difícil.

Por fin ha venido don Samuel de Cochabamba, y me dijo que iba a renunciar a su destino; le dije que lo sentía, porque siendo puesto por usted [por el Libertador], quería conservarlo (...) Yo haré a usted con Wilson [y medítela el lector!] una larga explicación de todo esto; y en tanto, antíco este aviso por si don Samuel, creyendo que yo no he atendido bien las recomendaciones que tiene de usted, le escribe algo. En todo caso, suspenderá usted su juicio hasta la llegada de Wilson (...) Entre tanto que mañana y pasado escribo a usted sobre negocios públicos, lo haré hoy respecto a don Samuel. Siento tener que decir a usted cosas desagradables de persona que usted aprecia, y a quien por solo esta consideración he visto con un alto respeto (...) Yo lo siento por usted (que nada hubiese hecho don Simón que fuera útil), pues sé que lo aprecia y que esto le disgustará, por cuanto usted lo nombró (...) La presente carta es el testimonio del respeto que yo he tenido a usted en la conducta de don Samuel; porque de otro modo, excusaría escribir tan largamente.

También es indudable que el arrogante Mariscal no comprendía a don Simón. Otros fragmentos expresivos de sus cartas a Bolívar, hasta de sobra lo comprueban.

Vea usted si es de sorprenderse que un hombre tan bueno, de tanto talento y de tanta instrucción como don Samuel, haga tales disparates. Yo estoy aturrido de semejantes cosas, y espero que él venga para que me informe por qué causas lo ha hecho (...) Parece increíble que un hombre del talento de don Samuel, hable tales necedades (...) Ha hablado disparates que yo le he soportado tranquilamente, considerando que tiene la cabeza de un francés aturrido (...) Yo tengo mis buenas ganas de que don Samuel se acabe de ir con Dios (...) Al describir a usted todas las locuras de este caballero, tendría que ser muy largo. Usted pensará que yo estoy muy enfadado con él, y no es así. Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero le considero también con una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene, bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es.

Naturalmente, lo que urge ahora saber, aprendiéndolo en esas mismas cartas que el glorioso Mariscal dirigió al Libertador, es en qué era en lo que habían consistido las locuras, necedades, extravagancias, disparates e ideas tan fuera de camino de don Simón Rodríguez que llenaban de aturdimiento a Sucre. Pero con la debida antelación es preciso darse cuenta de que en Bolivia todo estaba por crearse en el sentido de la enseñanza pública; que para crear es necesario dinero y más dinero, y que era este el que sacaba a Sucre fuera de sus casillas, tanto como la independencia extrema con que el Maestro pretendía gobernar dentro de la órbita de sus atribuciones, sin tener que hacer con Sucre ni con nadie ni para preguntar ni para responder.

¿Creerá usted que en solo el colegio de Cochabamba ha puesto señores rectores, fuera de vicerrectores y maestros?

Lo peor de todo es que no ha dado parte, y yo lo he desaprobado porque lo he sabido de fuera. Escriben de Cochabamba que en el hospicio de mendigos no pueden sostenerse sino quince mendigos, teniendo dos mil pesos de renta, porque todo se va en pagar superiores. Por supuesto que lo he desaprobado, porque el hospicio de mendigos, aquí, tiene cien pobres, que sostiene con tres mil pesos. Si don Samuel se disgusta de mi desaprobación, que tenga paciencia. Vea usted las cosas: aquí tiene un carpintero francés, que por ser francés, gana cinco pesos diarios (...)⁹. Me ofreció que serviría aquí, pero no como empleado. Luego, en el mismo día en que me hizo esta oferta, ha pedido su pasaporte (...) Los motivos esenciales de su disgusto son dos, a cual más gracioso: el uno es que, habiendo ido a Cochabamba a plantear los colegios, él mismo arregló los decretos para ello, y luego fue allá, e hizo todo lo que le dio la gana, y nombró empleados de su propia autoridad, y destruyó todo lo prevenido en los decretos, sin siquiera darme parte. Al avisar el prefecto de todo lo hecho, se le contestó tan moderadamente que se le dijo que lo que estuviera fuera del espíritu de los decretos quedaba desaprobado (...) La otra causa es

9 El “carpintero francés que tomé en La Paz por orden de usted para maestro en el establecimiento (...) el General Sucre dijo ser muy caro por cinco pesos diarios, cuando él mismo ha pagado después tres pesos y medio a oficiales muy inferiores para refaccionar el Colegio de Junín”. (Carta de don Simón a Bolívar, fechada en Oruro el 30 de septiembre del 827).

que, mientras él estuvo en Cochabamba, mandé arreglar aquí la casa de mendigos, y se reunieron unos ciento de todo el Departamento; y como él ha encontrado tan bien el establecimiento, ha dicho que es una falta hacer ningún establecimiento de esta especie *sin su consentimiento*, cosa que no ha dejado de darme qué reír (...) Don Samuel, como he dicho a usted, se ha disgustado porque el Gobierno y el Congreso se mezclan en los negocios de educación y economía, porque dice que usted le ofreció que en esto él tendría una independencia absoluta de todos: de manera que el Gobierno sería nada aquí, puesto que él lo comprende todo dentro de sus atribuciones como director económico (...) En Cochabamba ha peleado e insultado a todos, tratándolos de ignorantes y brutos, lo cual desagradó como era natural a aquellas gentes; pero lo que más alarma causó fue que dijo que, o él había de poder poco, o que antes de seis años él destruiría en Bolivia la religión de Jesucristo. Juzgue usted el mal que esto nos ha hecho, dicho de boca de un hombre tan estimado de usted, y a cuyo cargo se ha puesto la educación de la juventud.

Como en el juicio hay que oír a las dos partes, defiéndase ahora don Simón. Si no toda, véanse algunos recios trozos de la carta que escribió al Libertador, en 30 de septiembre del 827, desde la ciudad de Oruro:

Más vale tener un amigo ilustre que muchos ordinarios [decía un filósofo, refiriéndose tal vez al valor del amigo, a la cantidad o calidad de protección que se podía esperar de él]. Yo de otro modo no veo, en la nombradía de un amigo, sino una corroboración de las ideas que me decidieron a reconocerlo por tal. ¡Muy sagrado es el nombre de la amistad! Los necios lo prostituyen hasta el punto de reemplazar con él los tratamientos ordinarios. *Señor*, sin ser viejo; *caballero*, sin ser noble armado ni montado, se dice en la calle a todos. *Amigo* reemplaza estos vocativos insignificantes, cuando hay familiaridad, confianza, cariño o desprecio que mostrar al llamado. La suma escrupulosidad con que examino el valor de los términos, no me permite confundirlos. *Amigo*, en mi concepto, es el que, simpatizando conmigo, física, mental o moralmente, se me declara afecto. Tengo, por consiguiente, tres especies de amigos, que llamo *simples*, cuando no me los atraigo sino por una sola cualidad; y *compuestos* (dobles o triples), cuando coincidimos en dos o en las tres. En usted tengo un amigo *físico*, porque ambos

somos inquietos, activos e infatigables; *mental*, porque nos gobiernan las mismas ideas; *moral*, porque nuestros humores, sentidos e ideas dirigen nuestras acciones al mismo fin. Que usted haya abrazado una profesión y yo otra, hace una diferencia de ejercicio, no de obra. Llenando para con usted los deberes de la amistad más consistente que puede existir (que es la triple), he procedido en veintiún meses de ausencia, desde que usted me dejó en Chuquisaca, como procedí en veintiún años, desde que usted me dejó en París hasta que nos vimos en Lima: siempre con consecuencia. Invariable como mis principios, *nunca ha dejado Bolívar de ser a mis ojos el mismo*¹⁰. La fortuna influye en la suerte de los hombres, pero no en su carácter; y los que dicen que *estados mudan costumbres*, por decir que los hombres varían, no advierten el error de su sentencia. No varía el hombre con el estado. El que afirma lo contrario prueba que no lo observó bien en el estado anterior. Por satisfacer a usted y por satisfacerme a mí mismo, me separé de usted en Bolivia. ¡Qué mal hizo usted en dejarme, y yo en no seguirlo! La obra que yo iba a emprender exigía la presencia de usted; y usted, para consumar la suya, necesitaba de mí. Jactancia, estúpida presunción tal vez, parecerá el decir que la independencia del mediodía de América depende, para consolidarse, de la influencia de un hombre tan oscuro como yo! ¡Que el héroe que pudo *solo* trazar y ejecutar el plan de una independencia tan contestada por las armas, no puede *solo* establecer las bases de una libertad a que nadie parece oponerse! (...) Viéndome comprometido con usted, commigo mismo y con Bolivia en la obra que usted me confió, procedí. Mis conocimientos se descubrieron en las primeras providencias que tomé; mi actividad hizo aparecer, en el corto espacio de cuatro meses, el bosquejo de un plan ya ejecutado en sus primeros trazos; y mi prudencia venció las dificultades que oponían, por una parte, las personas con quienes obraba, y por otra las que por sostener sus opiniones o por ejercitar su malignidad, se empleaban en desanimar, desaprobar, ridiculizar. Llegó el atrevimiento de un clérigo (¿el clérigo Centeno, de quien el mismo don Simón habla adelante?) a términos de insultarme groseramente en su propia casa. Todo lo soporté; pero no pude sufrir

10 “A pesar de la poca aplicación de Bolívar y del poco adelanto en sus estudios, Rodríguez tenía alta opinión del talentoso niño cuya imaginación era viva, por no decir poética, y sorprendiéla la originalidad de sus observaciones”. Léaseatrás a O’Leary.

la desaprobación del Gobierno, y mucho menos el que me reprendiese en público. ¡A mí, desairarme! ¡Reprenderme, a mí! Ni usted (...) y digo todo con esto. Me retiré a mi casa, y con la inacción y el silencio respondí. A un sargento que va a buscar forraje se le pone arrestado si en lugar de veinte quintales trae cuarenta. A mí se me escribe, se me consulta, y si algo parece fuera del orden, se me dice privadamente, midiendo las expresiones para no ofender mi delicadeza. Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del Gobierno; yo era el hombre que usted había honrado y recomendado en público repetidas veces; yo estaba encargado de dar ideas, no de recibirlas; yo me había ofrecido a concurrir con mis conocimientos y con mi persona a la creación de un Estado, no a someterme a formulillas, providencias ni decretillos; en fin, yo no era ni secretario, ni amanuense, ni ministro, ni alguacil. Santander y Umaña me comprometieron con la gente de mostrador y de ruana en Bogotá, y porque lo evité, dijeron que yo *lo había echado todo a rodar*¹¹. En Chuquisaca, Sucre me reprende como a un lacayo. No sé lo que habrá dicho porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuentas. Es muy regular que la satisfacción que haya dado a usted haya sido mi acusación. Me ha tratado de *caprichoso*. Debo perdonárselo, porque no sabe o no quiere distinguir de sentimientos ni de acciones: *caprichoso* es el *necio*; *firme* es el hombre *sensato*; el *capricho* se sostiene con la *terquedad*; la *firmeza* es propia de la *razón*. No he querido escribir a usted por no dar el menor indicio de que intentaba disculparme. A esta bajeza descenden los súbditos, no los amigos. Veintiún meses he dado de plazo para que me inculpe y acuse quien quiera; a usted, para que me juzgue; y a mí, para hacer tina prueba que me interesa infinito: la de la amistad de usted, si por casualidad

11 El escritor Fabio Lozano y Lozano (de Colombia), autor de la obra titulada *El Maestro del Libertador*, dice en el capítulo “Humano, demasiado humano”: “Vuelto a América don Simón, lo vemos en Bogotá comprometido con la gente de mostrador y de ruana; frase velada que usa en una de sus cartas al Libertador, y a través de la cual pretenden algunos encontrar referencia a cierta aventura non sancta, acaecida por los lados de Las Nieves”.

Difícil es hallar una pretensión más descabellada y necia, una suposición más falsa, una intención más malévolas y absurda. Pero así es, por una parte, la falta de criterio, y por la otra la tremenda perversidad humana. No en balde repetía con bastante frecuencia don Simón: “El que no entiende lo que está escrito, no debe leerlo”.

un momento de olvido o de viveza ha podido deponerme del rango que tan dignamente he ocupado en el concepto de usted. Los mismos veintiún meses de silencio le habrán sido bastantes para ocultar una debilidad; y que no sepa yo que Simón Bolívar pudo, por un instante, posponer mi mérito al mérito más relevante del mundo. El amor es muy delicado; la amistad lo es más aún; y en el hombre sensible, estos sentimientos son de una delicadeza extrema: la menor sospecha es una mancha indeleble. Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mí una amante o un amigo (...) Consideré usted a un hombre de mis ideas y de mis intenciones paseándose en esta Palmira del Alto Perú, meditando sobre las tapias que han abandonado los mineros, sin poder pasar adelante ni volver atrás, sin tener en qué ocuparse ni qué comer y bendiga usted, si quiere, la suerte de los hombres de bien (...).

Sucre y otros me han dicho muchas veces que reclame el sueldo por el tiempo que serví; y yo les he respondido que usted no me había traído consigo para darme títulos ni rentas; que por hacer un gran favor al país, me había dejado dirigiendo su economía; que los seis mil pesos no se habían señalado para mi bolsa, sino para el empleo, que era más dispendioso; no he querido tomar ni un real (...) No sé lo que deberé de aquí la respuesta de usted, para subsistir¹²; ni lo que me costará el viaje por mar y por tierra. Si usted me envía con qué pagar y viajar, me iré; si no, me pondrán preso, me soltarán para que trabaje y pague, y la suerte hará el resto. En buenos trapos me veo al fin de mi vida, por haberme metido a servir al público sin armas (...) Adiós.¹³

12 Debía, según él mismo, la suma de tres mil doscientos pesos.

13 Ruego a los lectores fijarse en la altivez de don Simón hasta para hablar a su discípulo, seguramente porque el Maestro era, según la opinión de Sucre, “un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema”; todo lo cual no viene a resolverse en un granillo de mostaza, sino en una piedra inmensa y magnífica de oro. Fíjense también las duras expresiones que dan principio así: “Es muy regular que la satisfacción (...) No he querido escribir a usted (...) A esta bajeza desciden (...) Si por casualidad un momento de olvido o de viveza”. También debe echarse en saco roto el comienzo del mismo año, por cuanto se confirma en la presente: “No he escrito a usted (...) porque quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del encargo que me hizo. Las explicaciones tienen siempre el aire de chismes, sobre todo cuando se hacen de lejos”. En la riña de Sucre y don Simón hay que convenir (dados el silencio en

Hacer más amplia la defensa de don Simón Rodríguez, y por su misma pluma cáustica, urge todavía. En la que de Bolívar dio a la estampa el año de 28 en Chuquisaca, se defiende él también, como ya he consignado. Ironía, sarcasmo, sátira de acero con agudeza que desgarra y vierte sangre a borbotones, no se explican sino porque él tenía la convicción de su honradez y buena fe, sino por el dolor de que no lo comprendieron, sino por la amargura de que lo despreciaron a fuerza de intrigarle y calumniarle, sino por la indignación de que le hubiesen confundido con tantos asquerosos buhoneros de los que entonces pululaban en los alrededores de los caudales públicos, sino por el desencanto del tenebroso medio que se atrevió a dudar de su alto entendimiento y luminosa probidad, sino por el despecho de que no se diesen cuenta de su mirada extensa y honda, de sus propósitos regeneradores, de sus anhelos de libertad e independencia en los americanos para vivir en sociedad como debían, para entender sus deberes y derechos, para no dejarse uncir al victorioso carro de los embaucadores con careta y vestidura de apóstoles virtuosos, para no ir detrás de ellos, merecedores del grillete y de las maldiciones de sus contemporáneos y de la posteridad, a ser víctimas imbéciles de la falacia corruptora y de las promesas dichas en lenguaje adulón y campanudo; para no ir detrás de ellos, obedeciendo al son del cacho, del silbido, de la guarura o la campana, como recuas de mulos y jumentos, como piasas de marranos, como tristes manadas de borregos. Don Simón era hombre bueno en el más noble sentido del vocablo, y quería hacer en nuestra América obra firme y duradera de positivo bien, de virtud redentora y de grandeza que nos enorgulleciera. Pero

que Bolívar se encerró con referencia a su Maestro) por lo menos en la verdad del siguiente apotegma popular: “La soga quiebra por lo más delgado”. ¿Para ello había razón? Creo que sí. Lo práctico en toda su extensión y densidad. Primero debía estar Colombia; y por el momento, es claro, la espada de Sucre valía más, considerablemente más inmensamente más, que toda aquella ciencia e intención generosa del Maestro para educar los pueblos y bien acondicionar con ellos las nacientes repúblicas de América. La batalla de Tarqui, de seguro, no me dejará mentir.

La carta a Bolívar, desde Oruro, aparece con errores de copia sustanciales en diferentes estudios acerca del Maestro. En algunos, por ejemplo, dice así: “Y en el hombre sensible”... En otros: “Y en el hombre sencillo”... Yo he seguido en la copia a don Arístides Rojas.

cual todos los hombros superiores, de fe viva y de excelsos ideales, blanco fue del egoísmo y las infamias sanedrinescas de su tiempo, cayó sobre la vía dolorosa... y le apedrearon y escupieron.

Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena; porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos, y porque es usted [Bolívar] quien ha suscitado y sostenido la idea (...) Mi viaje desde Londres fue por ver a usted y por ayudarlo, si podía; mis últimos años (que han de ser ya pocos) los quiero emplear en servir la causa de la libertad; para esto tengo escrito ya mucho; pero ha de ser con el apoyo de usted; si no, me volveré a Europa, donde sé vivir y donde nada temo (...) El espíritu del hombre de talento sabe asimilarse las ideas ajenas; el del limitado se las agrega; sus obras son hijas de su reflexión; pero para juzgarlo es menester entenderlo, ¿u oírlo?, si no se penetran sus intenciones (...) Los que suponen a Bolívar intenciones hostiles contra la libertad, no saben *tal vez* lo que ha hecho por asegurarla (...) El plan de educación *popular*, de destinación a ejercicios *útiles* y de aspiración *fundada* a la propiedad, lo mandó ejecutar Bolívar en Chuquisaca. Expidió un decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos (...) Se daba ocupación a los padres de los niños recogidos, si tenían fuerzas para trabajar; y si eran inválidos, se les socorría por cuenta de sus hijos: con esto se ahorraba la creación de una casa para pobres ociosos, y se daba a los niños una lección práctica sobre uno de sus principales deberes (...) Tanto los alumnos como sus padres gozaban de libertad; ni los niños eran frailes, ni los viejos, presidiarios; el día lo pasaban ocupados, y por la noche se retiraban a sus casas, excepto los que querían quedarse. En cada Departamento de la República debía haber un establecimiento igual; no había número determinado, y todos entraban voluntarios. En menos de cuatro meses reunió la casa de Chuquisaca más de doscientos niños, cerca de cincuenta pobres y veinte jóvenes de diferentes partes, que aprendían para propagar la instrucción en otras ciudades. A la salida del director para Cochabamba, dejó una lista de cerca de setecientos niños pretendientes a los primeros lugares que se diesen (...) Bolívar puso un director, y le asignó seis mil pesos (para gastos, no para su bolsillo); y le encargó al mismo tiempo la dirección de minas, de caminos y de otros ramos económicos. El director mantenía siete jóvenes supernumerarios, llevaba correspondencia con todos

los departamentos, conservaba las cabalgaduras necesarias para sus viajes, y sostenía otros gastos de la empresa, con la asignación que se le había hecho. Sería largo entrar en más detalles; ahora se estaría viendo el resultado; pero todos los proyectos experimentan desgracias en su ejecución. *¡El director salió malo!* Prescindiendo de la herejía, del ateísmo, de la impiedad, del francmasonismo, de la inmoralidad, del libertinaje y de otras gracias de que están adornados los sabios a la moderna, en el curso de sus trabajos descubrió varias habilidades. Una semana la tomaba por jugar a los dados de día, y a los naipes de noche; y cuando le faltaban *tercios*, jugaba solo. Otra, por demoler escaleras, abrir puertas y ventanas, para poner en comunicación los niños con las niñas. ¿Cuál sería su intención? Un canónigo la descubrió. ¡Proteger maldades! Otra semana daba en sacarse monjas de los conventos. ¿Para qué sería? El capellán lo descubrió [“*¿un capellán de monjas llamado Centeno*”, compañero de “*un señor cochabambino llamado James?*”]; pero no lo quiso decir sino al Gobierno en secreto. Otra, daba en la manía de vestir de nuevo a los que llegaban desnudos. Otra, se entretenía en destruir templos y emplear las maderas en muebles para sus salones. Otra, en entresacar, como un sultán, cholas doncellas para su servicio; y en cada semana destinaba dos días para sustraer dinero de las cajas públicas y enviarlo a su tierra [más de dos millones puso en salvamento para su retirada]. Era pródigo, trámoso; no iba a misa, no hacía caso de los truenos, vivía en *mal estado*, no sabía la historia ni hablaba latín. Continuamente ocupado en proyectos, a cual más ridículos, por tres de ellos se pueden inferir los demás. 1^{ro} Quería que no hubiese sino un solo seminario en la capital, dirigido por tres rectores (*¡quién ha visto tres rectores!*) y bajo la inspección del arzobispo, y que allí ocurriesen jóvenes de todos los departamentos, en número determinado; para impedir (decía) que por la puerta de cada catedral entraßen clérigos a docenas, y se llenase la iglesia de gente desconocida¹⁴. 2^{do} Pretendía que todos los ministros del altar debían ser sabios y tener una decente subsistencia; que siendo las rentas de que gozan hoy desproporcionadas con lo que necesitan gastar para subsistir, debían rescindirse los contratos enfitéuticos y arrendar las fincas a precios corrientes. 3^{ro} Pretendía que el Gobierno

14 “¿Creerá usted que en solo el colegio de Cochabamba ha puesto señores rectores, fuera de vicerrectores y maestros?” (Carta de Sucre al Libertador, atrás citada).

no debía distinguir a los hijos por los padres en la educación nacional, etcétera. Denunciado por sus vicios y ridiculeces, se le despreció como merecía y el Gobierno lo declaró por loco; mandó echar a la calle a los niños, porque los más eran cholos; ladrones los machos y perdidas las hembras, según informe de un sujeto muy respetable [¡el “abogado indecente” señor Calvo!], que a la sazón era prefecto del Departamento. Se aplicó el dinero a la fundación de una casa para viejos; a reedificar un colegio para enseñar ciencias y artes a los hijos de la gente decente; a establecer la escuela de Lancáster para la gente menuda; a la construcción de un mercado y de otras cosas que hacen el lustre de las naciones cultas [según el parecer del secretario de la prefectura]. Bolívar [decían varios sujetos principales], por acomodar a *su hombre*, le dio una importancia que no tenía. ¡Valiente director de Minas (...) que no cree en los *criaderos de plata* por la virtud de los *antimonios*! [antimonios en plural]. Cuando se empezó a hablar del tal director, y a tratarlo unos de Usía y otros de Vuelcencia, varias personas ilustradas creyeron encontrarse con un hombre de baja estatura; sin pescuezo; calvo hasta el cogote, con cuatro pelos torcidos en coleta; los muslos escondidos bajo la barriga; piernas cortas y delgadas, terminadas por grandes pies, envueltos en zapatos de paño con hebillas de oro, caja de polvo, rosario en faltriquera; rezador, limosnero, gran citador de historia; engastando sus frases en versos clásicos y escupiendo latinajos a cada momento; saludando a gritos desde lejos y apretando con ambas manos al llegar; riéndose de cuanto decía en presencia, y en ausencia, de cuanto le habían dicho. Por otra parte, las personas timoratas se figuraban que el director debía ser alto, seco, cejudo, taciturno, muy sabio, muy grave, muy santo y muy sucio. Ni tan majo como el de Bolívar, ni tan bueno como este.

Aturdido y confundido por las “extravagancias, necedades, disparates y locuras” de don Simón Rodríguez, el héroe de Ayacucho escribió al Libertador:

Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero le considero también con una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice, y que yo no sé cuál es.

Un hombre de semejantes condiciones eminentemente cultas, morales y civilizadoras, no debe ser juzgado tan por encima y tan a tientas. Un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por sistema y por carácter, no escribe nunca, en no siendo verdad, esta atenta observación: “A este Sucre todo lo sulfura, lo incomoda, todo lo halla mal dispuesto”. Ni esta dolorosa queja: “En Chuquisaca, Sucre me reprende como a un lacayo (...) Me ha tratado de *caprichoso*. Debo perdonárselo, porque no sabe o no quiere distinguir de sentimientos ni de acciones”. Ni este orgullo de varón inteligente, sabio y lleno de verdadero patriotismo americano: “Que no sepa yo que Simón Bolívar pudo, por un instante, posponer mi *mérito al mérito más relevante del mundo*”, y conste que de propósito he copiado la última frase en bastardilla, por cuanto es visiblemente intencional. Sucre, a quien yo admiro como el que más llegue a admirarle, y a cuya egregia personalidad moral he rendido en más de una ocasión y rindo el culto ferviente que merece, también pudo equivocarse. Los hombres de Estado o de gobierno, por elevada que sea su inteligencia, no siempre entienden a los reformadores honrados y sinceros, frances y ejecutivos como don Simón Rodríguez, o por necesidad política fingen no entenderlos. Citar ejemplos tomados de la historia sería largo y enojoso. Y después, que no todos los reformadores hacen luengas antesalas, ni ruegan, ni suplican, ni adulteran por conveniencias especiales del momento sus ideas y planes de reformas, ni aceptan modificaciones en lo que han pensado con detenida reflexión, ni se arrastran de hocico y de barriga para llegar a donde quieren, ni adulan al que está en el Poder. Basado en los ejemplos de la historia, don Rafael María Baralt escribió esta verdad:

Obsérvese que los reformadores absolutos no permiten que sus obras, de ninguna manera, ni en lo más mínimo, se desmiembren, porque intentan sacar de golpe –y a golpe seguro hecha y formada– la sociedad de su turquesa. Con ellos no hay regatear, ni razón de tanto más cuanto se toma o se deja.¹⁵

15 Primera parte de los *Programas políticos*.

Al viajero Luis Antonio Vendel-Heyl decía don Simón en 1839: “Yo, que he deseado hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. ¿Pero qué quiere usted? La libertad me es más querida que el bienestar”. Y en su defensa de Bolívar, al enumerar las singulares aptitudes que debían adornar al que fuese el director de su plan y su sistema de enseñanza:

Debe ser desinteresado, prudente, aficionado a la invención y a los trabajos mecánicos, estudiioso, despreocupado; en fin, *hombre de mundo*; no ha de ser un simple que se deje mandar por los que mandan, ni un necio que se haga valer por el empleo. No habría con qué pagar un director semejante, si por cada cualidad exigiese un premio¹⁶; pero quiere la fortuna que los hombres tan felizmente dotados tengan una inclinación decidida a ocuparse en *hacer bien*, y no piensen en atesorar. Es muy fácil obtener de ellos los servicios que pide la dirección, porque los desean hacer: no obstante, es muy difícil reducirlos a una ciega sumisión: el Gobierno los debe tratar con decoro, porque como saben comprar su independencia con el trabajo, no mendigan *colocaciones*.

16 Son muchas y de consideración las que anota en doce números, y en ellas se retrata el mismo don Simón.

CAPÍTULO IV

JUICIO DEL HISTORIADOR ELOY G. GONZÁLEZ SOBRE EL ILUSTRE DON SIMÓN.— POR ENSALZAR A SUCRE, EL HISTORIADOR IRISARRI MIENTE SIN RESERVAS Y EMPEQUEÑECE A DON SIMÓN.— ACERCA DE ESTE, HABLAN CON ELOGIO OTROS HISTORIADORES.

Es preciso reflexionar que Sucre andaba, de igual modo que Robinson, con la cabeza alborotada, y nada menos que en la no fácil creación de Estado independiente, en el arreglo de Bolivia, en su formación interna, en echar por buen camino sus relaciones exteriores, y en el deseo vehemente de dejar la trabajosa vida pública, así como de irse a dulcemente descansar (¡desengañado ya como el Libertador lo estaba!) en el regazo del amoroso ensueño que para él sonreía desde lejos en la espléndida hermosura de la marquesa de Solanda. Recordemos lo que él decía a Bolívar después de la victoria de Ayacucho: "Mi corazón está muy distante de la carrera pública". Recordemos lo que el Libertador escribía a Santa Cruz, en su carta fechada en Popayán el 26 de octubre del 826: "Usted conoce las dificultades en que se halla envuelto el general Sucre, enclavado entre cuatro enemigos". Bolívar, por lo mismo que a él no lo entendían los ambiciosos, los traidores, los malvados, los especuladores sucios, los intrigantes de profesión y oficio, los torpes de cerebro y corazón –tantos pobres engréidos que se creían dioses homéricos y que ante su genio único no eran sino ridículos enanos– se ponía siempre en el caso del excelente don Simón, y lo entendía. Por desgracia, muchos de los historiadores que han alcanzado fama, todavía se atreven hoy a poner sobre la frente del pensador eximio el baldón del doblez, de la maldad, del vivir sin objeto ni objetivo, del carecer completamente de ideales. En la obra titulada *Al margen de la epopeya*, se leen con asombro doloroso los conceptos que en seguida van a verse, en contradicción sin duda con lo que aconteció, desmentidores de la grandeza de alma de Bolívar, contrarios a la lógica y a la psicología, y gratuita y descaradamente crueles en suponer en el alma del ilustre don Simón maldad aleve, insinceridad siniestra y propósitos impuros de dominación grosera, para nunca llegar a nada útil ni fecundo en admirables resultados. Ningún trozo o comentario de los tan abundantes que jamás han debido publicarse contra aquel singular hombre, henchido de bondad y de nobleza y pletórico de ideas elevadas, es más descabellado y demoledor que esos conceptos a que aludo, recientemente escrito y dado a la estampa por el señor Eloy González. El desconocimiento del sujeto a quien allí se juzga, la ligereza para apreciar sus obras, el grito atentatorio contra su nombre esclarecido y su memoria digna del respeto de los venezolanos, no pueden alcanzar mayor acritud hasta en las voces

intencionalmente escogidas para la expresión acérrima, inexplicable en el señor González:

El Libertador lo lleva en su séquito durante su provechosa y gloriosa recorrida del Perú. Mientras dura en el ánimo de Rodríguez la influencia que ha experimentado por tantos años en Europa; mientras readquiere las influencias de su vieja amistad y tutela, es prudente, accesible, útil. Pero llega un momento en que Bolívar sabe hallar un motivo laudable para alejarlo de sí, y lo expide a Bolivia, a fundar el sistema educativo de Lancáster, que don Simón ha estudiado en Inglaterra y modificado. Desde ese punto torna a hacerse intolerable el hombre que aspiraba a que se disimulasen sus enfados a nombre de una rara *filosofía*. De sus labios desaparecen aquellas palabras de “bondad afectuosa” que fueron la seducción y el éxtasis de Bolívar en 1804, y puntea en su boca el epígrama, como una ponzona ofidiana, impregnado de corrosiva mordacidad. Era lo que han llamado su filosófico desdén. Pero esta clase de desdén es espúreo y vipéreo, se llama vilipendio en aquellos hombres que no consienten en ser útiles sino previas la ajena sumisión y la ajena pasividad. Mientras su voluntad no ejerza todo el imperio, estiman que las cosas carecen de decoro y que los hombres no merecen dignidad. No es el desdén desconcertante que salta como una chispa fulmínea de un arrebato de Bolívar; ni el solemne desdén inaccessible que sereniza la altísima cimera de Sucre.

Antes de producirse en semejante forma, el señor Eloy González ha debido darse cuenta de que tenía la obligación de ver los hechos y estudiarlos tales como fueron; de que los documentos y trabajos que él había leído para juzgar al personaje, no eran suficientes; de que vedado estaba a su clara inteligencia el atenerse con parcialidad marcada a las impacientes cartas del héroe de Pichincha, a don Arístides Rojas en su no nada juiciosa *Homonimia singular*, y a los caprichos de la imaginación; de que la historia y la justicia tienen fuyos inviolables, ante los que es preciso inclinarse con respeto; de que no vale el querer aparecer como historiador verídico, y ello de una manera bastante inusitada, sino serlo por el análisis atento y por la sinceridad; de que los “disparates, necedades, extravagancias y locuras” que Sucre encontraba a cada paso en don Simón, habían hecho brillantísima carrera como pocas de la historia; el sarcasmo, la ironía, la sátira cual punta de venablos, no brotaron de la pluma

del Maestro sino cuando se vio ofendido, insultado, calumniado, escarnecido, vilmente despreciado en su aspecto moral e intelectual, intrigado y escupido por el clero, befado como un loco, atropellado como un facineroso por el “abogado indecente” señor Calvo, y reprendido como un lacayo torpe y necio por el primer presidente de Bolivia; y de que un censor tan constante e implacable de las leyendas en la historia como el señor González no debía precipitarse justamente en la leyenda cruel, y mucho menos al tratar de la dolorosa vida de aquel que se llamó Simón Rodríguez. Pero a pesar de todo hay que celebrar que el señor Eloy González haya deprimido la memoria de don Simón Rodríguez con “el solemne desdén inaccesible que sereniza la altísima cimera de Sucre”, no solo porque ese desdén pone, como diría el señor González, “muy por encima de la soberbia de Colombia, de los picos del Potosí y de la gloria de Ayacucho” la ley que se aplica sin equidad, sino también porque sirve a confirmar, de una suerte que viene como al justo, aquellas apreciaciones intensas de don Simón Rodríguez acerca de los hombres que trataron de humillarlo y hundirlo.

Y ya venidos a este punto, importa que los venezolanos todos, compatriotas del eminentе sabio, se den cabal razón de lo que trae Irisarri en la *Historia* que escribió del siniestro asesinato cometido en la persona del gran Sucre, a fin de que recojan y conserven lo substancial de la verdad como ella fue y en todo su esplendor. Tan solo hay que censurar el que Irisarri atribuyese deliberada y pecaminosamente a Sucre la originalidad de las ideas y del plan de don Simón, y que haga aparecer por ende a este como un simple ejecutor o desventurado autómata de los deseos y designios del primer presidente de Bolivia:

Este General se dedicó enteramente a hacer a Bolivia los bienes que eran posibles en aquellas circunstancias, gobernando con una moderación que muchos tacharon de debilidad no conveniente para el tiempo en que se empleaba. Sus primeros cuidados fueron los de procurar a aquellas masas de indígenas embrutecidos los medios de ilustrarse, para poder llegar a ser con el tiempo ciudadanos útiles, conocedores de sus derechos y de sus obligaciones. Él sabía muy bien que no podía existir una República democrática en la cual una inmensa mayoría no era capaz de ejercer otras funciones que las de los siervos, y en unos pueblos en que una cortísima porción de habitantes,

muy superior en luces y en poder a todos los demás, no tenía otra virtud que la ambición del mando. Con el objeto, pues, de preparar la emancipación del pueblo boliviano, haciéndole capaz de usar convenientemente de sus derechos políticos, dedicó todos los fondos de los conventos y de las obras pías al ramo de *beneficencia*, que tenía por objeto la instrucción pública, y procurar a la clase más menesterosa de la sociedad los auxilios que necesitaba para salir de su abyección y del vergonzoso pupilaje a que había estado hasta entonces condenada. Tan grandiosas y benéficas miras era preciso que encontrasen una fuerte oposición de parte de todos aquellos que querían conservar a los indígenas bajo su dependencia; y ciertamente que la empresa de ilustrar y emancipar aquel pueblo contra la voluntad de sus señores, ni podía ser la obra de dos años, ni la de un reformador que había manifestado su decidida resolución de alejarse de aquella tierra dentro de tan corto tiempo.

Así fue que Sucre no pudo vencer la oposición que los mismos bolivianos le hicieron para que su plan de educación general se estableciese; y así fue que el encargado de llevarlo a efecto, el señor Simón Rodríguez, se vio obligado a renunciar a la empresa, después de haber manifestado que no había cosa más fácil que ejecutarla. Verdad es que estas reformas no pueden hacerse jamás sino por hombres que tengan un poder sin límites, y una voluntad tan enérgica como la de Pedro el Grande o la de Mehemet-Alí; pero nuestro reformador de Bolivia era enemigo de un poder que asustase a los que él mandaba, ni tenía voluntad para avasallar las voluntades ajenas. Él quería que el bien se hiciese por el convencimiento, y quería un imposible, porque nadie puede convencer con razones a aquellos que tienen interés en no ser convencidos. Los indígenas bolivianos, a pesar de las buenas intenciones de su libertador, debían quedar tan esclavos de los hijos de los conquistadores, debían quedar tan abatidos, tan inútiles para la sociedad, como los demás indígenas de la América española; y la República de Bolivia, como las otras del mismo origen, debía ser República Democrática sin pueblo, o con un pueblo de esclavos, o con un pueblo en que solo una parte muy reducida fuese en algún modo considerada: debía allí establecerse una democracia que fuera la irrisión del hombre, y que sirviese de pretexto, como en las demás nuevas repúblicas, para que un corto número de intrigantes, en nombre del pueblo, se hiciesen los señores de él.

Eso de Irisarri que acaba de leerse, es en lo esencial toda la verdad histórica; y sin duda que nadie la ha escrito con mayor fidelidad. Se traslucen allí las ideas originales, la importancia del plan largamente meditado, el hermoso designio educador y el propósito noble dirigido a la civilización de América por medio del trabajo y de la economía, del oficio y del taller, de la aptitud para las artes liberales y mecánicas, del conocimiento exacto de otros menesteres productivos y de la enseñanza de las ciencias y las letras, igualmente que por medio de la formación del criterio y la conciencia en el ser moral del hombre, infundiéndole el concepto del derecho al par que la noción correlativa y necesaria en absoluto del deber, para que puedan darse el equilibrio humano, la armonía colectiva, lo regular en lo social, el existir de paz fecunda entre los hombres, el reinado permanente de las instituciones y el orden de la vida en la *res pública*; todo ello concebido por el cerebro de don Simón Rodríguez. Allí está la resistencia del primer presidente de Bolivia a condensar en práctica inmediata el ideal de don Simón, “porque era enemigo de un poder que asustase a los que él mandaba, porque no tenía voluntad para avasallar las voluntades ajenas, y por querer que el bien se hiciese por el convencimiento”. Pero Irisarri, al tratarse del papel representado en la ocasión por los dos hombres ilustres, al encarnar los hechos en las personalidades, falsifica la historia a todo su talante. Por aumentar la gloria del preclaro cumanés, la cual no necesita de falsificaciones para que se la admiren, atenta Irisarri desde luego contra la bella gloria ajena, exhibiendo a don Simón como un zote pasivo e inconsciente ante la posteridad. ¿De cuál indigna y torpe suerte? Con el mayor desdén. Y no ya solo con el mayor desdén, sino también haciéndolo aparecer como un hombre sin criterio, como un cerebro lleno de volubilidad, como un triste y pobre diablo que no sabía lo que decía, como un despabilado y enorme sinvergüenza. Sin temor alguno a nada, se atreve a asegurar doctoralmente:

Así fue que Sucre no pudo vencer la oposición que los mismos bolivianos le hicieron para que su plan de educación general se estableciese; y así fue que el encargado de llevarlo a efecto, el señor Simón Rodríguez, se vio obligado a renunciar a la empresa, después de haber manifestado que no había cosa más fácil que ejecutarla.

El plan de “educación general” que se estableció en Bolivia, patrocinado expresamente por el Libertador, fue exclusiva obra de don Simón Rodríguez, y fue él quien lo fijó en un decreto ejecutivo, según asienta el mismo Sucre. Para eso, desde allá en Pativilca, llamó el Libertador a don Simón, quizás por la indicación de Peña. Y por eso dice O’Leary:

Oportuna fue en verdad su llegada, justamente cuando el Libertador se preparaba a recorrer los departamentos del Sur de la República, donde deseaba establecer escuelas, las que ahora pondría bajo la dirección de su amigo conforme al sistema de Lancáster, que aquel había mejorado; y con tal objeto se apresuró a invitarlo a que lo acompañase en su correría.

Defendiendo al Libertador el año de 28 en Chuquisaca, atiéndase de nuevo a don Simón:

Los que suponen a Bolívar intenciones hostiles contra la libertad, no saben *tal vez* lo que ha hecho por asegurarla (...) El plan de educación *popular*, de destinación a ejercicios *útiles* y de aspiración *fundada* en la propiedad, lo mandó ejecutar Bolívar en Chuquisaca.

Por fortuna, el presidente de Bolivia, con sus cartas más tarde conocidas, vino a desmentir al escritor guatemalteco; lo desmintió O’Leary con lo que lógicamente se deduce de su breve y sencilla narración; lo desmintieron varios historiadores, aun los propios historiadores que riyeron del generoso ideal de don Simón, y que trataron a este de *utopista, soñador, monomaníaco, extravagante, desequilibrado y loco*; y el mismo don Simón, en septiembre del 827 (carta escrita desde Oruro) y en marzo del 832 (carta escrita desde Lima al general de la Argentina Francisco de Paula Otero), puso los fundamentos necesarios para desmentir la falsa, apasionada y deleznable afirmación del insigne escritor guatemalteco. Recuérdense primero ciertas cláusulas de la famosa carta escrita al Libertador desde la ciudad de Oruro:

Por satisfacer a usted y por satisfacerme a mí mismo, me separé de usted en Bolivia. ¡Qué mal hizo usted en dejarme, y yo en no seguirlo! La obra que yo iba emprender, exigía la presencia de usted; y usted, para

consumar la suya, necesitaba de mí (...) Viéndome comprometido con usted, conmigo mismo y con Bolivia en la obra que usted me confió, procedí (...) Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del Gobierno; yo era el hombre que usted había honrado y recomendado en público repetidas veces; yo estaba encargado de dar ideas, no de recibirlas; yo me había ofrecido a concurrir con mis conocimientos y con mi persona a la creación de un Estado, no a someterme a formulillas, providencias ni decretillos; en fin, yo no era ni secretario, ni amanuense, ni ministro, ni alguacil (...) Sucre y otros me han dicho muchas veces que reclame el sueldo por el tiempo que serví; y yo les he respondido que usted no me había traído consigo para darme títulos ni rentas; que por hacer un gran favor al país, me había dejado dirigiendo su economía; que los seis mil pesos no se habían señalado para mi bolsa, sino para el empleo, que era más dispendioso; no he querido tomar ni un real.

Y ahora, no solo como vindicación, sino también porque perfectamente ajusta con lo que escribió Irisarri en punto a lo esencial de la verdad histórica, léase lo importante sobre el particular que trae la carta dirigida al general de la Argentina Francisco de Paula Otero, y que sirve a confirmar la escrita desde Oruro, así como otras cartas del infeliz reformador, y no pocos pasajes de la defensa que él hizo de Bolívar el año de 28 en Chuquisaca:

Yo dejé la Europa (donde había vivido treinta años seguidos) por venir a encontrarme con Bolívar; no para que me protegiese, sino para que hiciese valer mis ideas en favor de la causa. Estas ideas eran (y serán siempre) emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria que rueda en los libros y en los congresos. Con los hombres ya formados no se puede hacer sino lo que se está haciendo: *desacreditar la causa social*. El año 23 llegó a Cartagena; subí a Bogotá, y allí, esperando a Bolívar por espacio de año y medio, empecé mi establecimiento de educación en un hospicio, bajo la protección de Santander. Omitiré los pormenores de la empresa y de su resultado, porque serían largos. Me llamó Bolívar desde Pativilca, y fui a encontrarme con él en Lima el año 26. Subimos juntos al Alto Perú, y se empeñó en que me quedara con Sucre, hasta haber establecido mi plan a beneficio de aquel país, y volverme a Colombia a hacer lo mismo. Sucre se dejó gobernar por cuatro simples. Entre ellos el señor

James [“un señor cochabambino llamado James”, dice arriba don Simón] y un capellán de monjas llamado Centeno, se empeñaron en limitar todo el Alto Perú a Cochabamba, con desprecio de los demás departamentos. El señor James era el agente, y viendo que no podía obtener de mí el disparate que pretendía, engañó a Sucre y le hizo dar un decreto muy tonto: entre otras cosas mandaba establecer en Cochabamba (que debía ser la capital de la República) una escuela de pintura *al óleo*, porque (según el señor James) sus paisanos nacen pintando: en prueba de ello (decía), véanse los embutidos de las guitarras. Fui a Cochabamba en marzo del 26 por orden de Sucre, y fueron tantas las necesidades, las persecuciones y los informes anónimos de James y del clérigo, que Sucre me desairó, y tuve que abandonarlo todo. Entre tanto que yo me defendía en retirada, un abogado llamado Calvo, entonces prefecto y ahora ministro de Estado de Santa Cruz, desbarataba mi establecimiento en Chuquisaca, diciendo que yo agotaba el tesoro para mantener... [p... canta don Simón detrás de los puntos suspensivos] y ladrones, en lugar de ocuparme en el lustre de la gente decente. Las... [...] y los ladrones eran los hijos de los dueños del país. Esto es, los cholitos y las cholitas que ruedan en las calles, y que ahora serían más decentes que los hijos y que las hijas del señor Calvo. Viendo tanta ignorancia y tanto atrevimiento en las gentes que se llaman principales (esto con muy pocas excepciones), me retiré a mi casa, después de haber gastado en la empresa el dinero que Bolívar me había dejado. Desde entonces ando errante y desnudo; hace un año que estoy en Lima, y sin el señor Cáceres [don Simón se refiere a don José Domingo Cáceres] habría tocado la última miseria. Usía puede deducir del texto las ocurrencias intermedias, en las escenas que acabo de referir. ¡Dios nos libre de ignorantes y de tontos!¹⁷

17 “Si el Gobierno de Bolivia, en el año 26, se hubiese tomado el trabajo de examinar el plan, habría conocido su importancia; si hubiese exigido, de los que desaprobaban, las razones en que debían fundarse, e impuesto silencio a los que se oponían bajo pretextos frívolos, el Alto Perú sería hoy un ejemplo para el resto de la América Meridional”. El mismo don Simón Rodríguez, en su defensa de Bolívar que he citado.

Lo anterior echa por tierra la afirmación de Sucre en su carta al Libertador fechada el 10 de julio del 826: “Diferentes veces le he pedido (a don Simón) que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar, para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar”.

Porque intentó componer la humanidad con la razón, con la belleza y la justicia, Cervantes fue Quijote. Porque llegó a abrigar un pensamiento gigantesco para hacer de Colombia la nación más poderosa de la tierra, Bolívar fue Quijote. Porque dio en el ideal de lanzarse a regenerar los pueblos con la enseñanza que él solo concebía, fue Quijote ese varón extraño, bueno, sabio, cariñativo y desinteresado a quien llamaron don Simón y don Samuel. “Napoleón quería gobernar al género humano; Bolívar quería que se gobernase por sí; y yo quiero que aprenda a gobernarse”. “Solo en la América española se duda del mérito de un hombre, porque es americano; este ejemplo lo han tomado los colonos, de la Madre-Patria; en ninguna parte vale menos el talento de un español que en España”. Pero los historiadores nobles, los por lo general de buena fe, los que supieron y saben comprenderlo (no los petulantes y vacíos en considerable parte, ni aquellos que se valen de la historia para especular con ella, ni los pequeños y miopes de criterio), le han hecho y le hacen justicia al pensador, al grande filósofo, al reformador ilustre que se adelantó con desconocido aliento a la rutina ya obsoleta de su tiempo. Léase a Larrazábal: “El sistema de educación de don Simón Rodríguez era una idea vasta de reforma, que habrían envidiado Owen, San Simón y los más ardientes reformadores”. Léase a Gil Fortoul: “¡Pobre filósofo, a quien un solo hombre en América, el Libertador, supo comprender y amar!”. Léase a Amunátegui:

Muchos de los filósofos de la Antigüedad no son más sabios que don Simón Rodríguez, que nos recuerda a Diógenes por sus costumbres y carácter. Muchos de los socialistas modernos han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar el pensador americano. Considerado bajo este punto de vista, nos parece que bien pudieran dedicarse unas cuantas líneas a un individuo que puede colocarse sin mengua al lado de tantos otros, acerca de cuyos sistemas se han escrito volúmenes sobre volúmenes.

Léase a Jorge Huneeus Gana, historiador de la literatura chilena:

La posteridad, más imparcial y también más ilustrada, ha podido comprender mejor aquella figura que fue considerada como simplemente

extravagante en su tiempo, y que hoy es sin duda, a pesar de que ha pasado ya del todo la oportunidad de su obra, una fisonomía de las más acentuadamente originales de la América intelectual, y que podría considerarse con buenas razones como precursora legítima de muchas ideas del argentino Sarmiento, de algunas de las vigorosas tendencias del malogrado chileno Cristóbal Valdés, de no pocas de las excentricidades paradojales del suicida Santiago Arcos, y con seguridad, de muchas de las grandes energías morales de Francisco Bilbao.

Léase a don Manuel Uribe Ángel:

Mis relaciones con don Simón Rodríguez llegaron a ser más y más íntimas. Yo no era rico, y él, por su parte, era supremamente pobre. Sin lujo ni ostentación, había en mi mesa lo suficiente para mí, y aún sobraba para otro. Le ofrecí un asiento a mi lado, y como el ofrecimiento fuera sincero, a él se siguió la aceptación y la base de más cordiales relaciones. ¡Qué almuerzos aquellos, Dios mío, y qué comidas! En tales momentos, si yo hubiera sido capaz de aprender, me habría hecho un sabio. La erudición del señor Rodríguez era incomparable; su sabiduría, pasmosa. A veces, en momentos de entusiasmo, su elocuencia se destapaba, como las ondas de un torrente contenido que rompe sus diques, para exponer las más luminosas ideas, para sentar los más exactos principios, para desenvolver los más provechosos sistemas y para explicar las más científicas doctrinas. Este notable americano frisaba entonces en los ochenta y cinco años de su edad (...) don Simón Rodríguez tenía una robustez corporal digna de envidia, y una claridad de inteligencia acreedora de respeto y admiración (...) En sus últimos años se dio a la tarea de escribir, y escribió muchas obras, que si hoy no gozan de gran renombre, sí lo tendrán en la posteridad. Su defensa de Bolívar es un libro de precio inestimable. Su gramática de la lengua francesa nos parece superior a todo lo escrito sobre la materia. Sus artículos sueltos son eruditos, científicos y creativos; y en fin, su grande obra *El suelo y sus habitantes* nos parece la revelación de un alto genio, de una instrucción vastísima y de una visión neta y clara sobre el porvenir.¹⁸

18 [Nota del editor: la siguiente fue una de las notas complementarias hechas por Eduardo Picón Lares, la cual creemos conveniente conservar en su lugar original como complemento justo de la lectura.]

Léase, por último, al viajero francés Pablo Marcoy:

Hablamos así hasta una hora muy avanzada; y con mucho gusto hubiera pasado toda la noche escuchando a mi hombre, cuya conversación era tan amena como variada; su facundia, sobre todo, parecía inagotable; en su boca sucedíanse las palabras sin la menor interrupción, como el agua que corre del caño de una fuente (...) Al día siguiente, después de tomar el almuerzo, ofrecido con tan buena voluntad que no pude rehusar, despedíme de Simón Rodríguez, asegurándole que conservaría de su persona y de la noche pasada bajo su techo, un recuerdo eterno.

Don Eduardo Posada, laborioso historiador colombiano, publicó en el *Boletín de historia y antigüedades*, de Bogotá, en 1927, un interesante artículo que arroja luz sobre la vida y la obra de don Simón. Por creer que contribuye en mucho a complementar el presente estudio, tomamos de él la parte que más conviene conocer. Hallábese don Simón para entonces en Nueva Granada, en la provincia de Túquerres, regentando una escuela quizás desde los años de 1847 o 48, porque para 1850 de nuevo nos encontramos con él en Quito, que fue donde lo conoció el señor Uribe Ángel:

“Hemos hallado una producción del señor Rodríguez, por ahí olvidada, en las páginas de un antiguo periódico. Es un escrito titulado ‘Extracto sucinto de la obra sobre la educación republicana’, y está dedicado al coronel Pineda, gobernador de la provincia de Túquerres.

Salió en los números 39, 40 y 42 del *Neo Granadino*, que aparecieron en abril y mayo de 1849, precedido de estas palabras: ‘Damos a la luz el extracto de una rara e interesante obra de educación hecho por su autor Simón Rodríguez, hombre extraordinario, que obtuvo la merecida fortuna de ser Maestro del Libertador Simón Bolívar, y que vive, anciano y retirado, en una de nuestras provincias, consagrando el resto de sus días a la enseñanza de los niños.

Reproducimos en lo impreso el modo particular de distribuir las cláusulas que distingue los escritos del señor Rodríguez, cuyo singular talento veneramos, y cuya suma pobreza es la prueba más visible del desprendimiento y constante beneficencia de aquel patriarca de Colombia’.

Un admirador del señor Rodríguez dirigió entonces (mayo 5) al periódico bogotano la siguiente carta:

Señor editor del *Neo Granadino*:

He visto con agrado la publicación que ha empezado usted a hacer del extracto sucinto sobre la educación republicana, por el señor Simón Rodríguez, Maestro que fue del Libertador.

Ya tenía yo noticias detalladas del talento, civismo, amor a la humanidad y a la democracia, que conserva aún en su vejez y en medio de tantas penalidades y miserias el señor Rodríguez, patriarca de Colombia, como lo llama usted con sobrada justicia.

Háseme informado por persona de verdad ser tal su pobreza que no ha podido realizar un viaje que desea mucho hacer a Bogotá, en donde, estimulado por el movimiento de la prensa y de la civilización, hiciera todavía útiles a la Nueva Granada sus posteriores días, dedicándolos a la educación de la juventud, tarea en que no ha desmayado jamás el ilustre filósofo. La viuda o huérfano del más oscuro de nuestros militares tiene una pensión de qué subsistir, y el huérfano Maestro del Libertador ¡vive de la miseria en nuestra última capital de provincia! Qué, ¿merece más la compañera o el hijo de un cualquiera militar que el que formó el corazón del Libertador de la América del Sur? Él, que tiene una gran parte en la hechura del Libertador, ¿no la tiene también grande en el nacimiento de la libertad?

Yo pretendo con este recuerdo tocar la liberalidad de los diputados del pueblo, para que concedan una pensión, que tanto acree, al señor Rodríguez, ya que con menos merecimientos se prodigan muchas; e intereso también a usted, señor editor, para que algo escriba sobre este objeto filantrópico, porque escribiendo usted es imposible que falte un representante humano que introduzca un proyecto con este fin en las cámaras legislativas.

También me tomo la libertad de invitar a usted a ocuparse alguna vez en el punto siguiente:

Estando reconocido que las pequeñas sociedades que se fomenten vendrán por fin a componer la grande asociación nacional y hasta universal que el siglo reclama; y siendo la más vital cuestión que el mundo moral agita, la de pobreza y capitales, o sea la de la propiedad, nada sería más conveniente entre nosotros que la instalación de una sociedad filantrópica compuesta de las clases capitalistas, que tuviera por objeto proteger el genio, la industria, las artes. Así por ejemplo, el interesante señor Rodríguez se vería hoy protegido con solo costearle su viaje a Bogotá.

Esta hermosa asociación, a muy poca costa, iría reconciliando a la clase pobre con la rica, y quedaría demostrado aquí la conveniencia del derecho de propiedad, sin que nadie cuestionara con la falta de justicia natural, que es el germen de descontento social y parapeto que se opone a las leyes de la fraternidad proclamada.

Sírvase el señor editor aceptar mis respetos. Y si tiene la complacencia de insertar en su acreditado periódico mis anteriores indicaciones, puede que le remita algunas otras.

PELEGRÍN

El señor Pineda, de regreso a la capital, promovió una suscripción en favor del señor Rodríguez, como se ve por la siguiente circular que publicó el mismo periódico:

Bogotá, julio, 1849

Muy señor mío:

Un sentimiento de patriotismo y de gratitud nacional me compele a ocupar la atención de usted con el negocio siguiente: el señor Simón Rodríguez, Maestro del ilustre Libertador de Colombia, se halla actualmente en Pasto, en la situación más penosa. Este hombre de talento y de una vasta instrucción ha consagrado toda su vida y cuanto su infatigable laboriosidad le ha producido, a difundir las luces en los diferentes estados de la América española. Oprimido bajo el peso de una avanzada edad, se dirigía hacia esta ciudad, en donde esperaba procurarse los recursos necesarios con su trabajo en la enseñanza: detuvose en el sur de la república con la esperanza de ser útil montando un establecimiento que sirviese de escuela normal de instrucción primaria, pero en los preparativos y ensayos agotó sus últimos recursos, y el establecimiento no pudo sostenerse, quedando con esto privado hasta de lo más indispensable para trasladarse a otro lugar en que pudiera sacar algún provecho de sus luces y de la benevolencia de las almas generosas. Si usted no conoce a este hombre distinguido, la carta adjunta del Libertador podrá darle una idea de su mérito, por el aprecio que de él hacía el poderoso genio de nuestra independencia.

El tributo de reconocimiento que debemos al gran Bolívar por sus servicios a la causa de la América, y el honor de nuestro país creo que nos imponen el deber de hacer algún sacrificio para que no sucumba en la última indigencia, sin amparo ni protección alguna el anciano respetable que formó el más ilustre de los americanos. Un patriota benéfico está dispuesto a procurarle en Cartagena lo más indispensable para su subsistencia, pero le es imposible aprovecharse de este beneficio, porque carece de todo recurso para transportarse. Con el fin de proporcionarle lo necesario se ha abierto en esta ciudad una suscripción que recauda el presbítero doctor Pedro A. Torres, obispo nombrado de Cartagena; y yo me tomo la libertad de interesar la beneficencia y patriotismo de usted en favor de este venerable anciano.

Soy de usted muy respetuoso servidor,

ANSELMO PINEDA”

CAPÍTULO V

ASCENDENCIA INTELECTUAL DE DON SIMÓN RODRÍGUEZ.—
BREVES CONSIDERACIONES SOBRE SU PLAN Y SISTEMA DE
ENSEÑANZA.

En uno de los párrafos que acabo de copiar, se nombra a San Simón y a Owen; y don Jorge Huneeus Gana nos advierte:

Lastárria, cuya opinión es más que prestigiosa en asuntos de alta filosofía, no trepida en colocar a Rodríguez en la encumbrada familia intelectual de los Owen, Fourier y San Simón, por la indiscutible originalidad de su profundo talento y por la evidente superioridad moral que revelan sus grandes y generosos proyectos de reorganización social completa.

Considerando las citas que se hacen de aquellos pensadores europeos, así como la no impertinencia que resulta en mostrar a don Simón en su ascendencia intelectual, me permito dar de esta las rápidas noticias que en seguida se leerán.

En Europa el problema tan difícil de la educación del hombre, concebida de una manera racional y por lo tanto fecunda y provechosa en resultados prácticos, tiene sus orígenes en el filósofo Juan Locke (1632 a 704), nacido en la ciudad de Wrington.

A partir de la notable iniciativa que él tomó en tal sentido, los pedagogos, los filósofos, los moralistas y filántropos de Francia, de Inglaterra y de Alemania, se empeñan en semejante buena obra.

Demás está decir, por cuanto se sabe demasiado, que ese problema de la educación del hombre, desde sus manantiales, corre líneas paralelas con las ideas socialistas, más o menos rayanas de la exageración, hasta hacer estallar el espíritu ardiente de revueltas y de inusitado escándalo con personalidades tan ruidosas como Francisco Babeuf, Pedro José Proudhón, Carlos Fourier y Claudio Enrique San Simón.

En el libro titulado *Pensamientos sobre la educación de los niños*, de Juan Locke, se halla el germe del *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau (1712 a 778), novela filosófica de cuyo fondo e intención no es necesario hablar aquí, por ser bastante conocidos en el mundo intelectual.

En lo que de bueno tiene el *Emilio* de Rousseau, inspirase Enrique Pestalozzi (746 a 827), hijo de Zúrich en Suiza, hombre sencillo, puro, noble, humanitario y generoso, cuyo principio fundamental consiste en saber armonizar la educación del corazón con la de la inteligencia, la del espíritu con la del organismo humano.

Castelar y el filósofo Juan Fichte llaman “santo” a Pestalozzi, no solo por el candor y austerdad de sus costumbres, sino también por las espléndidas y sólidas virtudes que engalanaban su corazón de apóstol.

Su lema, en punto a educación, se vincula en este anhelo: “Hagamos de la escuela una amorosa madre”. Se diría que él es el creador de esa escuela ideal y amparadora. Él enseña a los niños el horror a los funestos privilegios, a la desigualdad de los hombres ante las leyes y el derecho, tanto como a las tradiciones egoístas y absorbentes de la superioridad de casta fundada en la nobleza de la sangre.

Él estimula en cada ente la vocación que Dios le ha dado, para que pueda alcanzar la natural realización de su destino. Él adiestra a sus alumnos en el cultivo de los campos, al mismo tiempo que en la obra del taller; llena y alumbría su cerebro con los principios de la ciencia, y su alma con las máximas de la ley moral, de la justicia, del derecho y de la libertad; y sin desatender el infundirles el culto fervoroso al Ser Supremo, los inclina al de la naturaleza como fuente del trabajo y de la santa independencia individual.

Daniel Defoe, el escritor inglés (1669 a 731), influye de una suerte marcadísima, con su célebre novela *Robinson Crusoe*, que es el poema de la naturaleza dominada por las fuerzas milagrosamente creadoras del trabajo, en el movimiento de las ideas educadoras de su tiempo. La síntesis de ese libro aparece en lo que sigue: “Nada es poderoso a resistir la voluntad del hombre, cuando se la ha educado perseverantemente y se la emplea con energía, con firmeza y con bravura”.

De Pestalozzi fue discípulo notable Federico Froébel, alemán que nació en una aldea de Turingia (782 a 825), y que dio a conocer su sistema de enseñanza en *La educación del hombre* y en *Los jardines de la infancia*.

Roberto Owen, filántropo de gran resonancia en Inglaterra (771 a 858), trató de introducir en su país los pensamientos de Enrique Pestalozzi, encareciendo con ardor la necesidad urgente de propagar la instrucción y educación en las clases populares. En *El nuevo mundo moral*, que es la más pensada de sus obras, se encuentran condensadas sus doctrinas.

El primero que en Alemania se dedicó al estudio del trascendental problema fue el famoso moralista Juan Bernardo Basedow (723 a 790), que intentó, igual que Owen, reformar la educación de su país, pero aplicando los preceptos del filósofo ilustre de Ginebra.

Cristián Salzman, pedagogo de Alemania (1714 a 1811), no obstante su condición sacerdotal, cierra contra la enseñanza estrecha del espíritu ortodoxo, apoyada en la tradición vetusta, y se inclina más bien a las ideas progresistas de Defóe, de Rousseau y de Pestalozzi. Antes que todo, se empeña en despertar en sus discípulos, desde los días dulcemente aurorales de la infancia, la moral de la conciencia; en robustecer su cuerpo a fuerza de gimnasia, y en reemplazar su carácter y su alma a fuerza de sentimientos y de ideas liberales.

Joaquín de Campe, también moralista de Alemania, nacido en 746 y muerto en 818, fue imitador entusiasta de Defóe, quitando a la educación todo sabor de misticismo y de sentimentalismo, e inculcando en el alma de los niños la fe que tenía Robinson en el impulso brioso de sus grandes energías, así como en su imperio sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Claudio Enrique San Simón, oriundo de París (760 a 825), y Carlos Fourier, de Besanzón (768 a 837), se declaran apóstoles fervientes de los mismos designios e ideales, con variantes en el modo de concebirlos y entenderlos. Pero sus doctrinas vienen contaminadas ya de las ideas socialistas, y por ello se convirtieron luego en manantiales de desastres, ensangrentando en 848 las calles de París, llenando de dolor muchos hogares y dejándolos en desolación y ruina.

A pesar de las influencias ejercidas por tales pensadores europeos en los campos de la política y la ciencia, no quiso contentarse don Simón con atenerse irreflexivamente a ellos, y con copiarles servilmente como un repetidor sin elementos ni contingente propios de estudio y de criterio. Originalidad saliente aparece en sus teorías y en su plan, sentido práctico. Lejos de él (y es un ejemplo) las ideas socialistas, con pronunciado relieve a comunismo, y por eso busca el orden, la armonía, el equilibrio entre el Pueblo y el Estado, de manera que ninguno de los dos se precipite a tiranizar al otro. Lejos de él (y es otro ejemplo) las ilusiones y extrañas utopías de Fourier. La escuela que pretende don Simón

se halla a gran distancia del falansterio de Fourier; y el respeto a la propiedad del hombre, fundada en el trabajo y en el esfuerzo propio, que apostoliza don Simón, es diametralmente contrario a la feroz tiranía desatentada del conde San Simón:

Hay que suprimir la propiedad particular fundamentada en el derecho, o sea en la herencia, y constituir dueño al Estado de toda especie de riquezas, a fin de que él las distribuya en concordancia con las capacidades y aptitudes de los hombres.

Repite que a pesar de las influencias ejercidas por tales pensadores europeos en los campos de la política y la ciencia, no quiso contentarse don Simón con atenerse irreflexivamente a ellos, y muy especialmente a Defoe, a Rousseau y a Pestalozzi, de cuyas teorías no hay que dudar que se empapó en sus lecturas solitarias con el mayor detenimiento; sobre todo, de las de Pestalozzi. Cuanto a Carlos Fourier y a San Simón, él no los conocía. Que lo diga Vendel-Heyl:

Don Simón principió por leerme la continuación de ese cuaderno titulado *Sociedades americanas*, que había despertado mi curiosidad en Concepción. Le hablé entonces de la analogía que había entre sus ideas y las de Fourier y San Simón. No había oído sus nombres sino poco tiempo antes, y no había leído sus obras.

Fijándose cuidadosamente en el sistema de don Simón Rodríguez, hay que convenir, no embargante el estudio que había hecho de sus antecesores, en que no es una imitación apenas, sino en que tiene un fondo de originalidad asaz sobresaliente, perfectamente armónico entre las ideas que encarna acerca de política y de administración, y las que se refieren a la economía pública, la educación y la instrucción. Asimismo, es necesario convenir en que el insigne Sucre, personificación de meritísimas virtudes, no podía comprender a las volandas, a pesar de su brillante inteligencia, lo que necesitaba tiempo para la comprensión cabal. Sin profusa instrucción en el cerebro, porque fue poca y limitada la que alcanzó en los colegios donde estuvo; después de pasar su juventud en la constante agitación de los azares de la guerra; sin conocimiento pleno del espíritu civilizador que se desenvolvía en Europa; sin

desahogadas horas para ver de ilustrarse en los asuntos que sabía don Simón como al dedillo; con cierto espíritu de nacionalismo exagerado que lo hacía no ver con buenos ojos lo que extranjero fuese; con marcada tendencia exclusivista a enamorarse de todo cuanto era americano (según lo dejan entender a cada paso, valiéndose para ello de la perifrasis amable, los mismos historiadores que lo admiran y a sus excelsos merecimientos baten palmas), y en medio del “solemne desdén inaccesible que serenizaba su altísima cimera”, mal podía penetrar en un momento rápido lo que era rico fruto de largos años de trabajo y de meditación serena. Ni tampoco tendría Sucre el natural sosiego que le era menester para oír atentamente a don Simón, no solo con referencia a sus teorías y a su plan, sino también a los principios predicados por sus antecesores, de los cuales le hablaría para ilustrarle en la materia; y no tendría tal sosiego quien se estaba ya sintiendo con la cabeza alborotada en el arreglo complejo y bastante difícil de Bolivia, e impaciente por irse a descansar en el regazo amado de la bella marquesa de Solanda. Aquí es bueno recordar algunas frases de sus cartas a Bolívar:

Yo tengo bastante con la amistad de usted y el amor de ella (...) Mi corazón está muy distante de la carrera pública (...) Mi corazón me aconseja y me manda una vida privada (...) El mejor premio que puedo recibir por mis servicios es la amistad y el afecto del Libertador de mi patria. Consérvemelo usted, mi querido General, porque después de reunirme con mi esposa, es lo que más me lisonjeará en el retiro de mi vida.

En la carta fechada el 10 de julio del 826, dice al Libertador: “Diferentes veces le he pedido [a don Simón] que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar, para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar”. Los comentarios huelgan, por escrito y razonado en toda forma, el Maestro habría necesitado componer un libro entero y muy voluminoso, y Sucre, en semejantes circunstancias, habría estado muy lejos de leerlo con la atención que requería. De palabra, largas tenían que ser las horas del hablar tranquilamente y entenderse. Sucre, además, no era sino hombre eminentemente práctico, y no estaba para ensayos dispendiosos, cuyos resultados ciertos debían venir tarde. Los alcanzados por Booker Taliaferro Washington, educador y

civilizador de los negros del Sur en Norteamérica, no vinieron sino después de la más improba labor; pero vinieron, ofreciendo desde luego la cosecha más espléndida y óptima. Léase la autobiografía de aquel heroico y perseverante negro, y en ella se hallará que el sistema por él desarrollado con gran éxito, es el mismo, más o menos, de don Simón Rodríguez.

CAPÍTULO VI

EL HISTORIADOR GIL FORTOUL NIEGA LA ANÉCDOTA DE LOS BACINES EN LA COMIDA CON QUE EN LA PAZ OBSEQUIÓ DON SIMÓN AL VENCEDOR EN AYACUCHO.— LO QUE DICE LASTÁRRIA, EN SUS *RECUERDOS LITERARIOS*, SOBRE EL PARTICULAR.

Probablemente convencido de que los demás venezolanos no leemos, ni estudiamos, ni comparamos nunca lo que leemos y estudiamos, Gil Fortoul suele usar lo categórico al escribir de historia, y resulta que esta lo deja a cada paso en descubierto. En su *Historia Constitucional de Venezuela*, al referirse a don Simón Rodríguez, categoriza así:

Algunas anécdotas que refieren sus biógrafos, verbigracia, la de un banquete que ofreciera al Mariscal Sucre y en el cual se dice que figuraban orinales, aunque nuevos, en lugar de vajilla, son sin duda chistes de corrillo, inventados en Chuquisaca para ridiculizarle.

Y don José Victorino Lastárria, el eminentе polígrafo chileno, narra en sus *Recuerdos literarios* lo siguiente, que reproduzco sin comentario alguno, porque no lo necesita. Conviene decir antes, por cuanto vale algo no ignorarlo, que desde cuando don Simón Rodríguez abandonó Caracas en 797 no volvió a ver a Bello (en la ciudad de Londres) hasta el año de 823. En 838, de nuevo se abrazaron en la capital de Chile. Cierta noche, de ameno conversar entre los dos (“recuerdos del tiempo viejo”, como diría Zorrilla), don Simón relató “el chiste de corrillo inventado sin duda en Chuquisaca para ridiculizarle”.

Óigase a Lastárria:

El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, y en un extremo, en el sillón más inmediato a una mesa de arrimo, en que había una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo sobre el mármol, como para sostenerse, y su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pie, con un aspecto impasible, casi severo. Vestía chaqueta y pantalón de nankín azulado, como el que usaban entonces los artesanos, pero ya muy desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, transparente, cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera y agradable. Describía el banquete que él había dado en La Paz al vencedor de Ayacucho y a todo su Estado Mayor, empleando una vajilla abigarrada, en que por fuentes aparecía una colección de orinales nuevos, y arrendados al efecto en una lacería. Esta narración, hecha con la seriedad de una limpia conciencia, era la que había excitado la hilaridad, poco común,

del señor Bello, y le hacía aparecer con la trepidación del que llora. La narración, hecha con el énfasis y aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daba a la anécdota un interés eminentemente cómico, que había sacado de sus casillas al venerable Maestro.

Y aquí, porque interesa, me atrevo humildemente a preguntar a Gil Fortoul, en fuerza de la necesidad del empleo de la psicología, que él recomienda a cada paso, ¿cómo debe entenderse la verdad en semejante lío? ¿Fueron los orinales un acentuado rasgo realmente extravagante de don Simón Rodríguez? ¿No pudieron ser quizás el resultado de una premeditación seguramente calculada, amparándose don Simón tras de la fama que tenía de extravagante y loco? ¿Cuál es la causa originaria de esos orinales? ¿No existiría acaso en el alma del Maestro algún resentimiento implacable contra Sucre? ¿Por qué, en vez de callar la narración en presencia de Bello y de Lastaría, la dice con todos sus detalles? O lo que es lo mismo, ¿por qué más bien no oculta arrepentido lo que el señor Eloy González califica de “grosera e inexcusable falta de respeto”, así como de “vulgaridad” en “un loco de atar”?

Y para que Gil Fortoul, empeñado en esclarecer la historia hasta ponerla en un punto indudable de evidencia y rutilante claridad de eterna primavera americana, me resuelva con su psicología profunda y su gran sagacidad esas preguntas, hágame la bondad de detenerse con cuidado en que los orinales bien pudieron tener parte integrante en la invencible repugnancia que sentía el Mariscal por don Simón; invencible repugnancia tan de gran relieve en algunos de los fragmentos de las cartas del presidente de Bolivia que he copiado atrás. Y no olvide las palabras que don Simón escribió al Libertador en la epístola confidencial de Oruro: “Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mí una amante o un amigo”. Ni menos, en creyéndola acertada y oportuna, cierta psicología del señor Eloy González en *El humor del Mariscal*:

Aquella infinita dulzura que, según las palabras de Bolívar, era característica del Mariscal de Ayacucho, era la más fina capa con que hombre alguno tuvo siempre el exquisito cuidado de encubrir las violencias del carácter más irascible, puntilloso y delicado entre todos los generales de la guerra de Independencia.

Psicología en cual tiene que haber mucho de tino, ya que don Simón dijo bien claro: “En Chuquisaca, Sucre me reprende como a un lacayo”.

CAPÍTULO VII

APOSTILLAS A LOS HISTORIADORES ARÍSTIDES ROJAS Y ELOY G. GONZÁLEZ SOBRE EL CARÁCTER, IDEAL, PROPÓSITO Y TENDENCIAS DE DON SIMÓN RODRÍGUEZ.

Porque fue venezolano, piedra miliaria en la evolución intelectual del continente y maestro universal del genio único de América; por su grande inteligencia, por su sabiduría varia y sólida, por su ferviente apostolado y original filosofía; porque se observa a cada paso, en todo lo escrito por su pluma, la alteza de su espíritu, el asco de más miserias e infamias de la tierra, la actitud persistente de batalla contra el hombre fisiológico, la repugnancia a la absorción del mercantilismo humano, así como la tendencia a predicar lo generador del bien, lo civilizador, lo bello, el eterno ideal que regenera, transforma, purifica y perfecciona; porque interesa, en suma, hacer bien resaltante su figura en los orígenes ya trascendentales de la enseñanza pública en nuestro vasto mundo hispanoamericano, me he detenido buena pieza en el señor Simón Carreño, en míster Samuel Robinson, en don Simón Rodríguez. Nada, que yo sepa, recuerda su preclara memoria en Venezuela: ninguna inscripción justa, ningún alto relieve de su nombre en casa municipal alguna, ningún retrato suyo en ningún edificio nacional. Dicen (no lo he visto) que aparece en el tríptico de Salas; pero su gloria allí es refleja; no es su verdadera y alta gloria; la gloria del filósofo, del sabio, del reformador audaz. El día que se lo presentaron a don Manuel Uribe Ángel, este le dijo, al estrechar su mano: “Señor don Simón, tengo mucho gusto en conocer y saludar al Maestro de nuestro Libertador”. Y el Maestro, dando suelta al legítimo orgullo de su yo, repuso con sarcasmo: “Fuera de este, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad”. Es más aún: son muy pocos los que en Venezuela saben quién fue Simón Rodríguez; y esos pocos que lo saben, lo llaman en tonillo despectivo “el pedagogo”; se burlan con insolencia de su obra (que de oídas apenas la conocen) y apedrean su memoria con palabrotas gordas de fantasmagoría risible y en estilo truhanesco y campanudo. En cambio, el heroico paladín Pedro Camejo, la máquina inconsciente de matar en aquellos grandes días ruidosamente épicos del batallar famoso, tiene en la capital Caracas un monumento en bronce (y sin duda bastante merecido) allá en la Plaza de la Misericordia, denominada hoy Parque Carabobo. En cambio, los “Eminentes ciudadanos y próceres eminentes” de la Federación Venezolana –los generales Donato Rodríguez Silva, Zoilo Medrano y José de Jesús González– tienen sendos mausoleos de mármol en la nave siniestra del Panteón. En cambio, el doctor Arístides Rojas, historiador sumamente

contradictorio de sí mismo en sus apreciaciones filosóficas, terminó su interesante leyenda titulada *Homonimia singular*, con este doloroso vilipendio, completamente inexplicable en Arístides Rojas para mí:

¡Cuán profundo el abismo que medió entre el discípulo y el Maestro! Bolívar llevó a feliz remate su bello ideal: fue una obra que necesitó de las fuerzas y virtudes del genio: fundó la República. Don Simón, a pesar de su talento y de su constancia, no pudo pasar de la introducción. Quiso cambiar la faz de la sociedad moderna, formar *ciudadanos*, y fue cogido en sus propias redes. El uno fue genio, visionario, profeta; el otro fue utopista, soñador, monomaníaco.

¡Semejantes palabras dan tristeza! Escrito eso así, tan sentenciosamente, sin ninguna seriedad y tan solo por hacer frases de efecto, con toda seguridad que es indigno de aquel historiador tan meritorio. Demás de esto, obsérvese que Rojas, que era desacertado cuanto a pureza y elegancia en el estilo, no menos que en lo que se refiere al empleo de las voces, usa allí a visionario por vidente, con lo cual no levanta a Bolívar sino que lo deprime, y por añadidura, mezcla berzas con capachos, como diría Cervantes. Y de paso, y a propósito de voces, apunto que me gustaría saber si Claudio Bruzual Serra, intelectual tan ensalzado en Venezuela (y uno de los ministros que refrendaron el Decreto Ejecutivo sobre públicos honores a los citados “Eminentes ciudadanos y próceres eminentes” de la Federación Venezolana), creía de buena fe, allá en lo hondo de su claro entendimiento, que a Donato Rodríguez Silva, Zoilo Medrano y José de Jesús González se debían “los más altos honores con que la Patria demuestra su gratitud a sus hijos predilectos”, y si para él (de igual manera que para el presidente Crespo) tan predilectos hijos de la Patria eran los tres “Eminentes ciudadanos”, como Bolívar y Miranda, Roscio y Sucre, Vargas y Cajigal, Ávila y Sanz, Mendoza y Peñalver.

Por último, el señor Eloy González, no contento con las amargas expresiones que atrás he recogido, arrojó sobre la vida del pensador ilustre el siguiente concepto:

Con lo cual (con el párrafo de la carta donde don Simón se revuelve indignado contra Sucre) quería decir sintéticamente el señor

Rodríguez: *Yo menosprecio profundamente todo cuanto los hombres han establecido y aceptado para dignificar la vida pública y para regular el funcionamiento social. Solo yo estoy en lo cierto y en lo justo.* De manera que él, que no había querido ser útil ni en Caracas, ni en Bogotá, ni en Chuquisaca, a fuerza de antojadizo y a fuero de “filósofo”, se juzgaba ante sí –mientras hallaba quien le sufriera pesadeces– muy por encima de la soberbia Colombia, de los picos del Potosí y de la gloria de Ayacucho. ¡Miseranda y estéril filosofía!

¡Execrando lenguaje –exclamo yo– en un intelectual venezolano, en un intelectual de gran talento y de no nada común ilustración, contra la abnegación austera, la elevación moral, la constancia en el estudio, la inteligencia alta y clara, el patriotismo, el decoro personal y la honradez de un compatriota que supo honrar a Venezuela en ambos mundos! Óigase a Vandel-Hey:

Me contó que en el curso de sus viajes, que muy joven aún le habían conducido a muchas regiones de Europa y de América, había descubierto el muriato de hierro nativo, del cual hay depositada una muestra en el Museo de Historia Natural, bajo el nombre de Samuel Robinson, en que figuran las iniciales de su nombre y apellido.

Óigase ahora al mismo don Simón:

No por dar a usted [a Bolívar] nuevas pruebas de mi adhesión a su persona, sino para llenarlo de satisfacción, le diré que, en honor de usted, me he reducido a la última miseria. El sueldo que usted señaló a la empresa [la de Chuquisaca], lo gasté en ella. No saqué de mi servicio otro provecho que el de comer con la gente que había recogido, y el de vivir en la misma casa por algunos meses.

Los párrafos del señor González, sin duda que son intencionalmente tendenciosos, y todo porque Robinson no se humilló ante Sucre ni le pidió perdón como cualquier vil palaciego. Escúchese otra vez al pensador ilustre, haciendo la pintura de su integridad moral:

Yo llevo por sistema el nunca desmentir mi carácter; cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, he de obrar según mis

principios; evitaré el comprometerme, y sobre todo, el sacrificarme inútilmente; pero hacer yo, o decir algo, contra mis sentimientos, por complacer... no lo haré nunca. Tal vez por salvar mi persona, me contradiría; no quiero exponerme a tal deshonra.

La apreciación que encierran aquellos párrafos del señor González, es más que natural en esta época ostentosa. Por lo demás, el escritor venezolano da a entender que Bolívar erraba tristemente con referencia a don Simón, lo cual es de juro inverosímil; que don Simón no podía ser sino un descamisado y un belitre; que Santander hizo muy bien en tratarlo con desprecio (Santander, que no tenía derecho ni autoridad moral, en cuanto enemigo subterráneo, sañoso e implacable de Bolívar, para despreciar a nadie!); que a Sucre le sobraba la razón para reprenderlo en público y ultrajarlo con el bronco desaire en el Gobierno; que todos los hombres son iguales, y que por tanto, así puede gritarse a los altivos como a los adulantes y serviles; que el arrastrarse como el batracio inmundo, de seguro que alcanza abundosa ración en la política, pero nunca (afirmo yo) respetos y consideraciones, honra y gloria verdaderas; que la historia se ha usado y se usa en Venezuela para todo, y que los hombres como Sucre, por la misma belleza de su vida y por su fama pura, no están jamás expuestos a equivocarse de un modo lamentable y a caer en las sombras del error. Y una de dos porque el dilema salta erguido en dos ramales como chorro de agua cristalina: o fue yerro lo del señor González, y en ese caso ofrece una idea nebulosa de su criterio filosófico y de su psicología; o escribió de ligero, y entonces no es posible perdonarle el concepto lesivo. Y después que hayan leído todo lo que he trascrito en las anteriores páginas con referencia a don Simón, así como en *Al margen de la epopeya* el capítulo titulado “El humor del Mariscal”, dígnense los críticos decirme de qué suerte es que deben entenderse (porque yo no los entiendo de ninguna) el espíritu justiciero, el sentimiento patriótico y la psicología honda del renombrado académico, polígrafo abundoso y por no vulgares lenguas afamado historiador Eloy Guillermo González. Francamente, no sé yo cómo pudo olvidar este las siguientes sugerentísimas palabras de Bolívar a su Maestro don Simón, en la carta que le escribió de Pativilca: “Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia”. Ni estas otras de don Simón a su discípulo,

en su carta fechada en Guayaquil el 30 de noviembre del 824: “Tengo muchas cosas escritas para nuestro país, y sería una lástima que se perdiesen”.

El trabajo de don Arístides Rojas, contradictorio consigo mismo en mi concepto, está calcado en mucha parte en la notable biografía que laboró Amunátegui. El de este mismo, que viene a ser la base de no pocos estudios posteriores en que se le ha glosado, peca de ligereza manifiesta en algunas de sus apreciaciones. Los de Gil Fortoul y el señor Eloy González, pisando están sobre las huellas de Rojas y Amunátegui; pero los dos llegan a juicios diferentes y contrarios. Los de varios escritores de la República de Chile, al empeñarse en colocar a don Simón entre los hombres de talento que se agitan alternativamente así en el delirio como en la razón completa, se pierden en un dédalo de ideas sin fundamento positivo, en las cuales se advierte la tendencia de dichos escritores a no quedarse atrás en punto a científismo conjectural y teórico, generalmente impreciso y no uniforme en la realidad sensible, lleno de nebulosidades y de divagaciones con engañosa consistencia, y en donde representan papel interesante, antes las palabras que los conceptos evidentes, antes el ruido que las nueces, antes la moda caprichosa y pasajera, que la efectividad e integridad de la persona que la usa en fuerza de la novelería reinante. Las psicologías de Gil Fortoul y del señor Eloy González riñen abiertamente. Desde luego, sin vacilar me quedo con la de Gil Fortoul, pero tan solo hasta determinada linde. Leámosle en alguna de sus apreciaciones:

Ambos espíritus [el de don Simón y el del Libertador] se encontraban en los espacios infinitos de la hipótesis, cuando echaban a volar por ellos la imaginación. Con todo, si coincidían en el fin, se apartaban en los medios. Gustaba el uno, el sabio, de engolfarse en la especulación científica, para formar teorías y generalizarlas; en tanto que el otro prefería bajar en seguida a la contienda diaria, para buscar en ella puntos de apoyo a su ambición de gloria y de poder; y mientras aquel se contentaba con la obra lenta y tardía del pedagogo, corría el otro con la actividad relampagueante del guerrero, del tribuno, del dictador. Predominaba en el Maestro la inteligencia; la voluntad era soberana en el discípulo.

Y no me encargue yo de afirmar que Gil Fortoul no está en lo cierto. Que lo haga, para el lector de criterio despejado y de verdadero alcance, el mismo don Simón. El cual, en diferentes pasajes de sus cartas, ya trascritos, pone bien de manifiesto al pensador que no se entiende con teorías ilusorias, sino con aquellas que pueden resolverse en una práctica fecunda. Don Simón, sin duda alguna, más bien pecaba de impaciente, y por eso le salió al encuentro Sucre, quien creía que “para formar un pueblo se necesitan siglos”. Don Simón, para realizar su plan, de una manera pronta y como él lo concebía para resultados prácticos, quiso disponer de la fuerza dictatorial de que disponía Bolívar. En don Simón corrían parejas inteligencia y voluntad; y si hubiese podido disponer de la potencia ejecutiva, impositiva y al par discrecional de su discípulo, no tendríamos hoy que lamentar las efectistas cuanto desapoderadas palabras del señor Eloy González:

De manera que él, que no había querido ser útil ni en Caracas, ni en Bogotá, ni en Chuquisaca, a fuerza de antojadizo y a fuero de “filósofo”, se juzgaba ante sí —y mientras hallaba quien le sufriera pesadeces— muy por encima de la soberbia de Colombia, de los picos del Potosí y de la gloria de Ayacucho.

¡Con cuánta razón dijo a Bolívar su Maestro, desde Oruro, al verse escarnecido por el medio que acababa de hacer fisga de él y de apedrearle: “En buenos trapos me veo al fin de mi vida, por haberme metido a servir al público sin armas”!

Era Robinson hombre superior, por ello es por lo que merece consideraciones altas, elogios y respeto en nuestra historia intelectual hispanoamericana. Los civilizadores, cualquiera que sea su procedencia y a pesar de sus defectos, son acreedores no a la burla y al desdén, sino al ferviente homenaje de los hombres, porque su obra es de belleza, de bondad, de infinita abnegación y de heroísmo. ¿Que don Simón fue extravagante? Generalmente lo son todos los hombres de superior entendimiento y de conciencia honrada y pura. ¿Ejemplos en la historia? Los hay innumerables. En su casi totalidad, esos hombres superiores resultan apreciados por el vulgo como raros, como locos o como extravagantes; pero es porque no quieren adaptarse al medio ambiente de la vulgaridad imperante a la sazón, porque no bajan a vivir en el nivel común,

porque no hacen lo que dicen los demás, porque dicen la verdad como ella es, porque cierran bravamente contra la rutina inmóvil, porque traen en su cerebro el germen de la renovación fecunda, porque ríen del convencionalismo absurdo y lo destruyen a fuerza de lógica inflexible, de ideas trascendentales y de claridad de juicio. Sin ellos, siempre dominados por el espíritu creador e innovador y dueños de sí mismos, el mundo sería estacionario, no existiría el progreso y rayaría en vano humo la civilización. Pedro Moncayo, literato ecuatoriano, escribió esta verdad: “El trabajo lento y paciente de los reformadores se pierde casi siempre entre el ruido de las armas y el tumulto de los combates”. Y yo agrego: “O entre la crítica de mala fe a veces, u otras la pequeñez de criterio filosófico de los historiadores”. Por último, quiero comparar, acerca de don Simón Rodríguez, dos opiniones del mismo hombre: de Bolívar a la edad de veintiún años, y de Bolívar a los cuarenta y medio. El joven impaciente, nervioso y aventurero dice: “Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere”. Y el genio de Colombia, pleno ya de la gran sabiduría que le dio la experiencia de la vida:

No puede usted figurarse cuán hondamente se ha grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presente a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

CAPÍTULO VIII

EL HISTORIADOR CHILENO DON JORGE HUNEEUS GANA AFIRMA QUE YA HOY HA PASADO LA OPORTUNIDAD DE LA OBRA DE DON SIMÓN. —REFLEXIONES SOBRE AQUELLA AFIRMACIÓN.

Don Jorge Huneeus Gana, en un período anterior, yerra al asegurar que ya hoy ha pasado por completo la oportunidad de la obra de don Simón Rodríguez. No ha pasado; vive todavía; se acentúa como una necesidad urgente. Hoy, bastantemente más que en los oscuros tiempos en que vivió el Maestro, reclaman estos pueblos de la América del Sur incansable educación, instrucción obligatoria a manos llenas y enseñanza del amor al trabajo que ennoblecen. Mientras más días corren, el nivel del mercantilismo puerco sube en la política, y los pueblos se corrompen de una surte que aflige y desencanta. Si el estado político-social hispanoamericano (el sucedido ayer), que el ilustre Cecilio Acosta pinta con pulso de maestro en diferentes tratados de sus Obras, resulta detestable, el de hoy es asombroso por los frutos que da de perversión. Yo puedo asegurar al señor Huneeus Gana, porque he viajado mucho, porque he conversado buenos ratos con viajeros de observación y ciencia, porque no uso comulgar con ruedas de molino y porque tengo algún conocimiento meditado de las letras hispanoamericanas, que eso que pasa en Venezuela, pasa también en las otras repúblicas de América, y con muy pocas variantes, aun en la misma Europa y en el país del venerable y buen señor don Jorge Washington. Fruto de estudio largo, comparado, detenido y reflexivo, en mi Libro raro dije:

A buena parte de los hispanoamericanos, los otros nos lavan la cara a cada instante con la grandeza política del Brasil, de Chile y la República Argentina. Es una petulancia necia. En todas partes cuecen habas: los Estados Unidos son un mito, y todo el mundo cree en los Estados Unidos en cuanto república modelo e impecable. Lo que sucede es que Chile, el Brasil y la República Argentina están muy lejos, y tienen el prestigio que les da la fantasía de los tontos, que son la mayoría. Pero que se levanten velos para que se vean monstruosidades que espeluznan.

El notable escritor Manuel Ugarte no es venezolano; es argentino. En su obra titulada *El porvenir de la América Latina*, en el capítulo “La educación”, se leen estas verdades:

Si ceden los patriotismos y si faltan caracteres (en América) es porque la educación no ha sabido ofrecer un ideal a los hombres, ni en lo

que toca a la colectividad, ni en lo que respecta a los individuos. La última palabra de la filosofía, para las nuevas generaciones, parece ser en todas partes, como dice Tolstoi, “la charlatanería hueca, inmoral y grosera de Nietzsche”. Pero en ningún lugar ha florecido esa planta monstruosa como en la América Latina.

Y en el prefacio de la obra, aconseja con acierto el mismo Ugarte:

Hay que reaccionar contra la costumbre de decirnos frases alambicadas y vacías. Lo que piden nuestras repúblicas (y nuestra raza entera, hoy relegada a un lugar que no es el que le corresponde) son verdades como latigazos que les traigan la sangre a la superficie.

Don Jerónimo Abasolo, citado por el señor Ugarte, no es tampoco del país venezolano, sino del país chileno; y en las siguientes consideraciones suyas se revela claramente un conjunto de vicios alarmantes y arraigados, parecidos al que existe en Venezuela:

Los centros de amigos, que son como los focos legítimos de la opinión, se convierten en centros de camaradas inmorales, institutores de esa falsa opinión pública que hoy domina. Al pensador se le llama soñador, porque en efecto va mucho más allá de la actualidad; al político generoso se le desecha como inexperto y visionario. Los grandes espíritus se dispersan; los pequeños se unen. Y esta dispersión de los pensadores, dejando solos y entregados a sí mismos a los conservadores y a los prácticos, resuélvese en que estos, por espíritu de oposición, se hacen rutinarios insolentes y políticos bufones que degradan la administración pública, si es que no van hasta entronizar dictaduras sangrientas.

Con referencia al Perú, léanse los libros titulados *Horas de lucha* y *Páginas libres*, de Manuel González Prada. A juzgar por lo que ha sucedido en Venezuela durante más de setenta años de negras anarquías, de gobiernos arbitrarios y de revoluciones, *Horas de lucha* es una obra de enérgica verdad y de sinceridad sin miedo, y en *Páginas libres* hay capítulos de realidad exacta, como el que se titula “Propaganda y ataque”. Respecto de los demás países de la América española, deben consultarse libros como los siguientes,

porque revelan observación atenta y detenido estudio: *Ensayo sobre las revoluciones políticas o la Condición social de las repúblicas colombianas*, por José María Samper; *La América*, por José Victorino Lastarria, a pesar de las fantasías de este y de todo lo celestial que ve en el país de Yanquilandia; *El porvenir de la América Latina*, ya citado, por el señor Ugarte; *La Revolución Francesa y Sud-América*, por Luis Alberto de Herrera, y *La enfermedad de Centroamérica*, por Salvador Mendieta. Por baladí, fruslera, efímera o insustancial que resulte en ocasiones, en nuestra América se lee a grandes sorbos mucha literatura de las naciones europeas; pero casi en absoluto se descuida, sobre todo por las generaciones nuevas, el estudio y comparación urgente de los libros hispanoamericanos; es a saber, de lo que más nos interesa. Los “chicos sabios” abundan en América, y su ignorancia con referencia a América sorprende, es dolorosa y da vergüenza. Lo que Mendieta afirma con relación a Centroamérica puede ser adaptado a Venezuela, excepción hecha de muy señalados escritores, como el señor Blanco-Fombona, que se ocupan en lo que nos atañe, y que no suelen comulgar con todo lo europeo, ni con todo lo que dicen innumeros rapsodas y parafraseadores hispanoamericanos, rebosantes de ciego europeísmo por su tendencia lamentable a la imitación servil y al espíritu de moda o de novelería, unas veces inconsciente, y otras veces calculado para granjería egoísta. En mis manos ha caído muy oportunamente un libro titulado: *Reencarnación de Don Quijote y Cyrano de Bergerac*, por Luis Alberto Moncayo, escritor ecuatoriano que ha viajado por algunas repúblicas de América (y parece que no “como el tonel, en el fondo del barco”, según la sátira de Juan Vicente González al geógrafo Michelena y Rojas, sino observándolas cuidadosamente para saber de ellas). Dicho libro, dado lo que informa como a saltos, tanto como su composición precipitada “a lo que salga”, en el título peca de osadía; pero sin duda que trata de pintar, a su manera, algo así como un estado político-social hispanoamericano. Pues bien, léase allí lo referente a la República argentina, a la de Chile y al carnívoro y forzudo y piratesco país de Yanquilandia, en el capítulo “Saetas”, el cuadro que presenta a grandes rasgos de la República argentina sobre todo, no tiene nada de celeste y luminoso, sino mucho de sombrío, después que se leen libros como los que nombré arriba, hay que convenir, por lógica inflexible, en que el capítulo “Saetas” es verdad. Además, yo he leído antes de

ahora un folleto contentivo de una conferencia dada en la ciudad de Buenos Aires por Alejandro Sux. De Mario Bravo es el *introito*, y Mario Bravo, en un esbozo rápido de la República argentina, tampoco celeste ni luminosa, sino también sombría, no pone en falso ni sirve a desmentir el capítulo “Saetas”. Por lo contrario, lo confirma con los más negros colores.

Francamente, yo no comprendo que haya hombres en América, de esos que se llaman pensadores y versados en la historia, en el conocimiento de la política monstruosa y en la sociología de la sección española de nuestro continente, que se atrevan a aseverar que Chile, el Brasil y la República argentina tengan el privilegio singular de no adolecer de los vicios y defectos arraigados en los demás países hispanoamericanos. O es falta de criterio, o alcance nada largo para saber inducir y deducir, o concepto científico sui géneris. El mismo origen, los mismos resabios trasmítidos por los conquistadores, la misma raza híbrida, los mismos exponentes etnográficos, la misma índole o temperamento étnico, la misma herencia inevitable, la misma inclinación fatal o indefectible al atavismo, el mismo desarrollo pertinaz en la reproducción malsana de las mismísimas costumbres, tienen que dar por fuerza en todas partes los mismos desastrosos resultados.

El que lea a *Facundo*, interesantísimo libro de Sarmiento el argentino, así como la novela *Amalia* del argentino Márromol, debe convenir, en ateniéndose al espíritu científico de la sociología, en que la República argentina de los días que alcanzamos no puede emanciparse o eximirse de sus características sustanciales o esenciales de los días anteriores, o es necesario echar a un lado, por nulas e inservibles, la etnografía y la antropología, la etnología y la sociología, y someter la ciencia al caprichoso imperio de la declamación fantástica, o a la asquerosa mezquindad del interés humano, o a la moda pasajera, o a la triste conveniencia del “porque yo lo quiero” o “porque me da la gana”.

No ayer por la mañana, y mucho menos por la noche, sino desde el 846, dijo Irisarri en la *Historia* que he citado varias veces:

En todas partes vemos los partidos armarse unos contra otros, proclamando los mismos principios, invocando la misma justicia, quejándose de las mismas violencias, asesinándose con los mismos pretextos y escandalizando al mundo con las mismas calumnias. El

que vence tiene la razón, mientras le llega su turno de ser vencido. La fuerza o la traición, y casi siempre la mala fe, son las que consiguen dar a cada país de estos algunos meses de sosiego; pero muy pronto los nuevos intereses que se crían, las nuevas ambiciones que se forman, los descontentos que nacen de la misma falta de principios, dividen al partido vencedor, y salen de este los nuevos ejércitos que deben continuar la devastación de los infelices países.¹⁹

19 Bueno es recordar a los lectores que Irisarri visitó y conoció bastante cerca a la casi totalidad de las repúblicas hispanoamericanas. De consiguiente, no hablaba referencias.

CAPÍTULO IX

DON SIMÓN RODRÍGUEZ CONSIDERADO COMO ESCRITOR, COMO
PENSADOR, COMO FILÓSOFO.

Don Simón fue literario; no escritor en toda regla; y mucho menos escritor de bello estilo y de lujos y amplitudes de vocalización. Fue literario porque sabía su lengua y era diestro en manejarla. No fue escritor porque era hombre práctico en expresar sus pensamientos. Su estilo es descarnado, positivista, neto; la síntesis desprovista de llamativas galas y de ornamentaciones, es lo que lo distingue; lejos de él están el número, la armonía, la cadencia. Don Simón va sin rodeos al asunto; emplea las palabras necesarias para dar forma a sus ideas; no gusta de la profusión; quiere encerrar un mundo en una cláusula; en cinco o seis vocablos condensa un apotegma luminoso; busca precisión, y no belleza; perspicuidad, y no elegancia; propiedad, y no figuras de lenguaje, ni esplendidez de fantasía ni retórica estudiada, ni exquisitez de arte. Sintetiza cuanto le es posible, y lo demás le importa nada.

De ello es un ejemplo la opinión franca y resuelta que de sus labios recogiera, acerca de Inglaterra, el viajero Vendel-Heyl:

Los ingleses forman un pueblo de mercaderes codiciosos, que no se ocupan en ilustrar a los demás pueblos, sino en convertir en provecho propio los hábitos y preocupaciones que observan en ellos. Si los ingleses ven que las otras naciones comen tierra, fingirán comerla también, para reservarse el derecho de vendérsela. Son a los franceses y a los otros pueblos de origen latino, lo que Sancho Panza es a Don Quijote.

Y de ello es otro ejemplo, que expresamente escojo, la siguiente admirable reflexión, de todo punto incomprendible para el hombre infeliz que es profano o no *virtuoso* en música, o que no tiene por lo menos el oído, el sentimiento, el natural instinto y la organización espiritual peculiarmente dispuesta y elevada para entender la música; admirable reflexión que revela desde luego al que es capaz de apreciarla o comprenderla, el conocimiento exacto y la conciencia del maestro en el arte musical:

La obertura de las óperas no es una sinfonía de capricho, sino un preludio de toda la obra. Si es que está bien hecha, los músicos de profesión reconocen los principales rasgos de la pieza, y entran en la intención del autor. Así han de ser el prólogo de un drama, el prefacio

de un libro, el proemio de un tratado, que preparan a la exposición, y a veces son la exposición misma.

Flouréns, el escritor francés, dijo de Fontenelle, tan celebrado por el constante preciosismo de su estilo: “Le ha ocurrido lo mismo que a Buffón. El escritor ha hecho olvidar al sabio y al filósofo”. En don Simón resulta justamente lo contrario: el sabio y el filósofo han hecho olvidar al escritor, y casi por completo. Con todo, leo yo con más placer a don Simón, por su brevedad flexible, por su concisión jugosa, por su filosofía en lo general certera, que a tantos escritores de mi patria condenados al olvido antes de tiempo, en algunos de los cuales no se ven sino divagaciones falsamente filosóficas en difusiones kilométricas, en otros la insipidez de la chayota y la ficción del saber nunca aprendido, en otros la ostentación del clasicismo que trasciende a rancio olor de telarañas de academia, en otros el rebuscamiento estéril del vocabulario incógnito y de la lindeza frívola, y en no pocos de entre ellos la pedantería frecuente del científicismo huero y claudicante o heteróclito, la falta absoluta de talento y de originalidad, la carencia de garridez y gracia, y la cascada interminable de la palabrería efectista e impertinente-mente enfática. En las dos únicas obras que de don Simón conozco, abundan las sentencias perspicaces, menudean las previsiones de puntería segura, son frecuentes los párrafos henchidos de sapiencia verdadera, y las afirmaciones ciertas se están multiplicando como los astros en el cielo, como las mariposas en los campos florecidos, como las abejas en torno a los panales.²⁰

Su defensa de Bolívar es un soberbio monumento, monumento de mármol, de oro y de granito.

Hecha por lo general en acérrema forma de ironía, de sátira y sarcasmo desgarrante, es admirable, no solo por el chiste que revela, sino también porque envuelve la crítica del medio con toda su ignorancia, hondas preocupaciones rutinarias y resistencia de acantilado peñascoso a las innovaciones progresistas y civilizadoras; y conviene darse cuenta de la sátira, de la ironía y del sarcasmo, frecuentes por una parte, y por la otra formidables en la pluma del

20 Pródromo de las *Sociedades americanas en 1828. El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*.

combatiente intrépido, así por la agudeza con que estallan cuanto por la sinceridad que se les adivina. En estilo tan sintético y en tan reducidas páginas, nadie hasta ahora ha dicho más del Libertador y héroe. En cada cual de sus conceptos hay materia suficiente para un libro. Los temas, o las tesis, o las ideas originales de tantas disertaciones como se escriben hoy acerca de Bolívar, datan quizás de don Simón; y no contados escritores que sobre la materia se venden como nuevos con la originalidad intensa del “humilde pedagogo”, no han hecho sino parafrasearla y amplificarla en numerosas páginas, echando mano, desde luego, al buen criterio, a la imaginación y a los recursos de la literatura. En lo que sigue, ¿quién ha dicho más ni con mayor acierto que don Simón Rodríguez?

El hombre de la América del Sur es Bolívar. Se empeñan sus enemigos en hacerlo odioso y despreciable, y arrastran la opinión de los que no lo conocen. Si se les permite desacreditar el modelo, no habrá quien quiera imitarlo; y si los directores de las nuevas repúblicas no imitan a Bolívar, la causa de la libertad es perdida.

Simón Bolívar nació en Caracas, capital de la provincia de Venezuela, a fines del siglo dieciocho; y a principios del diecinueve sacó una gran parte de la América del estado de Colonia miserable; le dio muchas ideas suyas, y de las ajena propagó las más propias para hacer pueblos libres, con los elementos de la esclavitud.

Hombre perspicaz y sensible: por consiguiente, delicado. Intrépido y prudente a propósito: contraste que arguye juicio. Generoso al exceso, magnánimo, recto, dócil a la razón: propiedades para grandes miras. Ingenioso, activo, infatigable: por tanto, capaz de grandes empresas. Esto es lo que importa decir de un hombre a todas luces distinguido, y lo solo que llegará de él a la posteridad.

No sin razón se alega generalmente, por mérito, el haberse educado en los colegios: la presunción de haber aprendido es fundada, porque estudiando se aprende. Pero así como hay hombres a quienes esta presunción no favorece, así también hay, aunque pocos, que nacieron para educar, y estos empiezan por sí mismos: el mundo es su colegio; su curiosidad les da libros, y su discernimiento les sirve de maestro. El general Bolívar es de esta especie de hombres: más quiere pensar que leer, porque en sus sentidos tiene autores; lee para criticar, y no cita sino lo que la razón aprueba; tiene ideas adquiridas, y es capaz de combinarlas; por consiguiente, puede formar planes; por gusto se

aplica a este trabajo; tiene ideas propias, luego sus planes pueden ser originales; en su conducta se observan unas diferencias que –en general– se estudian poco... *Imitar y adoptar, adaptar y crear.*

Desde muy joven pensó en la política que gobernaba la América; viajando en España, en Francia, en Italia, en los Estados Unidos y en Inglaterra (en esta, con una comisión del Gobierno de Caracas), hizo comparaciones; vuelto a su país, se retiró al campo; y a los primeros movimientos que ocasionó el trastorno de la España en Venezuela, dejó de una vez reposo, caudal, parientes, y se entregó a la suerte de la guerra.

Su vida política se confunde con su vida militar; en un estado de cosas enteramente nuevo, los progresos de sus armas eran los de su Gobierno; creador de uno y otro, al paso que conciliaba la opinión de un corto número de habitantes, les confiaba su suerte; reservándose el mando militar, como único medio de conservar y de extender sus conquistas.

Por él son independientes Colombia y el Perú. A él debe su existencia política Bolivia. Por el respeto que infunden sus virtudes morales y militares, gozan las tres repúblicas de seguridad. Y de la confianza que inspira su conducta pública a los monarcas, puede esperar su existencia futura el Gobierno republicano en América.

Digan los pueblos, pues, y díganlo sin temor de ser desmentidos, porque no exageran, que todo lo ha hecho Bolívar, o lo ha hecho hacer; y que solo sus obras han tenido y pueden tener consistencia.

De sus principios y sistema sobre la educación del pueblo, tendiendo a mejorarlo en su fortuna, así como a hacerlo comprender la libertad, la democracia y la república, la lógica no dice, ni menos el sazonado fruto opimo que se ha recogido en otras partes, que sean solo utopías, ilusiones de un momento, sueños irrealizables.

De Cristóbal Colón se burlaron, porque prometió una nueva tierra; por deshacerse de él, le dieron unos barcos viejos; después, los europeos se disputaron el honor del descubrimiento; y ahora matan a los americanos por quitarles lo que antes llamaron sueño. ¡Quién sabe si después que yo haya presentado a los congresos de la América los rumbos de una libertad que andan buscando en vano, no sale por ahí un Vespucio dando su nombre a mi Nuevo Mundo!

Y no se equivocaba don Simón. No un Vespucio, sino varios Vespuicios han salido. En leyendo y cotejando con detenida reflexión, es fácil comprobarlo. Buen número de ideas, del libro intitulado *Las escuelas*, de Sarmiento el argentino, es una así como derivación que arranca del ideal de don Simón. El argentino glosador llega a asentar las siguientes conclusiones: “No hay libertad en donde el Pueblo es ignorante. Tened escuelas y no habrá revoluciones”. Y el original reformador venezolano, hablando más en crudo, para que se le entienda:

Mis ideas eran (y serán siempre) emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria que rueda en los libros y en los congresos. Con los hombres ya formados no se puede hacer sino lo que se está haciendo: *desacreditar la causa social*.

Sus teorías sobre el gobierno, si en cuenta ha de tenerse lo que hoy en la práctica sucede, y no la literatura hueca de los papeles mercenarios y de los declamadores, en gran pieza están mostrando visión clara y sensatez. Errores de detalle no afectan seriamente la verdad de una obra concebida en el regazo del estudio laborioso y de la observación atenta. Para hablar de don Simón con referencia a sus ideas innovadoras y de rectificación, preciso es no atenerse a lo que dicen los demás, sino estudiarlo de un modo directo y reflexivo, comparar esas ideas con la práctica viciosa que nos corrompe y nos deprime, y teniendo seriedad, sinceridad y ningún miedo en el hablar, hacer el juicio con imparcialidad y ofrecer las conclusiones cual se debe. Muchos de los que atacan sus teorías sobre el gobierno, alegando la verdad que dicen ellos claramente indiscutible de los principios democráticos en esta nuestra América española, hablan por hablar, ocultan a sabiendas la mentira debajo del disfraz más o menos esplendente de la imaginación, y si no son soñadores, afectan que lo son por conveniencia personal, o por no confesar abiertamente el escándalo incesante de la realidad vivida. Eso mismo previó entonces, antevió desde muy lejos el filósofo, después de haberlo visto muy de cerca en torno suyo; y convencido de que araba en el océano, de que majaba en hierro frío, de que hablaba en el desierto, de que su ideal no le ofrendaba regocijos, sino tristezas, desengaños y amarguras, se retiró a vivir la vida de la desesperanza. Y lleno de pobreza y de vejez, cansado de vagar,

circuida de soledad su alma grande y generosa, tildado de extravagante, befado como necio, escarnecido como loco, abandonado de los hombres y ya hastiado de la vida sin rumbo y sin objeto, fue a morir en un pueblo del Perú, a los ochenta y tres años de edad, después de haber pensado muchas veces, de seguro, en las siguientes palabras dolorosas del Libertador de un mundo: “Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”.

CAPÍTULO X

CARÁCTER Y PERSONALIDAD DE DON SIMÓN RODRÍGUEZ.

Fue hombre de virtud acrisolada, de generoso corazón, de gran sinceridad, de luminoso y elevado entendimiento, de bellos ideales. Fue alma de bien y de verdad. Fue apóstol incansable de civilización, de cultura y de progreso. Fue sembrador de buenas vides. Tenía en alto aprecio su dignidad de ente libre y su decoro de ciudadano independiente. Sabía que el hombre de ilustración e inteligencia, creador, iniciador y original, no ha nacido para eunuco, para esclavo, para faquín, ganapán o esportillero. Sabía que el hombre de talento no debe prostituirse ni engañar. Sabía que el hombre consciente de sus actos y responsabilidad no es lo mismo que el especulador soez, que mañanea al negocio y anocchece en la pitanza descarada. Lo indignaba el adulón; el vividor le daba asco; del hacedor de antesalas se dolía; contra el farsante protestaba.

No se avino con trapisondas y arterias, con acomodamientos mercenarios, con abyectos servilismos, con adulaciones puercas ni escandalosas felonías. Se rebeló contra la comedia humana, contra la vil farsa social, contra la vanidad ambiente, contra los cascabeleos y ostentaciones mundanales, contra la ficción de hipocresía de los hombres, contra la exterioridad deslumbradora, pero llena de inicua falsedad, contra la tradición viciosa, rutinera, perjudicial, retardataria y regresiva. Fue hombre de una pieza, y no se dobló ni se quebró sino bajo el impulso de la muerte. Antes que prevaricar, que rendirse a discreción, que traicionar sus convicciones, sus ideas, sus pensamientos, los desinteresados anhelos de su alma, prefirió la soledad consigo mismo, la anulación de su persona, el silencio de su *yo*. No quiso obtener honores cometiendo indignidades y bajezas. Rindió culto a las bellezas del trabajo, a los milagros de la ciencia, a los prodigios realizados por los genios. Estudió, enseñó lo que estudió, llevó luz por todas partes. Pensó, antevió, profetizó. Intentó educar las turbas, porque la educación redime, prepara a la defensa, previene y dignifica.

Quería hombres, y no ilotas; pueblos, y no recuas; patrias, y no farsas en que los declamadores, para su propia holganza y cínico egoísmo y egolatría vesánica, hacen prueba de fuerza y de destreza en trampolines de palabrería engañosa y altisonancia literaria. Supo lo pasado, conoció lo presente y adivinó lo porvenir. Lo que más le dolía era el temor de la conquista poniendo sobre América, sobre la América española, sus enormes patazas de megaterio inmundo; y ya veis que la conquista se viene a más andar sobre nosotros, solapada,

traidora e insolente, aprovechando que en nuestra América no haya lo que él quería que hubiese, o lo que es lo mismo, gobiernos regulares (sin la multitud de vicios que los empequeñecen) y ciudadanía consciente (refractaria a las eternas promesas ilusorias del caudillaje embaucador), capaces de entender la inminencia del peligro y apercibirse con tiempo a la defensa. Las previsiones de Bolívar él supo comprenderlas, como a Bolívar todo en la grandeza de su genio maravilloso y milagroso. Por eso le amó siempre de corazón e inteligencia, como le amó el sabio Vargas, y su lealtad al hombre inmenso, semejante a la del mismo Vargas, es así como un espejo de cristal inmaculado, con marco artístico de oro guarnecido de perlas y diamantes. Odió el “qué dirán”; no transigió con el estúpido apotegma “en la tierra a que fueres haz lo que vieres”; se revolvió indignado contra el “saber vivir”, equivalente a saber adular y prostituirse para comer en mesa buena, enriquecerse y figurar. No estaba hecho para el ronzal y la reata, para el cacho y la manada, para el gamonal falaz y la populachería de horda, para el tribuno sicofante y la pandilla sucia. Pretendió el complemento de la independencia hispanoamericana con la efectividad de la libertad civil, con la justicia práctica, con el ejercicio noble de los derechos ciudadanos y del hombre, con la República en el orden, en la armonía fecunda, en el concierto del derecho y del deber, en la regularidad, en la democracia sin falsificaciones, sin anarquía demoledora, sin torpes ambiciones de caudillos a los personalismos humillantes, insaciables, oprobiosos y arrasadores de la santa dignidad de las naciones, como las tempestades suelen serlo de las bellezas de la naturaleza.

De ahí que tropezara con el medio, y que este le befase, le injuriase, le escarnecie y le apedrease. De ahí que de él pueda decirse lo que Cervantes puso en boca de un personaje suyo, refiriéndose a otro a quien la amarga desventura persiguió: “Primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado”. Pero ello estaba como al justo dentro de los linderos de la lógica. En uno de sus libros más hermosos, raudal fascinador de poesía, el admirable Castelar dejó grabadas, como en mármol y con cincel de oro, las cláusulas siguientes llenas de verdad, la mayor parte de las cuales son tan aplicables al venezolano ilustre que parecen escritas expresamente para él:

A veces nace un genio, trabaja, lucha, cae, recae, muere olvidado en el camino de la gloria, y la posteridad, solamente la posteridad, le conoce y le venga de las injusticias de su tiempo. ¿Pero qué más? Hay hasta en esos juicios póstumos que se creen definitivos e implacables, grandes alternativas y grandes eclipses (...) La vida es complicadísima, y por lo mismo, se halla erizada de dificultades insuperables. Y así como hay los grandes contrastes en la naturaleza, los hay en la sociedad. Junto a cada profeta que anuncia el porvenir, se levanta el magistrado que tiene el ministerio de conservar lo presente y que persigue al profeta.

Junto a cada pensador nuevo, hay una asociación que se declara infalible. Junto a cada reformador, hay la eterna copa de cicuta. Parece que no pueden caer las semillas del bien sobre la tierra, si no se rompe el vaso que las contiene. Cada preocupación vieja se siente herida por la idea nueva, y la muerde. Cada privilegio persigue y calumnia a cada derecho que le contradice. La sociedad es movimiento. Pero los que vienen a moverla caen siempre aplastados bajo su inmensa rueda. La sociedad es renovación. Pero los que vienen a renovarla mueren perseguidos por los viejos errores. No podéis aspirar a la bendición de los venideros, sino teniendo la maldición de los contemporáneos. Los animales ferores no se van sino después de una peligrosísima caza. ¡Cuántos genios caen, cuántos se malogran, cuántos mueren y desaparecen como sombras en estas largas correrías necesarias para limpiar la tierra de monstruos! La mayor parte de las gentes cree que al arrancarles una preocupación o un error, a cuya sombra sus padres han vivido siglos y siglos, les arrancáis su alma y su Dios.

En el silencio y tristeza de la noche, en medio de la sombra impenetrable salpicada de chispas de cocuyos, a los chirridos necios de los grillos y los escarabajos, al pie de las montañas de los Andes, allá en un campo desierto del Perú, a inmediaciones del lago Titicaca, en el seno de un misérírrimo poblacho, en un bohío solitario a que remisamente alumbría la mortecina luz de una vil vela de sebo enarbolada en candelabro de hojalata, ¡qué amargamente suenan y luego repercuten en la posteridad, cargadas de desengaños y profundísimos dolores, aquellas palabras de don Simón Rodríguez que semejan un tren melancólico sobre el montón de ruinas de su ideal y su esperanza!

“¿De qué me serviría persistir en una quimera irrealizable? (...) Prefiero acabar mis días en una tranquilidad profunda, a ejemplo de los ríos de esta América, que van sin saber a dónde y dejan a la Providencia guiarlos”.

FIN

CORRESPONDENCIA PRIVADA DEL MAESTRO DEL LIBERTADOR

Las epístolas de don Simón Rodríguez que de seguidas insertamos, halladas en el Archivo Histórico de Chile, son en su totalidad desconocidas, y creemos que ninguno de sus biógrafos las ha utilizado al estudiar a tan distinguido y raro personaje. Allí se le ve de bulto, sin desfiguraciones, tal como nos lo han acercado a nuestros ojos, fijándolo en la placa sensible de nuestra imaginación, las referencias de él mismo y las de todos aquellos que se han propuesto divulgar la alegría y la pesadumbre de sus andanzas. Esas epístolas son curiosas, interesantes y pintorescas, alternando en ellas el pensamiento filosófico, la expresión conmovedora y la vena humorística, aprisionado todo en aquel estilo de factura especialísima, cuyos moldes se rompieron para siempre. El lenguaje epistolar de don Simón es inimitable. Nadie se le parece. Y no sería aventurado adelantar que fue él, si no el primero, uno de los humoristas venezolanos de mayor originalidad y amplia monta. Hay que leerlo en todos sus escritos, para venir en cuenta de que nuestra apreciación no se ha entrado por caminos apartados de la realidad.

Para nosotros, sin duda alguna, hombre superior fue don Simón, casi genio, y cuidado con lo de *casi*. Paradójico, emprendedor, desordenado, impulsivo, caminador, independiente, manirroto, sincero, imprudente... Todos estos epítetos y muchos otros podrían aplicársele a él, sin incurrir en exageraciones, para calificarlo y distinguirlo en el catálogo de los hombres que según las teorías científicas más avanzadas, por esa misma contradicción incessante en la estructura de su personalidad, están situados en un plano de elevación que los distancia visiblemente del montón adocenado, incapaz al acceso y penetración de sus iniciativas y proyecciones creadoras. Por ello le salieron al paso desalmados yangüeses y lo envolvieron y destrozaron con sus aspas tantos molinos de viento... Largo y de minucioso análisis habrá de ser el juicio que haya de formularse acerca de esta sugestiva fase de don Simón. No es encomienda a la cual puede encontrársele salida cuando se escribe con precipitación, como estamos haciéndolo nosotros,

para dar cumplimiento a un compromiso inaplazable. Y es por ello por lo que nos hemos limitado a consignar nuestras opiniones fundamentales sobre el tema, reservándonos para otra oportunidad corresponder a satisfacción al reclamo de nuestros deseos.

Pasemos ahora a deleitarnos, recogiéndonos a un solo pliegue de atención, con la lectura de la correspondencia privada del hombre de *las luces y virtudes americanas*...

EDUARDO PICÓN LARES

26 de junio de 1836

Señor don Bernardino Segundo Pradel.

Amigo:

Gracias por lo recibido; pero apunte V.; cuando no tenga esperanza pediré. Continúeme su favor enviándome 4 de azúcar y 4 de arroz: de lo demás para mi subsistencia no carezco; pero de estas cosas sí. Luego que esté bueno iré a hacer a V. una visita llevándole una vela y unos medieritos –así lo he prometido y lo cumpliré (si sano) porque (después de Dios) a V. deberé la salud y si no me vuelve el dolor (como lo espero) mandaré a hacer un estomaguito de plata (porque no alcanzan para más mis fuerzas) y lo iré a colgar a su puerta. Con el favor de Dios (y si Dios me presta vida) no dejaré de cumplir mi promesa: bien sabe su divina majestad que tal es mi intención (aunque malo y pecador).

Dios me lo guarde y me lo conserve para consuelo de los infelices.

SIMÓN RODRÍGUEZ

Trilaleubu, 23 de julio de 1836

Señor don Santiago Duquet:

En ausencia del señor Pradel, tuvo V. la bondad, el otro día, de enviarme lo que pedí; hoy ocurro por más y así lo haré (contando con el favor de V.) hasta que los ríos me permitan traer dinero.

Necesito 4 de arroz, 4 a de azúcar, 4 a de vino generoso, 8 onzas de cremón.

Voy un poco mejor; pero me falta mucho para restablecerme: he quedado muy débil: el mal tiempo y el malísimo alojamiento contribuyen en gran parte a retardar mi convalecencia: paciencia, y téngala V. en favor de un pobre enfermo.

Páselo V. bien, y para ello cuide de su salud.

SIMÓN RODRÍGUEZ

Trilaleubu, 19 de agosto de 1836

Señor don Bernardino Segundo Pradel.

Amigo:

Ni puedo pasar el Deñicalqui ni tengo a quien confiar el rancho, para ir a ver a V. Estoy varado: ni puedo irme porque no tengo dónde, ni puedo quedarme porque no tengo qué (...); V. sabrá lo que ha de hacer conmigo: póngame V. en estado de ganar el sustento, aunque sea de sacristán: todavía me acuerdo de mi tiempo –con 2 o 3 días de ejercicio repicaría como otro cualquiera– empéñese V. con el señor Jarpa o con su coadjutor tenga ya una recomendación, que es tener mujer moza y un muchachito que poder poner a cuidar la puerta mientras yo esté en la torre del campanario. Contando con esto, como con cosa hecha pídales V. a cuenta de obvenciones

azúcar,

café o yerba,

arroz y jabón,

unas manillas de papel fino y una botellita de tinta extranjera: tengo mucho que escribir, y el papel es malo... la tinta ya V. la ve: si escribo con ella pensará el señor General que le llega correo del cielo, donde, como V. sabe se despacha todo en blanco.

Si no hay tinta, que me envíen caparrosa y tara.

SIMÓN RODRÍGUEZ

Trilaleubu, 23 de agosto de 1836

Jueves, Sn. Luis rey de Francia. Dele V. los días al señor su hermano que Dios le dé muchos años de vida en compañía de las personas de su agrado y me lo deje ver con una mitra o en un trono así se lo pido, aunque malo, en mis cortas oraciones.

V. (...) tome luego un grano de emético disuelto en media botella de agua, por porciones, como lo tomó ahora meses: ya V. sabe que le fue bien, y le irá siempre lo mismo, porque es bilioso.

Agradezco sus buenos oficios; pero (...) cuidado con las personas que V. interesa en mi favor: no sea que tropiece con alguna de las que me mascan y no me tragan: tengo muchas de estas, no sé por qué —ayúdeme V. a encomendarlas a Dios, sin hablarles de mí—. Lo que V. haga, aunque sea poco, me bastará: grandes negocios no me convienen, y no quiero *amplias* facultades, porque, con las tomé a principios de este año, me he inflado hasta reventar. No tengo estómago para digerir *grandes* confianzas, porque la poca reputación que traje a la montaña la he perdido en Trilaleubu. “Las cosas hijas de algo son (dirán) el señor general no está loco (...) ¿cómo quiere V. que (...)?” etc., y de aquí se queda cada uno discurriendo. Paciencia, amigo: y no he quedado tan mal, si bien se ve a pesar de una bancarrota tan deshecha me queda algún crédito. Entre mis acreedores tengo a V., tengo a don Luis Cruz, tengo a Palma, tengo a don Pedro del Río, tengo a don Ignacio Molina, tengo a don Nicolás Jiménez, tengo a don Francisco Vargas... y dejo la lista abierta para que el lector añada, como hacen los autores en la primera página de sus libros: obra tal, escrita por fulano de tal, miembro de tal, de tal, de tal, y de tal academia, y... de varias sociedades científicas de &, &, & (Porque no tiene más que contar). Hablemos de negocios domésticos.

Estoy jugando con azar; la caparrosa que me envió don Luis, el otro día, me la ha derramado un peón, y ya ve V. la tinta con que estoy escribiendo: para nosotros es buena, pero para escribir cuentas; que ha de leer un General, no sirve.

Envíeme V., si puede, un poquito de tinta europea, y si no, un poco de caparrosa y tara para hacerla yo: espera es favor y sus órdenes.

SIMÓN RODRÍGUEZ

P.D. Necesito saber la fecha del documento que hice a Izquierdo por el trigo: hágame V. el favor de pedirla a don Pedro Dávila, y enviármela, junto con los ingredientes de la tinta, con su criado, porque el viaje a Pemuco me cuesta 2 reales y no estoy para chanzas.

Monteblanco, 21 de noviembre (lunes) 1836

El domingo (13) llegué a Quime: pocas horas antes había llegado el señor don Pedro Zañartu; el lunes (14) no hicimos nada; el martes (15) vimos juntos la Casablanca; el miércoles (16) volví a Monteblanco, con un gasto de 4 reales por la balsa del Itala –de ida y vuelta–, 12 reales por las balsas de los diferentes brazos del Quillón, que estaba de banda a banda; ahí está mi compadre Roca que no me dejará mentir: así le dije: ¡compadre!, pasaremos a nado o pagaremos balsa: ¿cómo no? (...) me dijo, el patrón reparará acajo en ejo –ahí está mi compadre, y si no que se lo pregunten (...) 16 reales justos.

Traje dos cartas para V. –las he guardado hasta hoy, creyendo que vendría luego, pero como me dicen que tardará V. tal vez 15 días más, hago un propio, por si acaso le importa responder antes–. No puedo decir a V. todo lo que hay en el asunto de la hacienda porque es largo, y no precisa por ahora.

El aserradero está montado: se ha serrado un tablón de 4½ varas y como la sierra estaba gruesa la pusimos a adelgazar; el cajón del agua no aguantó; las primeras tablas se desencajaron y quebraron algunas paletas del tambor; el coche está pronto, faltan los caballos.

Don Aurelio lo ha visto, y va a enviar la madera necesaria para refaccionar el cajón. Don Aurelio, don Carlos y yo en junta hemos determinado ganar tiempo durante la ausencia de V.: si V. lo desaprueba, responderemos con nuestras cabezas,

Adiós,

RODRÍGUEZ

P.D. Llegó ayer tarde el señor don Domingo María de Izquierdo: desde el molino hasta la iglesia estaban las cargas esperando a don Pedro –y partió inmediatamente por no responder de los perjuicios que ocasionaría la cajonería, la fardería, la barrilería, la paquetería, &, &. Con el credo en la boca saltó en la yegua y echó a andar.

Cosas muy bonitas tengo que decir a V. Véngase V. aunque sea con medio diezmo.

Tucapel, 17 de abril de 1837

A don Bernardino Segundo Pradel.

Amigo:

Ayer recibí la carta de V. por mano del Sr. García. No esperó la respuesta porque no pudo esperar, y quedó en ocurrir por ella a la casa del Sr. Fuentes en el pueblo.

¡Qué serio se pone V. para escribirme! Ni una palabrita que muestre (...) no digo amistad; pero ni cariño siquiera: la carta de V. es de negocio puro –es una comunicación–, un oficio, vamos, ¿para qué darle vueltas?, trae sus cargos, sus reconvenciones, su requerimiento... de todo tiene, y con el tono formal que corresponde. Ya empezamos. Cuando dos personas se han tratado tanto, y de tan cerca, como nosotros y no se estrechan, es señal de que no se convienen –esto no se dirá de mí; porque empecé estimando a V.–, pasé a tenerle afecto, y después a quererlo: no digo a *amarlo*, porque solo a las mujeres se puede decir, con verdad, *amada Mariquita*.

Esto no es reproche sino queja, y me quejo porque estoy celoso: guárdeme V. el secreto: estoy celoso de don Carlos y de todos los que V. ha creído más que a mí, últimamente lo estoy del molinero francés; pero, ¿quién será aquel mortal que, por cencelío que sea, no me haga sombra? Vamos al asunto, porque nada he de remediar con reflexiones sobre mi suerte. Sé (y lo sé muy bien) que todo lo que se percibe hace impresión, poca o mucha –como la hace, en el cuerpo más grande y más duro el cuerpo más chico y más blando que lo hiere. V. ha oído hablar tanto mal de mí, con respecto a mi genio, a mis aptitudes y a mi conducta, que, por más que haya querido resistir, alguna desconfianza debe abrigar. Vamos al asunto, diré otra vez–, sea lo que fuere o como fuere, V. lo ha de saber mejor que yo. haga V. un esfuerzo, y óigame con paciencia: el que trata de pequeñeces, debe ser pequeño, por un rato a lo menos: la máquina consta de muchos palitos, y de muchas acciones más menudas que los palitos.

Dice V. que el molinero francés le ha dicho que la máquina no sirve para nada: ya el herrero inglés lo había dicho cien veces –lo han dicho varios chilenos sin haberla visto– falta que lo digan algunos alemanes y algunos griegos, para que lo hayan dicho cinco

naciones y, la culpa, ¿de quién será? Eso no se pregunta... ¡Mía! El último mono es el que se ahoga: yo no he sido el solo que ha mojado su deudo. ¿Quién lo sabrá mejor que don Carlos, que ha vivido en mal estado con ella, por tanto tiempo?... ¿Qué la ha sobajado hasta que más no ha querido?

Yo sé (y V. también lo sabe) que hay cosas malas en la máquina; pero no son las que yo he hecho, y si lo son también, mi intervención no puede contribuir ahora sino a empeorarlas. Los que dicen que la máquina no sirve, es porque la comparan con la del intendente, con la de Luco y con la del francés Delauné, que están hechas a todo costo, la de V. se ha hecho ahorrando.

Permítaseme acusar para defenderme.

Excepto los dientes del carro,
el movimiento de abrir y cerrar la compuerta,
el de apretar la cadena,
el tambor de la toma,

el rastrillo del carro para detenerlo a cada tabla, y el nuevo cajón de estanque, lo demás lo hicieron los ingleses o lo ha hecho don Carlos. Si el estanque se salía era porque V. quiso probado antes de tiempo, y porque los calafates eran peones de campo. Don Carlos desconcertó 2 o 3 dientes del carro, a puntapiés, para hacer ver a V. que no servían, y V., en consecuencia, compró dos vigas para hacer otro carro. Los dientes se aflojaron porque se hicieron con madera verde –los acuñé después de secos y quedaron firmes, el maestro Isidro tenía ya hechos muchos de los tarugos con que se habían de asegurar y don Carlos quedó encargado de hacer la operación: los dientes, atarugados en lugar de los clavitos provisionales que tienen, no se caerían nunca. La sierra aserró varias veces–, yo corregí el movimiento de la palamputa, que hizo don Carlos, durante mi ausencia en Casablanca, y que (a pesar de haberlo copiado del aserradero del Chodvan) no supo cómo adaptar las piezas: su intención fue hacerme ver (como en todo) que no necesitaba de mí para hacer andar el carro, y (...) Dios, que es justo, lo castigó (me alegro, aunque sea mi prójimo).

¿Por qué la sierra andaba antes de mi salida, y ahora se ha parado?... y, ¿cómo se le escapa al señor de los 2.000 molinos el secreto de enderezar el rasgo de su instrumento? Con traer a la memoria un par de molinos de los que ha visto en sus viajes, corregiría el Molinillo de Monteblanco, y todavía le quedaría un resto de 1998.

Desde que salí del aserradero estoy dando gracias a Dios por haberme sacado de la escuela de don Carlos, ¿quiere V. todavía que vuelva a meterme en aprendizaje? V. mismo me dijo (acuérdese) que él le había dicho que yo no era *maquinista*, y que lo que hacía lo sacaba de mi cabeza; V. fue quien me dijo que, a patadas, había movido algunos dientes del carro, para probarle que la idea era mala.

&&&& y mil veces & porque si continuara haría un cartilibro.

En viajes para mudarme aquí, se me ha ido la onza de oro, que don Matías me dio por mi herramienta. ¿De dónde sacaré para gastos? Y si me coge un temporal en Monteblanco, ¿como paso los ríos? (...) ¿Cómo vuelvo a mi casa?, don Carlos sabe trabajar (...) bien, pronto, barato, durable, y sobre todo *sencillo*, se levanta temprano –no deja dormir los peones, ni conversa con ellos– trabaja más que todos y no pide salario.

Que haga ver sus habilidades (...) A mí (y a otros en mi presencia) dije varias veces que era muy *able*, es decir, muy *capaz*, no solo de acabar el aserradero, sino de hacer uno mejor.

Amigo –acuérdese V. de nuestros proyectos– íbamos a componer el molino para trigo, a curtir, a hacer loza, cola, velas y otras cosas, según mis locuras (...) (aprobadas por V.) –yo contaba ya con un establecimiento que nos prometía ventajas (una muy grande para mí era la de vivir con un amigo ...) recuerdo a V. la carta que escribí al señor general de la Cruz renunciando las ofertas que me hacía el señor don Pedro Zañartu–. Pero V. se entibió (o se heló) sin duda por la mucha desconfianza que inspiro, para los negocios, cuando me llegan a conocer bien.

El que quiera quedarse por puertas, métase con don Simón (dice la voz pública) (a lo menos tengo la satisfacción de sonar en un refrán).

Ya V. lo sabe: yo, ni insto, ni apelo, ni emprendo justificarme; con paciencia lo compongo todo, y mi venganza es el silencio.

Porque era V. el dueño de la obra, entré en ella, con la buena intención de servirle, y de ayudar al ingeniero *mister* Rojas, que me convidó para consultarme sobre algunas dudas. ¡Nunca lo hubiera hecho! Así me arrepienta de mis pecados, cuando su divina Majestad me llame a juicio.

Estoy tan escamado, que, cuando me preguntan,
¿qué tiempo hace?,

respondo... no sé,
aunque esté lloviendo a chuzos. Mis finas expresiones al señor Rojas, al caballero Sepúlveda, y a mi señora doña Rosario su esposa y demás amigos, no hay día que no me acuerde de ellos.

Después de esto no me queda qué decir a V. sino que soy el que y como he sido siempre.

SIMÓN RODRÍGUEZ

P.D. Si V. tuviera que hacer en estas inmediaciones se acercaría a esta su casa (que ofrezco a su servicio) y hablaríamos. Es muy penoso el escribir largo, y nunca se hace lo que hablando: yo deseo servir a V., pero sin contiendas y sin reproches.

Valpso, 4 de junio de 1840

Señor don Pedro Fernández Garfias.

Amigo:

Me dice V. en su carta de 20 del pasado que invoca la pequeña influencia que le da mi bondad para reprobarme la renuncia que pongo a aceptar la oferta que me hace el señor don J. M. Infante. Yo, a mi turno desapruebo el preámbulo que V. pone a su consejo: la influencia de V. no es pequeña, ni se la da mi bondad: somos amigos, o estoy engañado, y si estoy engañado, V. tiene la culpa: no me obligue V. a hablar con cortesía: y para que me entienda mejor un secretario, le diré que la amistad ha visto con sumo desagrado la falta de V. y que su Sría. me manda decirle que en lo sucesivo se abstenga de expresarse en los términos en que lo ha hecho porque, de lo contrario, se verá precisada a tomar las providencias que exijan las circunstancias. Dios guarde a V. muchos años.

Oiga V. ahora mi respuesta:

Las preguntas y las ofertas se hacen en pocas palabras –para responder o para aceptar se debe pensar mucho. No basta que el que ofrece sea prudente, generoso y franco: es menester que el que acepta vea si su genio se conforma con el favor y si puede corresponder a él. Considere V. llegado a Santo y alojado en la casa de un hombre tan visible como el señor Infante, vea la cara que me

pone su familia, la que me ponen sus amigos y sus criados –oiga lo que dicen en la ciudad, y los oficiosos informes que dan de mi carácter y después, véame comiendo de balde, yo, y ayudándome tres más, sin más derechos que esperanzas y por espacio de X (signo del infinito). La situación que para unos es feliz para otros es desgraciada. Si yo fuera inválido, pediría amparo. Bueno y sano debo trabajar. No hallo en qué, porque en nada de lo que sé hacer me ocupan: haré diligencia por irme a países donde los que enseñan viven, porque hay quien desea saber, y entretanto padeceré sin interesar a otros en mi suerte; dar la mano al caído para que se levante es obligación de la sociedad. Yo no dejaré que me lleven a cuestas, sino después de muerto.

Convengo en que es fastidioso el estar lidiando con niños, y humillante el tener que aguantar las impertinencias de algunos padres; pero al fin, gano lo que como, y con este único consuelo me acuesto sobre una tabla, si es menester.

Estoy seguro de las buenas intenciones del señor Infante: agradezco su oferta, como si hubiera gozado de ella por muchos años, y como este agradecimiento es el único interés que debe llevar en ella, ya lo he cobrado: digo esto, porque los hombres de sus ideas no hacen nada por amor de Dios. Dígale V., pues, que olvide mi situación para dar toda su protección a mis ideas: debo creer que le agradan porque lo dice –y creo lo que dice, porque hace tiempo que está probando el interés que toma por la causa pública–. Si yo tuviera cerca de él, alguna ocupación de qué vivir independiente, sería una satisfacción para mí el verlo con frecuencia, y para él verme considerado, sin temer que en mis expresiones se mezclase algo o mucho de PAN.

V. que entiende de sentimientos, sabe que esto no es vanidad sino orgullo, y no le escandalizará el nombre, porque el conocimiento del valor de los términos no le permite dar ni tomar gato por liebre.

Dé V. a mi señora su esposa mis respetuosas expresiones y Cristo con todos.

SIMÓN RODRÍGUEZ

Índice

NOTA EDITORIAL	7
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II	29
CAPÍTULO III	47
CAPÍTULO IV	61
CAPÍTULO V	77
CAPÍTULO VI	85
CAPÍTULO VII	91
CAPÍTULO VIII	101
CAPÍTULO IX	109
CAPÍTULO X	117
CORRESPONDENCIA PRIVADA DEL MAESTRO DEL LIBERTADOR	123

Edición digital
Diciembre de 2019
Caracas, Venezuela

GONZALO PICÓN FEBRES CORDERO

(Mérida, 1860 - Curazao, 1918)

Considerado por muchos como uno de los hombres de letras más completos de Venezuela, miembro de dos de las familias de mayor renombre en Mérida y Barinas, nació en plena Guerra Federal. Desarrolló una obra literaria en diversos géneros, básicamente, poesía, novela y ensayo. Nuestro autor fue un agudo intelectual, a medio camino entre la Academia Militar, la Universidad Central de Venezuela en Caracas y la Universidad de Los Andes en Mérida. Su pasión por la literatura fue el motor y excusa perfecta para la investigación y el análisis. En la narrativa y la crítica obtuvo su mayor reconocimiento. Recordado por obras como *Literatura venezolana del siglo XIX* y *Caléndulas*, también fue un activo colaborador de *El Cojo Ilustrado* y partidario de la Revolución Liberal Restauradora. A principios del siglo XX participó en la Liga Latinoamericana.

Don Simón Rodríguez, Maestro del Libertador es una honesta semblanza escrita entre 1913 y 1914, que nos ayuda a dibujar con detalle aspectos importantes del carácter de esta importante figura en nuestra historia, sin lugar a dudas, el maestro que más profundamente influyó a Simón Bolívar. Sin embargo, este ilustre personaje estuvo por largo tiempo eclipsado entre las sombras; para muchos de sus contemporáneos no pasaba de ser un loco, colérico, extravagante, arbitrario y desequilibrado, sin considerar la titánica labor como educador que con empeño y perseverancia llevó a cabo durante toda su vida.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA